COMUNISMO

REVISTA DE CRITICA MARXISTA REVISTA DE

DICIEMBRE 77
ENERO 78

¿Por qué "Comunismo"? - Ante la reaparición de "Comunismo" (Juan Andrade) - Crónica de dos meses: El pacto de la Moncloa; La Generalitat de Tarradellas; Alemania, Alemania - La estrategia revolucionaria en Europa Occidental. Entrevista con Ernest Mandel (Henri Weber) - La izquierda revolucionaria después del 15 de Junio (Jaime Pastor) - El movimiento de liberación de la mujer y los partidos revolucionarios (John Ross) - Sobre la cultura popular o la revolución frente al continuismo (Andrés Sorel) - Crisis económica y austeridad (Jesús Albarracín) - Entrevista con Nicolás Sartorius (Manuel P. Izquierdo).

Responsable de la publicación: Ramón Zallo

Redactores y colaboradores: Jaime Pastor, Miguel Romero, Pau Pons i Sagrera, Tarik Ali, Daniel Bensaid, Pierre Frank, Joseph Hansen, Jacqueline Heinen, Jordi Jaumandreu, Livio Maitán, Ernest Mandel, George Novack, Antonio Rodríguez, Andrés Sorel, Mary Alice Waters, Henri Weber.

COMUNISMO

Revista de crítica marxista

Sumario

Por qué "Comunismo" 5
Ante la reaparición de "Comunismo" (Juan Andrade) 9
Crónica de dos meses 13
El pacto de la Moncloa
La Generalitat de Tarradellas
Alemania, Alemania
La estrategia revolucionaria en Europa Occidental. Entrevista con Ernest Mandel (Henri Weber) 27
La izquierda revolucionaria después del 15 de junio (Jaime Pastor) 55
Crisis económica y austeridad (Jesús Albarracín) 73
El movimiento de liberación de la mujer y los partidos revolucionarios (John Ross) 91
Sobre la cultura popular o la revolución frente al continuismo (Andrés Sorel) 101
Entrevista con Nicolás Sartorius (Manuel P. Izquierdo) 113

POR QUE COMUNISMO

EL marxismo es la práctica de la revolución socialista. Una revolución dirigida a destruir desde sus raíces el aparato de Estado de la burguesía y a poner todo su orden social allí donde debe estar: en el basurero de la historia. Pero decir revolución es decir comprender, explicar, criticar. Y, sobre todo, debatir pacientemente. Tal es la tarea de COMUNISMO.

Nada hay tan baldío como hablar de crítica y explicación en abstracto, sin referencia a las luchas de los trabajadores. El debate que no tiene por misión hacer avanzar, desde múltiples vías, al movimiento obrero es un puro ejercicio intelectualista. Las luchas del movimiento obrero están nuevamente en alza, y esto hace aún más urgente la reflexión sobre ellas.

Las luchas están en alza porque la sociedad capitalista ha vuelto a entrar en profunda crisis. La crisis económica, que no cesa tras largos decenios de

prosperidad, es el más rotundo mentís práctico a los ideólogos de la **sociedad industrial** que habían decretado la redical falsedad de las "profecías" revolucionarias del marxismo. Otra vez más, con testaruda necesidad, ante nuestros ojos, se renueva el espectáculo irracional de una sociedad que no se basa en la satisfacción de las necesidades sociales sino en el beneficio privado; de un orden económico que no puede subsistir sin acrecentar la explotación de los trabajadores, tanto de los países atrasados como de las metrópolis imperialistas. Hoy como ayer, para que el capitalismo pueda vivir, la suerte de los trabajadores tiene que empeorar. Esa es la trágica —y falsa— ecuación.

La crisis no se limita al terreno económico. Se traduce el plano político, en el terreno de la ideología, y de la vida cotidiana. El Estado y las instituciones políticas de la burguesía muestran una faz cada día más abiertamente represiva. Los intentos de un rearme ideológico y moral son consecuencia de la situación de acoso en que, desde distintas perspectivas, se hallan las certezas eternas del capital. La vida cotidiana es la ciudad-dormitorio-cárcel, el caos de los trasportes, la polución y destrucción del entorno, la escuela-cuartel, la miseria moral y sexual, las diversiones embrutecedoras que ayudan a soportar una vida social carente de relaciones humanas y progresivamente falta de sentido.

La burguesía está en crisis. Los trabajadores deben ser capaces de ofrecer la alternativa que nos abra las puertas de una sociedad nueva y diferente. La sociedad socialista. La sociedad de los hombres y las mujeres libres.

Es decir, una alternativa de sociedad radicalmente distinta de la hasta el momento ofrecida por los modelos stalinistas, sus sucedáneos y sus derivados al movimiento obrero, a la inmensa mayoría. También esas fórmulas están en profunda crisis. Hoy, toda alternativa política que no implique junto con al expropiación de los capitalistas, una verdadera lucha por las más amplias libertades democráticas, por su ejercicio real en la transición al socialismo, carece de fuerza de arrastre, de atractivo para los trabajadores. Las luchas anticapitalistas y antiburocráticas no encontrarán eco si no significan también unas libertades cien, mil veces superiorres a los recortados "derechos humanos" que ofrecen los más democráticos Estados capitalistas.

Tal es la situación en que aparece nuestro Comunismo. Somos bien cinscientes de que ni podemos, ni queremos ni tenemos recetas de salvación que ofrcer. Contamos con un par de certezas básicas: que la crisis actual va a poner a la orden del día la aparición de fenómenos revolucionarios en distintos lugares y que sólo la destrucción del Estado burgués podrá resolverla definitivamente a favor de los trabajadores. Pero más allá,

todo está por discutir. Lo está también la concreción práctica de esas certezas.

Por eso COMUNISMO quiere estar abierto a la discusión de **todos**, absolutamente todos los temas que hoy preoupan a los trabajadores: libertades democráticas y democracia de los consejos; división sindical y autoorganización de la clase obrera; opresión nacional y luchas por la liberación de la mujer; crítica de las tradiciones moralistas en el seno de la clase obrera; arte, deporte, ecología, sexualidad. Sobre todos estos temas y otros muchos queremos abrir un debate, queremos dar la palabra. Y tomarla. Sin sectarismos ni certezas injustificadas. La capacidad crítica de nuestros lectores nos es demasiado estimada como para ofrecerles esa bazofia intelectual.

El debate es especialmente importante en esta hora y en el Estado español. El periodo franquista absorbió para la lucha casi todas las energías combativas, limitando —al tiempo que perseguía implacablemente cualquier expresión organizada de la clase obrera— la posibilidad de una discusión real entre las corrientes que de ella se reclaman. Coincidiendo con el fin de la dictadura, las enormes tareas que nos aguardan exigen retomar la vieja tradición marxista del debate abierto, aun a riesgo de equivocaciones y rectificaciones a que haya lugar.

En ese debate, debemos decirlo. COMUNISMO no carece de supuestos. Queremos ligar con la mejor tradición del marxismo histórico, internacional y español. Es un lugar común decir que en nuestro Estado no ha habido tradición marxista. Como todos los lugares comunes, éste es particularmente inexacto. COMUNISMO toma su nombre de la revista que animaron Andreu Nin y sus compañeros de la Izquierda Comunista. Por más que se hayan lanzado toneladas de lodo sobre sus nombres y sus obras, ellos fueron la única corriente capaz de ofrecer un análisis coherente de los problemas de la revolución española. No por azar. Ellos representaban en el Estado español las posiciones políticas de la oposición internacional de izquierda. Todas las diferencias políticas posteriores no deben oscurecer un análisis injusto en la tradición global del marxismo revolucionario, desde Max y Lenin hasta Trotsky y R. Luxemburgo.

De esa tradición global nos reclamamos. Y de su fundamental opción internacionalista. Hoy más que nunca, la lucha de los trabajadores es una lucha internacional. Toda estrategia que no lo tenga en cuenta está llamada a fracasar. Por ello, nuestra intervención en el debate se hará desde los planteamientos de la única corriente marxista que está dispuesta a estructurarse como partido de la revolución mundial: la IV Internacional.

Estamos convencidos de que COMUNISMO ocupa así un espacio aún vacío en el debate político e ideológico que se desarrolla actualmente entre nosotros.

Estos son nuestros objetivos. Si, a lo largo de una existencia que deseamos larga, logramos explicar y debatir francamente por qué el socialismo es libertad —una libertad sólo alcanzable en toda su extensiónn en una sociedad que esté al servicio de los trabajadores—, nos daremos por satisfechos. Por nuestra parte, estamos decididos a conseguirlo. Así entendemos nuestra contribución a la revolución que viene.

La Redacción de "Comunismo"

ANTE LA REAPARICION DE "COMUNISMO" UN CORDIAL SALUDO Y UN RECUERDO

AUNQUE bien sabéis que no comparto enteramente vuestra filosofía teórica, y que preveo además que no siempre estaré de acuerdo con vuestras opciones tácticas, deseo felicitaron muy calurosamente por vuestra decisión de hacer reaparecer la revista "Comunismo", dedicada a estudiar y determinar los problemas políticos, económicos y sociales de la hora, lo mismo que su antecesora estuvo consagrada a analizar los de su época.

Desde el punto de vista que podría llamar sentimental, "Comunismo" me recuerda la mejor época de mi vida de militante. A los ochenta años de edad, cuando me asomo ahora a mi pasado, aquella modesta revista de cubierta roja, se me aparece como mi mayor orgullo, y como la prueba de que aquel esfuerzo no fue completamente baldío, puesto que dejó un impacto del que de momento no nos dábamos cuenta, pero que ahora sirve de referencia para muchos de las jóvenes generaciones.

Pero recordar "Comunismo" me llena también de tristeza al darme cuenta de que, quizás soy el único de aquel reducido núcleo de redactores y colaboradores, unidos en la compenetración ideológica y la amistad humana. Además de los camaradas desaparecidos por muerte natural, recordaré principalmente a los ejecutados por el franquismo y el estalinismo de Luis Rastrollo, condenado a muerte en agosto de 1936 por un consejo de guerra en La Coruña y ejecutado en dicha ciudad; José María Arenillas, condenado a muerte en Bilbao en 1937, por un consejo de guerra, fue agarrotado en el penal de El Dueso; su hermano José Luis, asesinado alevosamente por los estalinianos cuando la derrota de Asturias de 1937, en condiciones que no se han podido aclarar nunca. Y sobre todo el más talentoso y querido de todos nosotros, nuestro querido y llorado Andrés Nin, cuyo asesinato permanecerá en las páginas de la historia universal del socialismo, como el hecho más ignominioso y significativo de los tiempos de degeneración estaliniana, y que las nuevas generaciones socialistas españolas no olvidan.

En su primera etapa, fue posible la publicación de "Comunismo" gracias a una suscripción realizada a nuestro favor en Francia por los camaradas de la Oposición Comunista, y se mantuvo después mediate las aportaciones españolas, y debido también, a continuación, a una administración muy severa, que permitió durante más de tres años y puntualmente, todos los meses, editar el número correspondiente a cada mes, o sea, desde mayo de 1931 hasta octubre de 1934, en que fue suspendida la revista por decisión de un juez militar, pero también cuando nosotros mismos nos disponíamos a cesar en su publicación, a consecuencia de los acuerdos de fusión de la Izquierda Comunista y el B.O.C., para la constitución del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Como dato informativo y curioso, diré que entonces "Comunismo" costaba 950 pesetas de gastos de imprenta (composición, tirada, papel y encuadernación) de 1500 ejemplares. Era poquísimo en compareción con lo que tendréis que pagar ahora, pero mucho si se tiene en cuenta que el jornal medio diario de un obrero en aquella época en Madrid era de 6,50 pesetas.

La aparición de "Comunismo" en 1931 coincidió con una circunstancia en la vida nacional, que se da ahora a su reaparición, aunque en proporciones totalmente diferentes: al final de una dictadura militar de siete años, que a decir verdad poco tuvo de sangrienta. Vuestra aparición se produce después de la caída de un régimen militar-fascista que llenó a España de tumbas y sometió al país durante más de cuarenta años a una larga noche de tinieblas.

También es cierto que en las dos épocas los problemas políticos, tal y como se presentan en la actualidad, son totalmente diferentes. En los primeros años 1930, "Comunismo" luchaba todavía por la reintegración nuevamente en el Partido de todos los que habíamos sido expulsados de él, por delito de opinión, a consecuencia de denunciar la política de aventura e irresponsabilidad de sus dirigentes. Pero al propio tiempo, la revista llevaba a cabo el combate contra la degeneración que se manifestaba ya en la Internacional Comunista , y hacía suyas las críticas y posiciones de la oposición internacional.

Nuestra organización se desarrolla, desgraciadamente, de una manera lenta, igual que le sucedía al partido comunista oficial, que en aquellos tiempos rebasaba difícilmente los ochocientos afiliados. No se había llegado todavía al grado de politización que ha alcanzado en los últimos tiempos y hasta hoy la clase trabajadora, y sobre todo los medios intelectuales y estudiantiles. El poder de influencia del mito de la URSS se encontraba en pleno apogeo, no admitía la menor crítica, y menos oposición, contra los que usufructuaban oficialmente el prestigio de la Revolución de Octubre. Realizamos en "Comunismo" un análisis teórico y de educación política, pero nuestro reclutamiento se resentía de su lentitud de desarrollo en las conciencias, y cuando precisamente la contrarrevolución se mostraba más envalentonada y presentaba mayores peligros.

En el ambiente general de la clase obrera después de la revolución asturiana de 1934, era pura inconsciencia quedar reducidos a meros contempladores, ejerciendo el papel de críticos inexorables, lo que resultaba de hecho adoptar la conducta más cómoda. Estimamos que, en lugar de aceptar la táctica del "entrismo", que preconizaban Trotsky y la organización internacional a la que habíamos pertenecido nosotros hasta entonces, era preciso intentar la creación del "tercer partido obrero", buscando el entendimiento o la fusión con el partido o grupo más afin a nosotros, que, en el caso de España, era el Bloque Obrero y Campesino. Y así llegamos a la constitución del POUM, determinación que, como es bien sabido desencadenó la exasperación de Trotsky y del Secretariado Internacional, dando lugar a la polémica, de triste memoria, aunque la formación del POUM nos permitió estar presentes durante la guerra civil y en los acontecimientos políticos que siguieron.

No hay comparación posible entre la situación de aquella época pasada y la actual. Pero hay un problema que se presenta necesariamente con mayor urgencia imperiosa: el de la formación del "tercer partido obrero". El proceso de politización socialista que se ha operado en España durante el largo dominio de la dictadura franquista, facilita la necesaria tarea, que se ve ahora favorecida, al propio tiempo, al ponerse al descubierto claramente

el carácter verdadero, de superoportunismo, del carrillismo, que presenta al desnudo su arribismo maquiavélico y sin escrúpulos.

Los partidos o grupos marxistas no pueden limitarse ya a una especie de concurso nacional de purismo revolucionario. Su aspiración no puede ser otra que crear el arma adecuada que haga posible la lucha eficaz por el socialismo; pero a esta aspiración no se puede llegar queriendo imponer a los demás su predominio en la unión, ni pasando la vida en conversaciones preliminares, a las que generalmente se acude con más amor propio y patriotismo de organización, que con propósito de entenderse.

Os reitero mi saludo fraternal y el deseo de que "Comunismo", esta vez, tenga una larga vida y llegue a ser la tribuna de encuentro de todos los marxistas revolucionarios que tengan algo teórico que decir.

Juan ANDRADE
París, 22 de octubre de 1977

CRONICA

EL PACTO DE LA MONCLOA

UN pacto para consolidar la democracia" titula "El País" su editorial para comentar la aprobación por parte del parlamento del pacto de la Moncloa. "Un hecho histórico" afirma Carrillo al salir del palacio, después de firmarlo. Es el primer paso hacia el inicio de la democracia político social sentencia Camacho en el "Unidad Obrera". Suárez, por su parte, para dar el toque final dice al terminar el acto de la firma: "Señores, muchas gracias a todos y yo creo que nos podemos felicitar todos mutuamente".

Parece mentira, pero es verdad. El país de Europa, que era la oveja negra, que recordó durante años las formas que es capaz de adquirir el Estado burgués con tal de mantener la lógica del beneficio privado, es presentando ahora por "Le Monde" y toda la pensa seria del continente como el ejemplo a seguir. Hasta hace poco se temía que el país se "portugalizara", ahora se dan lecciones a

la italiana". ¿Estará descubriendo la burguesía española la fórmula para hacer desaparecer la lucha de clases? ¿Nos hemos equivocado los que pensábamos y pensamos que es aquí dónde las contradicciones del capitalismo en Europa meridional presentan un carácter más explosivo?

Vayamos por partes. No cabe duda que la firma del Pacto de la Moncloa es un hecho histórico. En realidad, cuando los historiadores se dediquen a estudiar la época postfranquista utilizarán este acto, como un hito para dividir el período abierto con la muerte de Franco. En efecto, en los dos años transcurridos podemos diferenciar claramente un primer momento que va desde noviembre del 75 hasta el 15 de junio, del 77, el segundo que va desde las elecciones legislativas hasta el Pacto de la Moncloa, y el actual que vivimos desde entonces.

¿Que es lo que caracteriza por igual a los dos períodos anteriores? En primer lugar, el ascenso y reforzamiento de la clase obrera. Este ascenso no fue lineal, ni mucho menos, pero no cabe duda que desde los intentos de huelga general, cuyo punto más alto se alcanzó en los días de enero del 76 hasta el fortalecimiento de los partidos obreros y los sindicatos, cuya fuerza se demostró con toda evidencia en las elecciones, la clase obrera ha dado pasos gigantescos en los últimos veinticuatro meses.

Si este es el elemento común de estos dos últimos años por parte de la clase obrera, la actitud de la burguesía también presenta rasgos constantes: la utilización de cualquier método con tal de que el régimen de explotación capitalista se mantenga intacto. La represión directa, como en el caso de Vitoria y otros más que multiplicaron el número de víctimas hasta alcanzar cifras varias veces superiores a las producidas durante la tan temida revolución, y la creación de un "centro democrático", con los transfugas del franquismo para presentarse en las elecciones son sólo dos de los recursos más importantes que la burguesía ha utilizado para mantener sus privilegios. Quienes han sostenido durante mucho tiempo que la burguesía española era torpe y anticuada, incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos, ven en estos momentos como sus palabras quedas totalmente desvirtuadas. No, la burguesía, como clase explotadora, con el instinto excepcional que le da su bolsillo y la experiencia de siglos de clase dominante, ha demostrado que es capaz de transformarse todo lo que sea necesario con tal de evitar que la clase obrera la desplace como rectora de los destinos de la sociedad. Así Fraga se convierte de ministro del dictador en un semi-exiliado en la embajada en Londres; se quita la chaqueta en un mitin de la campaña electoral para ir a enfrentarse con los "rojos" que abuchean su discurso y termina presentando a Carrillo en el club "Siglo XXI". Suárez, por su parte de fiel funcionario del movimiento se convierte en el "político número uno de Europa". No, la burguesía es un enemigo muy difícil; flaco favor hacemos al proletariado si la despreciamos.

Pero, ¿qué estemos en la actual situación se debe sólo a la habilidad de la burguesía, o hay algo más que

ha ayudado a que esto se produzca? La clave de todo el proceso está en la actitud que han tenido los partidos en que la clase obrera ha depositado sus esperanzas: el Partido Comunista Espoñol y el Partido Socialista Obrero Español.

Si analizamos detenidamente y en profundidad lo acontecido desde Noviembre del 75, vemos que el elemento determinante que ha permitido que todas las maniobras de la burguesía hayan tenido éxito ha sido la actitud de los partidos reformistas.

En general, cuando estos partidos se dedican a explicar la historia más que el materialismo diléctico, es el fatalismo determinista lo que guía su pensamiento. Si por ejemplo, la revolución rusa triunfó y la alemana fracasó se debe a la "correlación de fuerzas" como si esto fuera algo metafísico en que la participación de los hombres y los partidos nada tendrían que ver. Los mencheviques tenían mil argumentos para sostener que la revolución rusa no era posible y si no fuera por la actitud resuelta del partido bolchevique y de hombres como Lenin y Trotsky seguramente una presunta derrota del proletariado en Rusia hubiera sido explicada por la "correlación de fuerzas".

Argumento similar ha utilizado el Partido Comunista de España para explicar que las luchas del período franquista y sobre todo las iniciadas con la muerte de Franco no se hayan convertido en la huelga general de la que tanto habló durante la dictadura. Para esta forma de razonar el que no se haya producido explica por si sólo el que no podía suceder otra cosa. Esto es radicalmente falso. En la situación creada con la muerte de Franco, podían haber sucedido muchas cosas, y el resultado final dependía de lo que hacían en última instancia quienes estuvieron al frente de ese movimiento. Y no cabe duda que en aquellos días el partido que llevó la mayor responsabilidad fue el P.C.E. el P.S.O.E., prácticamente no existía en ese mundo de huelgas y asambleas, y los grupos a su izquierda eran muy débiles. No es motivo de estas líneas entrar en la discusión de hasta dónde hubiera llegado aquel movimiento de haberse potenciado al máximo sus posibilidades, pero no cabe duda que si con esas luchas el plan del "espíritu de febrero" y con algunas modificaciones el de Fraga, se hicieron trizas, de haber tenido el P.C.E., una actitud más firme, nos hubieramos ahorrado las mil triquiñuelas que realizó Suárez después para metarmofosear la mayoría de las reivindicaciones por las cuales hemos luchado los comunistas durante aquel período.

Cuando se descartó esa posibilidad toda la política fue dirigida hacia un acuerdo con Suárez. Si durante el período anterior la búsqueda de alianzas con vistas a las "platajuntas" había hipotecado la independencia obrera, las supuestas negociaciones con Suárez ataban aún más de pies y manos a los partidos obreros. Pero como Suárez no necesitaba de ellos, realizó un referendum, creó su partido y "gano" sus elecciones, sin consultarlo ni pactarlo con ellos. Pero ahí llegó la sorpresa; el resultado de las elecciones demostró que no eran tan

"suyas" y los partidos obreros se encontraron con casi la mitad de los votos de los electores.

Pero, cuando, como estaba previsto, el Gobierno Suárez hace agua por todas partes, el P.S.O.E. y el P.C.E. deciden ir en su ayuda firmando el Pacto de la Moncloa, que significa en los hechos la congelación salarial y el chantaje de un mayor paro en caso de que no se cumpla.

En realidad, esta política era la culminación de los retrocesos realizados en el Parlamento: estar de acuerdo con el "pacto del silencio" sobre el contenido de la Constitución que se está "tramando". Ninguno de los mil temas sobre los que una Constitución se debe pronunciar no pueden ser conocidos por quienes han elegido a los miembros de las Cortes. Además, cuando se tiene la mayoría, como en Cataluña, se permite que Tarradellas se convierta en el árbitro de la situación sin ningún tipo de dependencia de los diputados elegidos. Y la amnistía por la cual habían caido tantas víctimas se termina en una lamentable concesión de Suárez, que, como era de esperar, recorta muchos de sus efectos. Los militares, quedan excluidos, los presos comunes se quedan sin su indulto general, la amnistía laboral sólo queda esbozada sin que se haga realmente efectiva...

Ahora bien, ¿cuáles han sido las justificaciones para que los reformistas acepten este pacto? Para el PSOE, se han obtenido las contrapartidas sociales. Pero las famosas contrapartidas son tan escasas que nadie seriamente puede defender que había que pagarlas con el precio de la congelación salarial. El "pacto social" inglés también contenía contrapartidas, mucho más importantes, por cierto, pero no por eso dejaba de ser un "pacto social".

Más coherente parece la política de Carrillo, "o el pacto, o Pinochet". En primer lugar, esta disyuntiva no la plantea el PCE, sino el propio Suárez: "yo o el diluvio" es el único argumento para mantenerse en el poder. En segundo lugar, esta es una nueva versión de la cantinela de la "relación de fuerzas". Por ella se pasó de la ruptura, a la ruptura democrática, de ahí a la pactada, y ahora se utiliza para justificar el pacto. ¿Quién sabe a dónde nos llevará mañana esta misma política?

En tercer lugar, desde Felipe González hasta Blas Piñar coinciden en que hoy un golpe de Estado no es probable. Es por esto incomprensible que después de que, en el Parlamento, el secretario general del P.S.O.E. declarara: "Francamente no creo en la posibilidad de un golpe de Estado"; el editorial de "El Socialista" se acoja al argumento del P.C.E.: "La relación de fuerzas existentes hoy en nuestro país hace inviable esta alternativa" (la socialista)" ¡Ningún argumento para explicar por qué lo que hasta ayer era posible hoy no lo es!

Quien expresa crudamente el sentido del pacto es el editorialista de "El País". ""Cuando el barco está a punto de irse a pique, la discusión sobre la exacta distribución

equitativa de los sacrificios en función del anterior reparto desigual de los beneficios resulta un ejercicio bizantino. La consigna de la izquierda extraparlamentaria de que "paguen la crisis" los grandes beneficiarios de la época "desarrollista" no es una alternativa política sino una simple condena moral".

Puede ser que para los señores de "El País", el que los trabajadores deban aceptar ver disminuir sus salarios sea una cuestión bizantina. Desde luego, no lo es para quienes día a día dejan su vida en las fábricas, precisamente para que los "beneficiarios de la época desarrollista" sigan viviendo a sus expensas.

En cuanto a la "izquierda extraparlamentaria", no somos "extraparlamentarios", antes bien exigimos a los partidos obreros que cumplan con sus promesas electorales y hagan en las Cortes lo que sus partidarios esperan, ni hacemos condenas morales. Que "la crisis la paguen los capitalistas" es la alternativa por la que están luchando los trabajadores en estas elecciones sindicales, exigiendo a sus sindicatos que el "sí, pero no" de Comisiones Obreras y el "no, pero sí" de U.G.T. se convierta en un NO AL PACTO SOCIAL DE LA MONCLOA.

De esta forma, los historiadores del futuro podrán escribir que una nueva etapa de ofensiva obrera se inició con la firma del pacto.

LA GENERALITAT DE TARRADELLAS

La reivindicación de la autodeterminación, que antaño exigió la oposición para luego convertirse en "innegociable exigencia de reconocimiento de la personalidad de los pueblos", se ha transformado en la reivindicación de la instauración de regímenes preautonómicos, que aireados como conquistas decisivas, no son sino un fraude a las aspiraciones nacionales. El modelo lo constituye el decreto de "restauración" de la Generalitat catalana, pactado entre Gobierno y oposición, y establecido como tope máximo negociable para todo el período preconstitucional. Pero para evitar todo equívoco sobre las creencias democráticas del gobierno Suárez, la composición del Consell no sólo no refleja el derecho de los partidos obreros catalanes a formar gobierno —como Suárez arguyó para formar el Gobierno central— sino que deja a estos partidos maniatados a la voluntad de Tarradellas, tanto porque es el "Honorable" presidente, como porque hace el número 7 —contra 6— de los burgueses del Consell.

El 15 de junio, los trabajadores catalanes consiguieron una victoria aplastante sobre las candidaturas burguesas, acaparando los partidos obreros más del 50 % de los votos. El ejercicio de la libertad, la conquista de la soberanía nacional, la satisfación de las reivindicaciones económicas y sociales y una cierta idea del socialismo, formaban un todo indisoluble en un voto que recogía una larga tradición de luchas contra el franquismo. La clase obrera catalana comprendió inme-

diatamente que la unidad de los socialistas y comunistas podía ser la base de una alternativa de gobierno para una Catalunya libre, soberana y de izquierda.

Varios meses después, la realidad política catalana no puede ser más contradictoria con las aspiraciones populares y las posibilidades que se habían abierto. La gravedad de la derrota política sufrida por las burguesías catalanista y ucedista, exigía del Gobierno burgués desnaturalizar los resultados electorales. Se trataba, en primer lugar, de integrar la explosividad de la situación en un marco compatible con el proyecto de Estado "fuerte" de la burguesía española, contando con el consensus de los partidos vencedores, poco deseosos, a su vez, de hacer la experiencia de un gobierno obrero que, de algún modo, se vería obligado a canalizar las reivindicaciones de los trabajadores. En tercer lugar, era vital recomponer un partido de la burguesía, suficientemente sólido y flexible, como para afrontar venideras confrontaciones políticas y sociales.

El éxito de la operación Tarradellas es indudable. La Generalitat no es ahora un órgano de autogobierno, como al menos contemplaba el Estatut del 32, sino un órgano administrativo sin competencias políticas reconocidas y dependiente de Madrid. La opción presidencialista busca constituirse como factor integrador y arbitral de las clases catalanas —la "unitat de Catalunya"— y como intermediario entre el gran capital y la burguesía catalanista. Esto mismo se advierte en la designación del Consell. Han sido la derecha y Madrid quienes han vetado las carteras de Educación y Gobernación para la izquierda, quienes han dejado toda la responsabilidad sobre las elecciones municipales en manos del hombre de confianza de Tarradellas, Rahola, quienes no han tenido dificultad para hacer de un ultraderechista (Folchi) un ministro y quienes han pensado que no había dificultad en nombrar ministro de Trabajo a un ugetista obligado a aplicar los acuerdos de la Moncloa, de paso que se corresponsabilizaba a las centrales sindicales en su gestión de cara a la clase obrera.

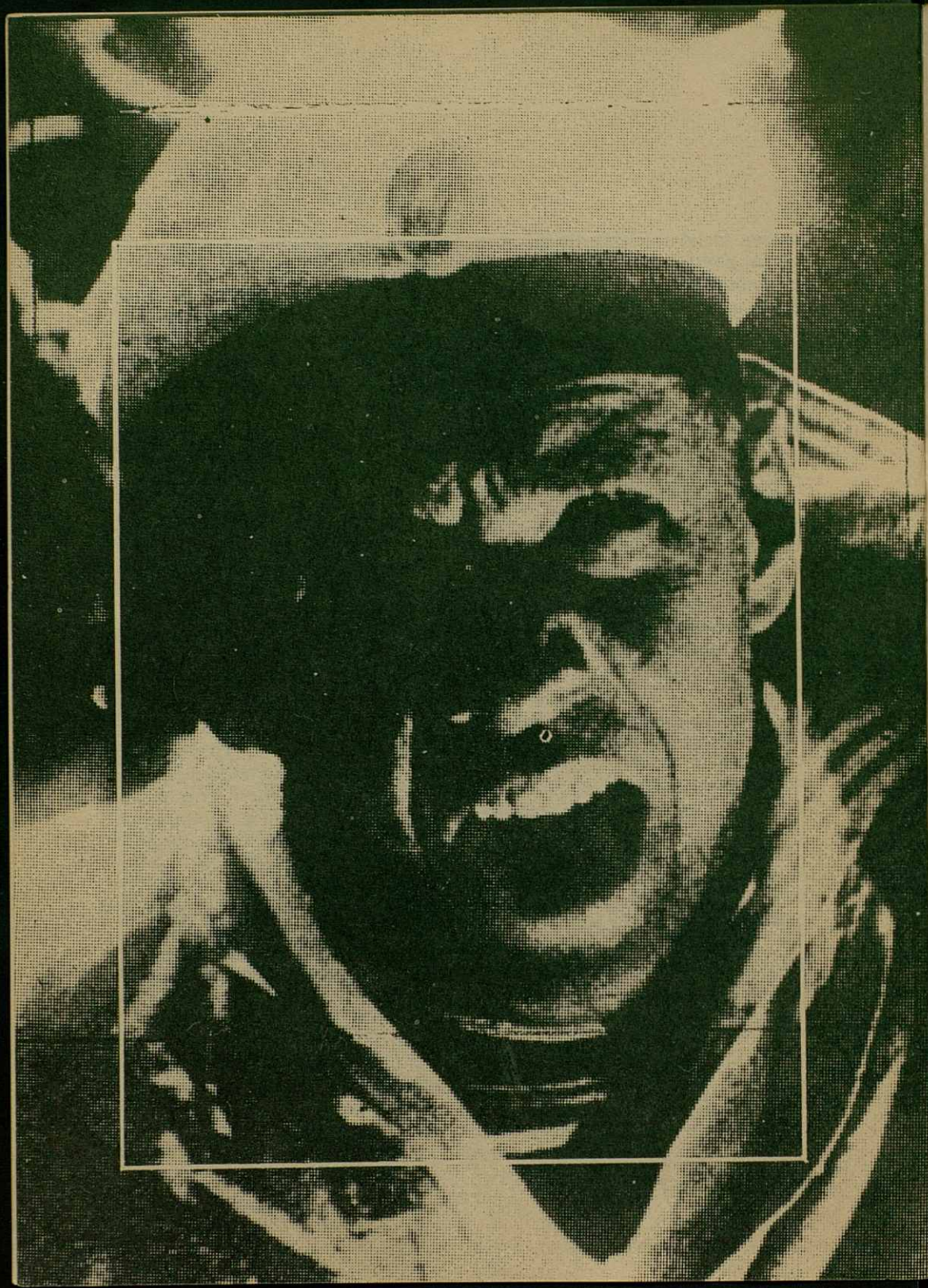
La deserción de las responsabilidades contraidas por parte del P.S.O.E.-P.S.C. y P.S.U.C., no impiden las contradicciones que se están incubando en Catalunya. Las ilusiones que el pueblo catalán proyecta sobre la Generalitat, van a encontrarse tempranamente con los límites de sus escasas competencias, de su composición y de su función real. La Diada demostró que el pueblo de Catalunya, con su clase obrera a la cabeza, no se va a detener hasta una institucionalización basada en un soberano Parlament Catalá, va a unir sus reivindicaciones sociales a las políticas y va a exigir a los partidos obreros mayoritarios que cumplan sus promesas electorales. De otro lado, la polari-

zación social creciente limita el espacio político y programático del autonomismo burgués y sus cantos de sirena.

La concesión del decreto-ley y la composición del Consell no son en absoluto pasos hacia las libertades nacionales, sino el preludio de las limitaciones que la Constitución va a intentar sancionar, autorogándose —con el beneplácito de los partidos obreros parlamentarios— la soberanía sobre los destinos de los pueblos. Como muestra, bien vale un botón del borrador constitucional.

Las consecuencias de la concepción gradualista de los partidos obreros mayoritarios ("desde la democracia al socialismo") empieza a mostrarse en toda su crudeza. La aceptación, incluso la gestión, de los recortes a la libertad no sólo no conducen al socialismo sino ni siquiera a una hipotética plena democracia burguesa. El aplazamiento, una vez más, de lucha por las libertades contribuye a desgastar, desunir y desmoralizar a los trabajadores y los pueblos, en un irresponsable ejercicio de sostenimiento del Gobierno Suárez, del gobierno del gran capital. Con ello, toda una concepción, una política y unas alianzas comienzan a poder ser discutidas prácticamente.

Pero si el Gobierno no es quién para otorgar seudoautonomías, la Constitución no puede autoatribuirse, además de soberanías nacionales, las desmesuradas competencias que en el borrador se contemplan. Una concepción democrática de la Constitución pasa por el simple reconocimiento del derecho de autodeterminación de las nacionalidades, que ejercidos, pasarían a tener rango constitucional. Defender la soberanía catalana significa exigir del Consell la inmediata convocatoria de elecciones al Parlamento de Catalunya, que además de elaborar un Estatuto, definiría las competencias que se reserva el autogobierno catalán. Los partidos obreros, si quieren asumir el papel protagonista que les corresponde ante el pueblo catalán, deben desistir de participar en el Consell de Tarradellas, negarse a reconocer su autoridad y el marco del decreto-ley, organizar la lucha por las libertades nacionales y los intereses obreros, y reclamar su derecho a formar un Consell Executiú P.S.C.-P.S.O.E.-P.S.U.C. sin burgueses ni Tarradellas, apoyándose en la movilización.



ALEMANIA, ALEMANIA

LA República Federal alemana, tierra de promipromisión del capitalismo europeo, no mana leche y miel; que rezuma sangre y miseria. Los acontecimientos de los meses de septiembre y octubre muestran claramente hasta dónde se propone llegar la burguesía. A la persecución de la libertad intelectual y de expresión, representadas por el vergonzoso **Berufsverbot** o prohibición de que los comunistas desempeñen cargos públicos y docencia, se ha sumado ahora una campaña de persecución e histeria contra los "simpatizantes" de los terroristas, desde izquieras a intelectuales burgueses progresistas. Una de las libertades más fundamentales, la comunicación de los detenidos con sus defensores, ha sido pisoteada. A las muertes de militantes izquierdistas por "accidente", se le suma ahora el crimen de Estado organizado. Andres Baader, Gudrun Ensslin, Jan Carl Raspe han seguido la suerte de Ulrike Meinhof: han sido suicidados en la ultrasegura carcel de Stammheim. No es éste el

momento de rebuscar en las mútiples contradicciones que hacen imposible de creer la verdad oficial, sino de denunciar el muro de silencio que ha caido sobre estos hechos, la imposibilidad de su clarificación. Desde los truts alemanes y europeos que dominan la comunicación de masas hasta el silencio cómplice de los partidos obreros que renuevan cada mañana sus votos democráticos, es decir, su voluntad de no poner en cuestión la dominación de la burguesía, todos, absolutamente todos han formado una conjura de silencio, se han propuesto no plantear preguntas incómodas. La RFA es un Estado democrático y acosarla podría desencadenar los viejos demonios totalitarios. ¡Qué libertad tan inservible, cuando, hasta para honrar a los muertos, los reunidos en el cementerio tenían que ocultar sus rostros, no osaban decir sus nombres!.

Pero la RFA es una "gran democracia", es una democracia burguesa. Es un país modelo: escasa incidencia de la crisis económica, paz social, sindicatos defensores de la política del gobierno, instituciones representativas, libertades públicas reconocidas por la Ley Fundamental... Es el paraíso del capital, el tipo de sociedad que se nos prepara. Y ciertamente no es un país fascista. Quienes dicen lo contrario no saben lo que es el fascismo y, a la vez, tienen una noción demasiado alta de la democracia burguesa. Si en la RFA está ya instalado el fascismo, hay que confesar entonces que los trabajadores pueden estar mayoritariamente a favor del fascismo como una solución a sus problemas. Si hay fascismo, la democracia burguesa tampoco es culpable de lo sucedido. Una verdadera democracia burguesa no podría llegar a estos extremos. Y esto es lo falso del argumento. Lo que ha sucedido en Alemania es precisamente un fruto legítimo de la democracia burguesa. Y no de cualquiera. De una democracia gobernada y gestionada por un partido social-demócrata.

Sin duda, los restos de fascismo existen. Existirán mientras se mantenga la dominación burguesa. Actuaciones omo la del gobirno e Schmidt son un calle en Cu Sin duda, los riesgos de fascismo exiisten. Existirán mientras se mantega la dominación burguesa. Actuaciones como la del gobierno de Schmidt són un caldo de cultivo para las partidas de la extrema derecha.

Pero, hoy por hoy, el fascismo no es la estrategia fundamental de la burguesía alemana. Y así hay que decirlo.

Los sucesos de los dos últimos meses han vuelto a poner de relieve algo ya amargamente aprendido: no es posible batir —ni siquiera hacerse tambalear a la maquinaria estatal de la burguesía con acciones armadas minoritarias. Es un problema objetivo; no una cuestión de generosidad militante de odio al capital. Estas cualidades y muchas otras les sobraban a los compañeros que han sido asesinados. Por eso eran verdaderon revolucionarios, en los que hay que solidarizarse. Nada ni nadie podrá convencernos de que sus actos pueden ser equiparados a

los de sus vergudos; la violencia no es unívoca. Nunca olvidaremos a Meinhof, Baader, Ensslin, Raspe y tantos otros. Para nosotros, no son individuos cuantificables e intercambiables por los banqueros y sus perros guardianes.

Pero el grupo de Andreas Baader ayer, la Rote Armee Fraktion hoy, se equivocan. En sus métodos y en su estrategia. Atrapados en una lógica infernal han tenido que pasar de los atentados individuales contra representantes del capital a la toma de rehenes. Si lo primero no despertó solidaridad alguna de los trabajadores la última ha encontrado su abierta repulsa. Más aún: estas acciones han reforzado al gobierno alemán, a la burguesía alemana, a los capitalistas de toda Europa. Han creado el clima necesario para la aceptación pasiva de la reducción de las libertades y la caza de brujas en todo el continente. Hoy, en Alemania, toda la izquierda está a la defensiva, mientras que Straus Kohl y Schimits, cada cual a su manera, están en la más completa euforia. Como lo están sus compinches gubernamentales de toda Europa.

No se ha sacado nada, sino derrota, de estas acciones. Como era de prever.

Pero no es sólo una cuestión de métodos. Lo más grave es el error de estrategia. La sustitución del papel de los trabajadores y de sus luchas es imposible. Pero qué hacer dicen, cuando los trabajadores alemanes no luchan, aceptan pasivamente una plusvalía extraída a los trabajadores de otras tierras. Si no la sustituímos, ¿quién luchará, quien dirá la insoportable tragedia de esta sociedad brutal?

Preguntas fundamentales. Mal contestadas. Por todas sus simpatías hacia el pueblo palestino, la RAF no comprende, el caracter internacional de la revolución. La clase obrera alemana es, tal vez, la más pasiva e integrada de Europa. Pero esto no es ningún azar. También ha sido la que ha sufrido las más trágicas derrotas del siglo. La llegada de Hitler al poder, cuya resposabilidad se reparten en partes exquisitamente iguales socialdemócratas y estalinistas, fue el primer paso hacia la despolitización y el escepticismo. La inaceptable división del país en 1945, fruto de la convergencia de intereses entre las potencias imperialistas y la URSS de Stalin y el mantenimiento en la RFA, de la mayor parte del personal político nazi, estrecharon el cerco. El ejemplo de la República Democrática, el más cercano "paraíso de los trabajadores", tampoco es un gran estímulo. Es decir, la despolitización de los trabajadores alemanes, la vanguardia del proletariado europeo en los 30 primeros años del siglo, tiene mucho que ver con los fracasos de la revolución internacional. Tanto como con el alto nivel de vida que exibe en Alemania y que, la clase obrera comparte.

Por eso, sólo el triunfo de la revolución, o al menos, avances significativos del proletariado europeo, podrán sacarla de su actual apatía. Y no cualquier revolución. Tiene que ser una revolución por la

que valga la pena luchar y entusiasmarse, una revolución en la que las conquistas de los trabajadores vayan acompañadas de la más amplia democracia política. La revolución que nuevamente empieza a ser posible en Europa.

Esto es lo que no comprenden los compañeros de la RAF. Por eso la suya es una vía muerta para los revolucionarios en Alemania. Hoy, allí, no se trata de tomar las armas. Ese camino hoy solo lleva a la muerte, quizás gloriosa, pero también al reforzamiento del poder del capital, y no son mártires con los que no pueden identificarse, lo que hoy necesitan los trabajadores alemanes, sino revolucionarios que confíen en la clase obrera y en la revolución internacional. Y actúen en consecuencia.

LA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA EN EUROPA OCCIDENTAL

ENTREVISTA CON ERNEST MANDEL

El LX aniversario de la revolución rusa hubiera justificado por sí mismo un número especial dedicado a la vigencia y a los límites de las enseñanzas de octubre. Pero el hecho de que esta fecha no coincidiera con nuestra aparición, nos ha hecho desistir de la idea. Teniendo en cuenta la gran cantidad de problemas que debíamos tratar.

Sin embargo, para iniciar el debate, publicamos en este primer número una entrevista con Ernest MANDEL.

HENRI WEBER: Las direcciones del PDUPC, en Italia; del PSU y de la CFDT, en Francia, acusan a la extrema izquierda revolucionaria, y singularmente a la IV Internacional, de calcar mecánicamente el "modelo" de la revolución rusa (crisis de desmoronamiento del Estado, ascenso de los soviets, dualidad de poder, marginación de los reformistas, realización insurreccional de la prueba de fuerza entre el poder de los consejos y el poder de la burguesía sobre la realidad de las sociedades capitalistas desarrolladas de la Europa occidental.

Ahora bien la diferencia de las formaciones sociales en juego es tal que calcar este esquema bolchevique es tan insensato como calcar el modelo maoísta (guerra popular prolongada), guevarista o vietnamita...

La especificidad de las sociedades capitalistas de Europa occidental exige la elaboración de una estrategia específica de conquista del poder, cuyas premisas se encuentran en Gramsci. ¿Qué piensas tú?

ERNEST MANDEL: Esto no es una pregunta, sino muchas.

Cuando se mezclan muchas preguntas, no se facilita la clarificación del debate. Digamos en primer lugar que es necesario distinguir entre lo que hay de específicamente ruso y lo que hay de universal en el "esquema" o "modelo" de la revolución rusa.

Lo que tiene de específicamente ruso no es ni la duración de la crisis revolucionaria, ni la forma soviética de autoorganización de las masas, ni la táctica utilizada por los bolcheviques para conquistar la mayoría de los soviets, ni la forma concreta que tomó la descomposición del Estado burgués. Esto no supone una toma de posición dogmática de los marxistas revolucionarios, sino que es la conclusión que se desprende hoy de una experiencia histórica de más de medio siglo. Todos los rasgos que acabo de enumerar, y bastantes otros, se encuentran en la revolución alemana de 1917-23, en la revolución española de 1936-37 y en la revolución portuguesa, bajo una forma más embrionaria. Se pueden detectar los indicios precursores en los acontecimientos de Italia de 1920, en el ascenso revolucionario que siguió a la Segunda Guerra Mundial e incluso en Mayo de 1968 en Francia. Por eso consideramos estas formas como las que, probablemente, revestirán la crisis revolucionaria en Europa occidental. Esta es nuestra hipótesis.

De la misma forma, el grado de descomposición del aparato del Estado burgués, o del aparato de Estado zarista-burgués que existía en Rusia entre febrero y octubre de 1917 no es absolutamente específico de la formación social rusa. Es un fenómeno que se ha repetido, bajo formas tal vez diferentes, pero con la misma dinámica y, a veces, con una dinámica aún más pronunciada, en las crisis revolucionarias de Europa occidental que acabo de enumerar. Así, el grado de descomposición del aparato del Estado burgués en Portugal durante el año 1975 ha sido mayor; las fuerzas de represión en Portugal han estado más paralizadas de lo que nunca lo estuvo el aparato del Estado zarista-burgués entre febrero y octubre de 1917 en Rusia.

Por el contrario, lo que tiene de específico el caso ruso, no es **la facilidad**, con la que los bolcheviques pudieron tomar el poder, sino **la dificultad** que encontraron antes y, sobre todo, después de la toma del poder en Rusia, mucho mayores que las que puedan producirse hoy en los países capitalistas avanzados. No intento desarrollar ninguna paradoja, sino que es el aspecto más chocante en la polémica que mantenemos con los antileninistas o los centristas, que pretenden ignorar o borrar este hecho evidente.

Lo que había de específico en la formación social rusa, era un grado de impreparación técnica y cultural, y también política, de la clase obrera en el ejercicio directo del poder económico y político que no existe —al menos hasta ese punto— en los países capitalistas avanzados. Yo añadiría —y esta es una condición específica más de la situación histórica— que la revolución rusa llegó en un momento en el que el capitalismo internacional era incomparablemente más sólido, disponía de infinitamente más reservas económicas, sociales, políticas e incluso ideológicas, disponía a escala

internacional de puntos de apoyo y de créditos incomparablemente más extendidos e incontestados que los que actualmente dispone, lo que ha hecho que la revolución rusa se haya encontrado desde el comienzo sumergida por una contrarrevolución que se apoyaba inicialmente sobre la pasividad de la mayoría de la nación, y sobre una minoría que no era mucho más reducida que la minoría que apoyaba a la revolución. A ello se añadía una contra-revolución internacional armada dispuesta a intervenir militarmente, enviando ejércitos de invasión de seis, siete, ocho países diferentes, casi instantáneamente sobre el territorio de Rusia... Estos son fenómenos que, hoy, resultan "ligeramente" más difíciles... No he notado en Portugal ninguna "intromisión" del ejército regular español, por no citar al ejército regular francés, o alemán, o americano —y no creo que una revolución victoriosa en España, Italia o Francia, tenga que hacer frente a este peligro en sus primeros tres o seis meses. El mundo es actualmente muy diferente de lo que era en 1917. Concluyo, pues, diciendo que, si se hace un balance, se puede decir paradójicamente que lo que tú llamas el esquema leninista y que yo llamaría la estrategia que combina (porque no otra cosa es el leninismo) **el Estado y la Revolución,** los documentos de los **Cuatro primeros congresos de la Internacional comunista** y la parte válida de la **Enfermedad Infantil,** esa estrategia tiene una aplicación mucho mayor en los países industrialmente desarrollados de Europa que la que jamás tuvo en Rusia. Con toda probabilidad, esta estrategia, que no ha sido aplicada enteramente, y ni tan siquiera en gran medida en Rusia, lo será hoy por primera vez en la historia de Europa occidental.

H. W.: Frente a todas las estrategias gradualistas, la noción de crisis revolucionaria juega un papel clave en la concepción de los marxistas revolucionarios. Pero todas las crisis de la sociedad burguesa no son crisis revolucionarias, ni tan siquiera pre-revolucionarias. ¿Puedes explicar lo que entiendes tú precisamente por crisis revolucionaria en un país capitalista avanzado? ¿Se puede clasificar a junio de 1936 en Francia de crisis revolucionaria? ¿Y la Liberación? ¿Y Mayo 1968? ¿Y la creciente crisis portuguesa?

E. M.: Existe sobre este tema una cierta imprecisión en los conceptos utilizados por los clásicos del marxismo. En el seno de la IV Internacional, a pesar de los modestos progresos que hemos realizado en nuestra elaboración estos últimos años, no hemos borrado todavía esa imprecisión. Creo por lo tanto que la pregunta es pertinente. La respuesta que voy a darte no será más que una aproximación, ya que carecemos todavía de puntos de referencia prácticos, para poder realmente agotar el debate. Comenzaré por referirme a lo que parece ser esencial, y que también debemos a Lenin. Para que haya crisis revolucionaria NO BASTA CON QUE EXISTA UN ASCENSO IMPETUOSO DEL MOVIMIENTO DE MASAS. Semejante ascenso, crea una situación, o mejor un proceso **pre-revolucionario,** que puede ir muy lejos, sin que sea todavía una situación revolucionaria. Para

que se dé una situación o crisis revolucionaria (manifestamos que los dos conceptos se identifican por el momento, lo que por otra parte es otra muestra de la imprecisión a que acabo de referirme) ES NECESARIO QUE COINCIDAN EL ASCENSO IMPETUOSO DEL MOVIMIENTO DE MASAS Y LA INCAPACIDAD DE HECHO DE GOBERNAR DE LA CLASE DOMINANTE, DE LA BURGUESIA. Tomando la fórmula brillante de Lenin, existe una crisis revolucionaria "cuando los de abajo ya no quieren ser gobernados, y cuando los de arriba no pueden ya gobernar como antes".

El "no pueden ya gobernar" debe ser interpretado, evidentemente, no en el sentido histórico, sino "inmediato" del término, es decir que "LOS DE ARRIBA" SON INCAPACES, DE HECHO, DE EJERCER EL PODER. En este sentido, tomaría un ejemplo "provocador" (pero es un viejo debate que hemos acometido ya juntos, del mismo lado de la barricada ideológica). En Mayo de 1968, no ha habido una situación realmente revolucionaria, porque no puede afirmarse que el grado de parálisis del régimen gaullista haya sido tal que le haya imposibilitado para gobernar. No se puede decir que De Gaulle haya perdido en ningún momento la capacidad de iniciativa política. Fue desbordado, paralizado, en razón de la modificación de las relaciones de fuerza, pero ha sido lo suficientemente astuto como para no atacar de frente de forma provocadora —¡lo que habría podido provocar una situación revolucionaria!— a un movimiento de masas demasiado potente. No ha perdido nunca la capacidad de maniobra e iniciativa política. Ha esperado su hora (¡o, más exactamente, casi su minuto¡), hasta que comprobó inmediatamente, gracias a la complicidad de la dirección reformista del PCF, que tenía la posibilidad de imponer una cierta orientación del poder en el conjunto del país.

HAY CRISIS REVOLUCIONARIA CUANDO LA BURGUESIA PIERDE ESTA CAPACIDAD DE INICIATIVA Y DE AUTORIDAD POLITICA. ¿Cómo se llega a ese extremo? Este es precisamente el transfondo de todas las dificultades. Es difícil hoy, con la experiencia que tenemos, de reducir esto a un denominador común. La experiencia de las crisis revolucionarias que hemos vivido en Europa, Rusia 1917, Alemania 1918-1919 y 1923. España 1936-37, Yugoeslavia 1941-1945, Portugal 1975 por último, y paso por alto algunas, hace difícil encontrar ese denominador común. Se podría reducir el tema a dos o tres factores: PRIMERO, descomposición muy acusada del sector "aparato de represión" del aparato del Estado. Creo que es un factor decisivo, por la ausencia de autoridad y de iniciativas de la burguesía. Puede ser consecuencia de una guerra o de un golpe de Estado parcialmente fallado, como en el caso de España, haciendo estallar al ejército en una parte importante del territorio; puede ser también el resultado directo de una huelga general, de un levantamiento obrero de tal potencia, en el terreno moral y político que, descomponga políticamente al ejército del interior (es lo que ocurrió en los primeros días del putsch de Kapp

en 1920 en Alemania). SEGUNDO, el corolario del primer factor positivo, es decir, la generalización, o al menos una extensión suficientemente amplia, de los órganos de poder obrero y popular, es decir, una situación de doble poder que conduce al mismo resultado. Si hay suficientes consejos obreros y consejos populares con los que se identifiquen una parte suficiente de los servicios públicos, se da manifiestamente una parálisis total del aparato del Estado burgués. Si los empleados de banca, incluido el Banco Central, no siguen ya las órdenes del ministro de Finanzas o del gobernador, sino del consejo obrero del sector bancario, hay parálisis; idem para los ferroviarios, los empleados del metro... Basta con extender el fenómeno, incluso con sectores de la policía, para comprender que tal hipótesis conduce a la parálisis completa del aparato del Estado burgués y de la capacidad de iniciativa política centralizada de la burguesía. TERCERO, tocamos aquí lo que más nos interesa de la crisis que asciende, porque ha sido el aspecto menos estudiado hasta el presente: es la dimensión político-ideológica del fenómeno. ES DECIR, ES NECESARIO QUE EXISTA UNA CRISIS DE LEGITIMIDAD DE LAS INSTITUCIONES DEL ESTADO, A LOS OJOS DE LA GRAN MAYORIA DE LA CLASE OBRERA. ES NECESARIO QUE EXISTA UNA IDENTIFICACION DE ESTA MAYORIA CON OTRA LEGITIMIDAD, UNA NUEVA LEGITIMIDAD QUE ASCIENDE, sin la cual el carácter revolucionario de la crisis es poco probable. No digo que esté excluido —porque hace falta tener en cuenta, ya volveremos sobre ello, el desarrollo desigual de la conciencia de clase, que no excluye combinaciones extrañas y sorprendentes— pero usamos el término "legitimidad" en su sentido más general pues parece evidente que la presencia de un gobierno salido del sufragio universal, de un sufragio universal que puede incluso reflejar la mayoría de tres años atrás, incluso de hace seis meses, en el cual las masas ya no se reconocen, no basta para crear una crisis revolucionaria. Sería una crisis gubernamental, ministerial, en el peor de los casos una crisis de régimen, pero no sería aún una crisis revolucionaria. Es necesario, pues, una dimensión ideológico-moral suplementaria para que exista verdaderamente una crisis revolucionaria, es decir, un INICIO DE RECHAZO POR LAS MASAS DE LA LEGITIMIDAD DE LAS INSTITUCIONES DEL ESTADO BURGUES. Y ello no puede venir sino de experiencias de luchas muy profundas, de un enfrentamiento muy profundo —no necesariamente violento o sangriento— entre las aspiraciones revolucionarias inmediatas de las masas y esas instituciones.

La forma en que nace una crisis revolucionaria está íntimamente ligada a fenómenos de este género. A este respecto se puede poner un ejemplo (se me hará el reproche de ser revisionista en este tema, pero eso me da igual. El marxismo es una ciencia, las cuestiones de este género hay que aprender a discutirlas de forma científica, y a no solventarlas perentoriamente por argumentos de autoridad) sobre le que Trotsky se expresó de manera no

falsa, pero si incompleta. Cojamos toda la complejidad de junio de 1936. ¿Puede afirmarse que había adhesión sin reservas de las masas respecto a la elección del gobierno de Frente Popular? Evidentemente no. Si hubiera existido tan siquiera eso, no habría habido huelga general, las gentes hubieran depositado su confianza en el Gobierno Blum para que realizara su programa. ¿Había un sentimiento de desconfianza en el hecho de declarar huelga general? Evidentemente, incluso para aquellos que tan sólo querían apoyar al Gobierno Blum, echarle una mano, darle un empujón desde fuera. El empujón tomó tal amplitud que reflejaba una desconfianza en cuanto a los ritmos, si no en cuanto a la voluntad de aplicar el programa por parte de los ministros que acaban de elegir.

¿Había una tendencia objetiva al desbordamiento de las direcciones PS-PC-CGT? Verdaderamente la forma de las ocupaciones de fábricas, que expresa espontáneamente el rechazo del sistema capitalista, desbordaba muy ampliamente el programa del Frente Popular, por otra parte más moderado que el programa de la Unión de la Izquierda actual en lo concerniente al cuestionamiento de la propiedad privada, etc.

Pero todo esto, que se encuentra en el análisis de Trotsky, sigue siendo al menos incompleto. Porque hay otro factor, que no se puede negar, y es que Junio de 1936 no sólo se hizo, sino que también se deshizo, con una facilidad bastante desconcertante. Cuando se ve a millones de obreros ocupar sus fábricas, a millones de obreros plantear en el terreno de los hechos la supresión de la propiedad privada y del derecho de los patronos a disponer de los medios de producción, y la rapidez con que, tras los acuerdos de Matignon, acepta, salvo algunas excepciones, lo que tan sólo era una combinación entre reformas económicas inmediatas y la realización del programa del Frente Popular, falta un factor suplementario para explicar este repliegue. Ahí, el factor de las ilusiones parlamentarias, el elemento de las ilusiones electoralistas y la ausencia de cualquier otra salida creíble, juegan un papel absolutamente decisivo.

Se dió un progreso a saltos de la espontaneidad obrera. Se dió un progreso parcial de la conciencia obrera. Pero no se registró un progreso de la conciencia obrera tal, que pudiese llevar a la clase obrera a cuestionarse la legitimidad de las instituciones de la democracia burguesa, y a oponerles las instituciones que la misma clase obrera hubiera creado. Por otra parte, tampoco fue un azar que no se generalizaran los soviets en junio de 1936.

Los que quieren identificar automáticamente los órganos sindicalistas de dirección de la huelga, los comités de huelga, etc., con los soviets, cometen un grave error. Confunden lo que hubiera podido ser el embrión de un movimiento de consejos con la culminación de este movimiento, una fase previa y preparatoria con una situación de doble poder ampliamente extendida.

Esto es un intento de análisis. No creo que sea enteramente satisfactorio. Hay todavía imprecisiones en nuestros conceptos, aunque comencemos a

tener un rigor mayor. Es necesario estudiar, una vez más, todo esto a la luz de las experiencias históricas habidas tras 1917 en Europa occidental, y hacer balance de las situaciones prerrevolucionarias, revolucionarias, clasificando, comparando. Creo que por el método histórico-genético podemos llegar a ello, mejor que intentando, en abstracto, precisar conceptos que corren el peligro de ser nuevamente puestos en tela de juicio por las próximas experiencias históricas. Sobre este punto, no hay nada más que la práctica revolucionaria, que el balance de la historia, que nos enseñará y nos adiestrará a pensar mejor.

H.W.: En todos los países capitalistas desarrollados, la identificación de las masas con la democracia representativa burguesa, la "democracia formal", se ha revelado muy fuerte. Todo ocurre como si las masas populares hicieran suya la máxima burguesa: "puede que la República democrática sea un régimen execrable, pero no obstante es el menos execrable de todos..." Esta identificación es particularmente fuerte en Francia, donde el régimen parlamentario y las conquistas democráticas, no constituyen hábiles concesiones otorgadas a las masas, sino el resultado de luchas revolucionarias del pueblo. Esta adhesión de las masas a los principios de la democracia burguesa representativa, a las instituciones y procedimientos que la encarnan, constituye un gran obstáculo para la destrucción del Estado burgués y la instauración de una democracia socialista.

¿Puedes explicar cual es la raíz de estas ilusiones democráticas de las masas y como pueden ser superadas?

E.M.: Hay un aspecto ambiguo de la democracia parlamentaria burguesa, sobre el que la burguesía ha conseguido sacar el máximo partido, con la complicidad, evidentemente esencial, de las direcciones reformistas, que tienen una responsabilidad histórica aplastante en este terreno. Poco a poco han transformado esta ambigüedad en una de sus armas ideológicas principales para mantener su dominación en los países en los que la clase obrera se ha convertido en mayoría de la nación. Esta ambigüedad es la siguiente:

Las masas han comenzado —y éste es un fenómeno relativamente reciente, que parte normalmente del final de la primera Guerra Mundial y a veces incluso de más tarde, de los años 1930 o 1940— a identificar una conquista definitiva, que nosotros queremos no solamente defender sino también consolidar y reforzar en el Estado obrero, a saber LAS LIBERTADES DEMOCRATICAS, con las INSTITUCIONES DEMOCRATICO-PARLAMENTARIAS DEL ESTADO BURGUES. Aunque he dicho que la responsabilidad de las direcciones reformistas era aplastante, no habría podido tener las consecuencias que han tenido si no se hubieran unido una serie de circunstancias históricas: creo que el fascismo ha pesado mucho, así como el estalinismo, no sólo por el giro reformista de la Internacional Comunista de 1934, sino también por el ejemplo de los regímenes de la Europa oriental y de la URSS.

También ha influído cierta madurez política en el sentido de que ha habido una transformación de la problemática política con la cual se ha enfrentado el movimiento obrero. Esta problemática se ha enriquecido. Ya no son solamente las reivindicaciones sobre la reducción de la jornada de trabajo o sobre la protección de los trabajadores ante el paro o la enfermedad o la cuestión general del sufragio universal y de la libertad de asociación. Hay toda una serie de cuestiones de política comercial, financiera, de infraestructura, de empleo, de educación, etc., en las que el movimiento obrero organizado y sectores importantes de la clase obrera se sienten concernidos. En vista del vacío cada vez mayor que reina en el seno del movimiento obrero en materia de educación de clase, de democracia proletaria, ese vacío se ha visto llenado por la política burguesa, lo que ha permitido articular opciones, variantes, a las que se han enfrentado las masas y que son de su interés. Si las masas se hubieran desinteresado por la política, esto no hubiera tenido tales efectos; es el caso de lo ocurrido en un país como los Estados Unidos. Pero en los países en los que las masas están mucho más interesadas por la política, en vista de que estas cuestiones no se plantean en ninguna parte y no tienen sentido más que en el campo de la política burguesa del parlamento o de las elecciones burguesas, incontestablemente, esta politización ha contribuído a la identificación mencionada más arriba.

Hay, sin duda, un elemento negativo —sobre el que ya he insistido en otros escritos. Lo propio de la democracia burguesa es la tendencia a la atomización de la clase obrera. Son los electores individuales los que cuentan, no se consulta a los grupos o clases sociales. EL CRECIMIENTO ECONOMICO DE LOS 25 ULTIMOS AÑOS HA INTRODUCIDO EN EL SENO DE LA CLASE OBRERA HABITOS DE CONSUMO, SIMBOLIZADOS SOBRE TODO POR EL AUTOMOVIL Y LA TELEVISION, QUE CONDUCEN A UNA REPRIVATIZACION DE LAS DISTRACCIONES QUE REFUERZA EVIDENTEMENTE ESTA ATOMIZACION. No vivimos ya en la época en que se discutían COLECTIVAMENTE las cuestiones políticas en las Casas del Pueblo, como yo mismo viví en los años 30. No estamos ya en la época en la que se leían y discutían COLECTIVAMENTE los periódicos obreros. Evidentemente, por un rodeo histórico, esta reprivatización de las distracciones puede conducir a un nivel más elevado de conciencia de clase. Los obreros leen mucho más —sobre todo los jóvenes—, son mucho más cultos. Esto puede reforzar las posibilidades futuras de hacer real la democracia proletaria. Pero durante un largo intervalo, esta reprivatización ha contribuido a la identificación entre democracia burguesa y defensa de las libertades democráticas. Creo que esta es la ambiguedad básica.

Según esto, la respuesta a la primera pregunta indica ya una orientación en lo referente a la segunda: ¿cómo superar este obstáculo?. Nuestra orientación general debe ser la de provocar una fisura que permita a las masas hacer saltar la confusión entre la defensa de las libertades democraticas, la

autoactividad de la clase obrera todo lo que sea actividad lo más libre, amplia, espontánea, autodeterminada de las masas, y las Instituciones del Estado burgués. Es un poco como el huevo de Colón: creo que lo propio de una situación revolucionaria es precisamente hacer que esta fisura sea no solamente posible, sino relativamente fácil e inevitable. Esto es lo que nos enseña de nuevo la experiencia de la revolución portuguesa del año pasado. Es lo que va a confirmarse en las próximas revoluciones española, italiana y francesa.

Es pues, irresponsable, casi criminal, para los revolucionarios querer oponer el concepto de "dictadura del proletariado" o el concepto de "poder popular" a las libertades democráticas. POR EL CONTRARIO ES DE GRAN UTILIDAD INDISPENSABLE INCLUSO, ACOMETER TODA TACTICA, TODA INICIATIVA, QUE PROPORCIONE A LAS MASAS LA EXPERIENCIA DE QUE LA AMPLIACION DE SU PROPIA LIBERTAD SE ENFRENTA CON LAS INSTITUCIONES RESTRICTIVAS DE LA DEMOCRACIA BURGUESA. Pongo el ejemplo de la libertad de prensa, que es la más simbólica y la más sintética, y porque es uno de los ejemplos en los que la revolución portuguesa ha maniobrado mal, en el que ha habido una gran confusión que la burguesía y la social-democracia han conseguido explotar.

¿Qué es preciso demostrar por medio de iniciativas como las tomadas por los trabajadores de "República" o los trabajadores de "Radio Renacimiento"? No que bajo el régimen de la Democracia de Consejos se quiera suprimir el derecho de cualquier partido político a publicar sus periódicos. No ponemos en duda, de ningún modo, esta libertad de prensa. Hay que demostrar que se quiere AMPLIAR la libertad de prensa a los trabajadores, a los de las imprentas, a los de la radio y a todas las comisiones y colectivos de todas las empresas. Que se quiere darles el derecho a poder expresarse, ellos también, libremente en la prensa —incluso si no tiene un periódico, incluso si no dispone de los medios propios para expresarse de una forma tan regular como los partidos políticos. En otros términos, se quiere ROMPER UN MONOPOLIO que es el monopolio de la propiedad privada, o incluso el monopolio de la propiedad privada más el de los partidos políticos, romperlo, no en el sentido de despojar a nadie del derecho a expresarse que ya posee, sino en el sentido de EXTENDER A OTROS ese derecho.

En este sentido, a pesar de todos los errores cometidos por los dirigentes centristas y de ultraizquierda de estas dos experiencias, el hecho de que haya una emisora que haya podido dar cuenta de todas las luchas obreras sin pasar por ningún tipo de censura del Gobierno o de un estado mayor político, una emisora de cualquier colectivo obrero pudiendo leer sus reivindicaciones y sus resoluciones, es un hecho altamente positivo, altamente democrático. Va en el mismo sentido que la creación de los "Izvestia" en el curso de la revolución rusa, que no eran en un principio más que eso: un órgano en el que

todos los soviets, independientemente de su afiliación o de su mayoría política, podían expresarse libremente. Este es un arte político que necesita un partido de vanguardia que tenga una autoridad política y una experiencia suficiente, utilizar los ejemplos de este tipo para mostrar en la práctica a las masas que la revolución AMPLIA las libertades democráticas, y que los defensores de la propiedad privada, de la autoridad absoluta del Parlamento, del monopolio de los partidos políticos QUIEREN EN REALIDAD RESTRINGUIR LAS LIBERTADES DEMOCRATICAS, no quieren permitir que las masas tengan más libertad, más peso y más poder del que tienen en la república democrática. Si se consigue demostrar esto, y para ello es necesario un período de dualidad de poder suficientemente amplio para que tales experiencias comiencen a calar en la conciencia de las masas, y puedan ser, por así decirlo, interiorizadas por suficiene número de trabajadores, la fisura mencionada como posible se convierte en una fisura real. No se trata ya de un proceso utópico, ES ALGO QUE VA A CREAR UNA LEGITIMIDAD SOVIETICA, MAS PROFUNDA EN LA CONVICCION Y EN LA CONCIENCIA DE LAS MASAS QUE LA LEGITIMIDAD DE LA DEMOCRACIA BURGUESA.

Añadiré que, para que esto pueda ser llevado a cabo, es preciso que esta experiencia sea una EXPERIENCIA VIVIDA. Las experiencias vividas no son experiencias de resoluciones o de artículos en periódicos, o de discursos de propaganda. La PRACTICA de la Democracia Proletaria desbordando la democracia burguesa debe llegar a ser una práctica vivida por millares y millares de trabajadores, por sectores suficientes de la clase obrera. Esto nos lleva otra vez a la cuestión de la DURACION del período de la dualidad de poder. A la luz de la experiencia histórica, lo que pasó en Rusia debe ser considerado como excepcional. Un período de seis o siete meses es demasiado CORTO para un proletariado como el de Europa occidental para poder desprenderse progresivamente de esa legitimidad de la Democracia burguesa, para asimilar la nueva legalidad, superior, de la Democracia proletaria. PRESUMIBLEMENTE, TENDREMOS NECESIDAD DE UN PERIODO MAS LARGO DE DUALIDAD DE PODER, DEL ORDEN DE VARIOS AÑOS Y, POSIBLEMENTE, NO SERA CONTINUO, NO SERA LINEAL, SINO PARCIAL. Por ejemplo, en Alemania, los consejos obreros, en tanto que órganos de poder, desaparecieron muy deprisa, en algunos meses. Por el contrario, los consejos de empresa sobrevivieron parcialmente, con competencias que desbordaban las competencias legales, durante varios años. Y los comunistas eran casi unánimes en 1923 en juzgar que esos restos de las conquistas de la revolución de 1918-19 se habían convertido de nuevo en el órgano privilegiado, por medio del cual se realizó el progreso de la conciencia de clase durante el ascenso revolucionario de 1923, y que era alrededor de esos órganos donde había de plantearse la tentativa de poner al orden del día el problema de la conquista del poder por la clase obrera alemana. Hay toda

clase de variantes y de combinaciones de este tipo que parecen probables para los países industrialmente avanzados de Europa occidental.

Querría terminar insistiendo sobre la importancia absolutamente decisiva del control obrero en este tema. Es preciso no olvidar que si los problemas de la democracia, ya sea burguesa o proletaria, es decir, el problema del Estado, es para los revolucionarios y los teóricos del marxismo un problema eminentemente político, en la vida de todos los días, los acontecimientos que son verdaderamente "pedagógicos" para la clase obrera no son puramente políticos. Incluso la libertad de prensa no es nunca para la clase obrera una abstracción puramente política. Es una libertad de poder decir ciertas cosas que interesen de forma inmediata a los trabajadores. Gira casi siempre alrededor de sus preocupaciones inmediatas, de su vida cotidiana, de sus reivindicaciones, de sus luchas, de su experiencia. No es la "libertad de prensa" para escribir lo que se tiene en la cabeza, en lo absoluto y en lo abstracto. Es una libertad concreta para DAR TESTIMONIO de cosas concretas de las luchas, de las reivindicaciones de los objetivos del combate. Llegamos así al papel clave que juega el control obrero en un período de dualidad de poder, porque gracias a él, la clase hace su aprendizaje del ejercicio del poder.

El control obrero es un comienzo de ejercicio del poder, ciertamente embrionario, fragmentado, insuficiente y por lo tanto casi utópico —no somos ni economicistas ni espontaneístas— pero, de todas formas, es un APRENDIZAJE PRACTICO. No hay que reducir el control obrero a los pequeños problemas de las empresas. ¡Su potencial es enorme cuando se extiende a algunos sectores vitales, sobre todo a los servicios públicos! El control obrero sobre los bancos, sobre los transportes públicos, sobre las centrales eléctricas, sobre la televisión, por no citar más que cuatro ejemplos, trastocará prácticamente toda la vida cotidiana de una nación moderna. De esta forma, los trabajadores que hacen su aprendizaje en este género de control obrero, con el que se enfrentan a cada paso con la autoridad, y el carácter restrictivo y represivo del Estado burgués-democrático, incluso cuando está "gobernado" por partidos obreros, esos trabajadores pueden adquirir la experiencia de los límites de la legitimidad de esta democracia burguesa.

La extrema izquierda portuguesa ha dejado escapar una posibilidad ideológica inmensa. No fue un azar que Soares, cuando se quitó la máscara, tras haber lanzado gritos frenéticos en favor de la libertad de prensa, hubiera de comenzar a atacar al anarco-populismo. "al anarco-espontaneísmo", a las iniciativas de las masas. A continuación, comenzó a pronunciarse por el reforzamiento de la autoridad de Estado y de la disciplina, es decir comenzó a invocar a la REPRESION, ya que no se trataba de otra cosa. En una situación revolucionaria es necesario hacer comprender a los trabajadores que el debate real no es un debate entre la democracia y la dictadura, sino entre el caracter limitado y represivo de la democracia burguesa y la

extensión de las libertades democráticas por la iniciativa y la autoridad de las masas. Una vez que se ha ganado este debate, la ruptura de las masas con las instituciones burguesas, ya no es una cuestión tan difícil y tan irrealizable como parece a primera vista. Pero para ello es necesario, evidentemente, un partido revolucionario inteligente, y no los estúpidos ataques ultraizquierdistas contra el "social-fascismo".

H.W.: Una de las razones de las ilusiones democráticas de las que ha hablado radica tal vez en el hecho de que ni en la propaganda, ni en la práctica se haya realizado una demostración palpable ante la vanguardia obrera, de la superioridad de la democracia directa soviética sobre la democracia representativa burguesa. Tenemos tendencia, en nuestra propaganda, a presentar la democracia soviética como "mil veces superior a las formas más democráticas de la democracia burguesa" (Lenin), pero eso puede parecer a menudo como una cuestión de principio. ¿En qué medida la crítica que se ha hecho de la democracia representativa burguesa, de su formalismo, no vale también, desde otro punto de vista, para la democracia soviética: porque en tanto exista cierta división social y técnica del trabajo, implicará formas de representación, de delegación?

Si se mira abiertamente la experiencia rusa de los primeros meses de 1917-18 se constata, en primer lugar, una separación extremadamente rápida de los delegados de base con respecto a las asambleas de base de los principales soviets, incluído el soviet de Petrogrado (de ahí las llamadas constantes de la prensa soviética para acudir a las asambleas, etc.); en segundo, lugar, una formidable concentración de poder en los ejecutivos y en las alturas; en resumen, se constata toda una serie de indicios que se puedan seguir al detalle, pero que muestran que una democracia soviética fundada sobre una forma de delegaciones de poder específico se presta facilmente también a la expropiación política de las masas, a la usurpación del poder y a la manipulación. ¿En qué medida somos conscientes, pues, del hecho de que esta democracia soviética presenta aspectos formales, peligrosos, y cuáles son los tipos de respuesta que se aportan a este nivel para asegurar el que esta democracia sea lo más real posible?.

E.M.: En primer lugar, el argumento "la demostración práctica no se ha hecho nunca" es un argumento ligeramente anacrónico. Evidentemente la generación actual de trabajadores no ha pasado por experiencias de este tipo. A veces la yuxtaposición entre lo que existe —incluso si es imperfecto— y lo que no se ha materializado ante los ojos, puede parecer una yuxtaposición artificial. Quisiera, al menos, recordar que la clase obrera internacional ha vivido varias experiencias concretas de democracia directa muy avanzadas, que han sido probadas y han demostrado en la práctica su superioridad. No quiero citar más que una (¡y no es la única!): la experiencia de los comités españoles, y sobre todo catalanes, entre julio de 1936 y mayo de 1937, que, en toda una serie de terrenos, y sobre todo en el de la administración y la industria del avituallamiento y la salud pública, hicieron avanzar la

democracia directa más allá de todo lo conocido bajo un regimen burgués, y fueron vistos como grandes éxitos por las masas españolas. Señalemos, sobre todo, ya que es algo poco conocido, que bajo administración obrera, la producción industrial aumentó fuertemente, y que la manera en que funcionaban sobre todo los restaurantes, los teatros, la enseñanza la salud y la justicia, bajo el impulso, entre otros, de nuestro ex-camarada Andrés Nin, en Barcelona, tras julio de 1936, han sido ejemplos notables de participación de las amplias masas en la ejecución de tareas establecidas. Es uno de los ejemplos más avanzados de Democracia Proletaria. La literatura que existe sobre este tema no es sólo una literatura semimitológica de autores anarquistas. Sacar argumentos de la ausencia de ejemplos presentes para concluir que una orientación es difícil, si no imposible, es en realidad argumentar contra toda INNOVACION revolucionaria: ¡es preciso que naya gentes que sean los primeros en comenzar las cosas nuevas! ¡Si se rechaza esto, se rechaza en realidad la posibilidad de toda revolución, que es siempre eminentemente renovadora! ¿Cuál fue el precedente que pudieron contemplar las masas rusas en 1917? ¿Cuál era el precedente para la Comuna de Paris? No debe nadie asustarse por estas cosas. La verdadera continuidad, la que cuenta, la que hace nuestro proyecto realista, es la continuidad entre la lucha de clases cotidiana, en el capitalismo maduro y en el capitalismo decadente, por una parte, y la situación revolucionaria por la otra... Afirmamos que las masas se preparan para la crisis revolucionaria no tanto en el estudio de las experiencias históricas precedentes o en la comparación de lo que ocurre en otros países, como en el desarrollo de las formas superiores de reivindicaciones anti-capitalistas y de autoorganización, en las huelgas, en las ocupaciones de fábricas que se desarrollan ya antes de la crisis revolucionaria. Prolongando todo esto tendremos la democracia directa de los Consejos, y no por comparaciones históricas, que son, sobre todo, de orden teórico.

En cuanto a la objeción, en sí más pertinente, según la cual la democracia soviética, a pesar de ser una democracia directa, arrastra con ella elementos de democracia indirecta, ya que está fundada al mismo tiempo sobre la delegación y sobre una estructura piramidal, creo que las respuestas, que están contenidas ya, en potencia, en "El Estado y la Revolución" de Lenin, deben ser planteadas ahora, sobre la base de las experiencias históricas del último medio siglo, y sobre la base de la elaboración política, que ha progresado en este tema. Daré tres mecanismos de garantías que reducen esta objeción.

Lo que no diré nunca será que la supriman. Tal vez sea necesario recordar que, en último término, lo que se refiere esa objeción es a una CONTRADICCION REAL: el Estado obrero es la última forma histórica del Estado. Es una forma de Estado que comienza a perecer desde que nace. Pero es, en todo caso, una forma de ESTADO. Y quien dice Estado dice "grupo de hombres separados que ejercen funciones represivas". Si

creyéramos que el proyecto anarquista no es utópico, que es posible saltar directamente de la sociedad burguesa a la sociedad sin Estado, ¡seríamos anarquistas al 100%! Es evidente que todo Estado contiene un elemento burocrático, autoritario, represivo. No somos anarquistas porque pensamos que los anarquistas son utópicos, y que no es posible, tanto por razones objetivas como subjetivas, evitar la dictadura del proletariado, evitar la fase del Estado obrero. Creemos, por el contrario, y como nos confirma la experiencia española, que si se quiere rechazar ARTIFICIALMENTE la centralización del PODER OBRERO, lo único que se consigue no es crear una situación sin poder, sino mantener o reconstituir el PODER BURGUES, que es diez veces más burocrático, represivo y autoritario.

Dicho esto, no nos engañemos sobre los límites de la democracia proletaria. Creo que Lenin tampoco se engañaba. El Estado no desaparece de forma inmediata y total, el derecho burgués subsiste y los elementos burocráticos también. La experiencia de la revolución rusa, la debacle del estalinismo y la comprensión más profunda del fenómeno de la burocracia, deben enseñarnos a preveer un número suplementario de garantías sobre las ya previstas por Marx y Lenin. Señalaré tres grupos de medidas para reforzar estas "garantías clásicas", que son la elegibilidad de todas las funciones del Estado y la revocabilidad de todos los elegidos, la reducción de sus ingresos al salario medio de los obreros y la rotación más o menos rápida de estos elegidos.

En primer lugar, y tal vez sea el más importante: el Estado de la dictadura del proletariado debe ser, desde el principio, un Estado en vía de extinción. La "extinción" del Estado es su forma concreta de desaparición. ESTO SIGNIFICA QUE LA CENTRALIZACION DEL PODER NO SE JUSTIFICA MAS QUE PARA CIERTO NUMERO MUY REDUCIDO DE PROBLEMAS. Es necesario que sea el congreso de los consjos de trabajadores el que tome las decisiones en cuanto al reparto de los recursos de la nación. Es la clase obrera la que hace el sacrificio de no consumir una parte de lo que produce. Es la clase obrera la que tiene que decidir qué grado de sacrificios está dispuesta a asumir. Dicho esto, una vez que se ha decidido dedicar, por ejemplo, el siete, diez o doce por ciento de la producción nacional a la enseñanza y a la salud, es absolutamente inútil que el Estado gestione estos presupuestos de instrucción y salud pública. Es inútil que lo gestione el Congreso del Consejo de los trabajadores. Existen delgaciones a un nivel más democrático, es decir Consejos de escuela, Consejos de enseñanza, Consejos de personal médico, Consejos de enfermos, que deben gestionar esos presupuestos. Serán otras personas las que compongan estos Consejos, distintas a las que forman el Congreso de los Consejos obreros.

Esta extinción de las funciones del Estado central, conduce a decenas de congresos que se reunirán paralelamente, en la que estarán implicadas decenas de millares de personas a escala nacional o continental. Y como el mismo fenómeno debe producirse no sólo a nivel de grandes entidades

geográficas, sino también a nivel de entidades mucho más reducidas (regiones, comunas...), esta "extinción" permite asociar al ejercicio directo del poder, centenares de miles, tal vez millones de personas.

- Segunda garantía importante: Es necesario estudiar los problemas de la rotación de forma mucho más atenta de lo que lo han hecho los bolcheviques en Rusia, que se enfrentaban a una clase obrera minoritaria y atrasada culturalmente. En los países industriales adelantados, se podrá aplicar el principio de rotación de una forma mucho más radical de lo que ha sido en el caso Yugoslavo. Si se aplica este principio de rotación de una manera muy estricta (p.e. prohibición de renovar más de dos veces un mandato de delegación), al cabo de cierto número de años, y dada la multiplicación de los congresos y de las instancias deliberantes, gran número de personas estarán asociadas al ejercicio del poder. La idea de la asociación de TODOS los trabajadores al ejercicio directo del poder, se convierte así en algo concreto.

En tercer lugar: ¿Qué significa la fórmula: la división social del trabajo sigue siendo inevitable? Siempre he expresado mis dudas sobre esta fórmula. Existe en ella todavía un fenómeno de imprecisión conceptual que no dominamos aún. De hecho mezclamos el término "división social del trabajo" y lo que llamaría "división profesional del trabajo" o "profesionalización" o "actividades profesionales diferentes". Estos términos no significan lo mismo.

La división social del trabajo, se refiere a TODAS las funciones sociales cualitativamente distintas, que en último análisis pueden reducirse a las funciones de producción y de administración (de acumulación). La división profesional del trabajo es imposible de superar en la primera fase del socialismo. Pero para superar la división SOCIAL del trabajo, que queremos empezar a superar inmediatamente —este y no otro es el sentido del término—, es preciso sobre todo asegurar las CONDICIONES MATERIALES propicias para esta superación, más que especular sobre la madurez, la preparación o impreparación etc.

Ahora bien, estas condiciones materiales son muy precisas. En primer lugar una reducción material del tiempo de trabajo. Dar a los trabajadores el tiempo necesario para ir a los soviets y a los congresos. Si trabajan ocho o nueve horas diarias, si tienen dos o tres horas diarias de desplazamientos, no tendrán tiempo de gestionar o de administrar. Mantener una larga jornada de trabajo, es mantener la división de la sociedad entre aquellos que producen y los que gestionan, es hacer inevitable la supervivencia de los "profesionales de la política" en los soviets. Solo la media jornada de trabajo crea las condiciones de la verdadera gestión democrática, de una participación de centenares de millares, de millones de trabajadores en la gestión de la Economía y del Estado.

Otra condición material es romper el monopolio de la información, que no es más que uno de los múltiples aspectos de la cultura. Es más fácil hoy que en la época de Lenin, gracias a la información, a las máquinas de calcular

electrónicas y a la televisión. Es muy fácil hoy poner la información a la disposición de todo el mundo, para la gestión obrera. Con la prolongación de la escolaridad, la revolución de la enseñanza, la eliminación de esa división entre la juventud procedente de la escuela y la "edad madura", etc., el esfuerzo de facilitar materialmente la participación de los trabajadores en la gestión de la Economía, del Estado y la Sociedad, implica todas las medidas necesarias para hacer saltar barreras culturales que entrañan esta participación.

Aún otra condición que es preciso introducir en la Constitución socialista, será el reservar la mayoría de los puestos, al menos en los órganos que ejercen el poder político central, a personas —no solamente a los trabajadores, sino también a las mujeres— que sigan desarrollando una actividad productiva. Esta es una garantía indispensable. En último análisis, la burocratización comienza con la profesionalización del ejercicio de las funciones de gestión. Para frenar esta profesionalización, es preciso que haya una mayoría de gentes que ejerzan el poder político central mientras continúan trabajando en la producción. Esto implica de nuevo, para ser coherente la extinción de las funciones de las que yo hablaba antes. Si estas medidas se ponen en práctica, se reducirá grandemente la base de la burocratización.

Tal vez sea preciso hacer una observación marginal. Uno de los grandes problemas que se encuentra en el debate entre bolcheviques y mencheviques y, tras cincuenta años, entre revolucionarios, centristas e izquierdistas, es saber si una revolución socialista puede ir acompañada, no por una baja sino, por el contrario, un impulso de las fuerzas productivas. Muchas de las teorizaciones dogmáticas sobre lo ocurrido en Rusia en 1917-1918-1919, sobre todo por Bujarin, pero también por Bordiga y otros revolucionarios de la época, reposan sobre ese dogma de la inevitabilidad de la caída de las fuerzas productivas durante una revolución socialista. Si tuvieramos que aceptar esa hipótesis, deberíamos aceptar numerosas consecuencias. No me atrevo a pronunciarme al nivel de las "leyes absolutas de la Historia" pero al nivel de la coyuntura actual (es una razón suplementaria por la cual se trata de una situación particularmente favorable para la revolución socialista en Europa occidental), tal hipótesis no es probable. No hay ninguna razón para suponer, salvo en el caso de una guerra nuclear o intervención militar con bombardeos masivos, etc., que una revolución socialista en España, en Italia o en Francia venga acompañada o seguida de un paro de la producción material. Al contrario, hay suficientes argumentos que dejan suponer que el sistema industrial construido por la burguesía, sobre todo después del desarrollo de las fuerzas productivas en los 25 últimos años, permite esperar grandes posibilidades de aumento de la producción.

En este sentido, no es del todo útopico esperar a la vez una reducción radical de la jornada de trabajo y un aumento de la producción material. Estoy convencido de que el desarrollo de la iniciativa obrera, el impulso del espíritu de autoorganización y de creatividad de las amplias masas en el

terreno de la teconología y de la organización del trabajo, van a facilitar enormemente la realización de estas tareas. Hay en la teoría burguesa de la empresa y la unidad industrial una dimensión óptima —y los capitalistas lo han aprendido a sus propias expensas— que no es nunca la dimensión máxima. En la organización industrial, cuando se supera ese máximo, cuando las unidades son demasiado grandes, los gastos crecen en mayor proporción de lo que se reducen los costos. Los errores de decisión, la incapacidad para tener una visión de conjunto y por lo tanto de tomar decisiones con conocimiento de causa, se multiplican. El principio de la autogestión planificada permitirá aplicar estas enseñanzas de la gestión burguesa de una forma mucho más eficaz de lo que lo hacen los capitalistas.

H.W.: ¿Acaso piensas que la dualidad de poder en los países capitalistas desarrollados actuales debe tener una forma soviética, teniendo en cuenta, en primer lugar, que esta clase obrera, a diferencia de la clase obrera rusa, tiene organizaciones de masas, sindicales y de otros tipos, tiene una tradición organizativa, tiene instituciones en las que reconoce y en segundo lugar, que los reformistas de toda laya, socialdemócratas y estalinistas, van a rechazar y a combatir la forma de los soviets. Piensas que, razonablemente, esta forma va a imponerse a pesar de todo, o que la dualidad de poder puede adoptar formas distintas a través de los cártels o incluso de los sindicatos, tal como pensaba Monatte en el caso francés.?

E.M.: A este respecto, podemos apoyarnos sobre una larga experiencia histórica. La tendencia histórica fundamental es clara, neta y no contradictoria. Cada vez que hemos asistido a una crisis revolucionaria en un país industrial avanzado, con una clase obrera en plena posesión de su madurez social, política y económica, hemos visto surgir órganos de tipo soviético. Pero en cuanto a la naturaleza de las organizaciones mismas, no hay ninguna sombra de duda. En la revolución española de 1936-37 si bien es cierto que al nivel de ciudades y de órganos de poder político se impuso el cartel, a nivel de empresas no ocurrió así: en ellas hubo autoorganización de las masas. Dado el caracter fraccionario de las organizaciones de masas, dada su multiplicidad, sus contradicciones y dado que, salvo algunas excepciones, la mayoría (o una minoría muy fuerte) de las masas NO SE ENCUENTRA en esas organizaciones, un movimiento tan potente e impetuoso como un movimiento revolucionario del proletariado de un país occidental en su conjunto, debe encontrar una forma de autorrepresentación en la que esté presente la totalidad de la clase. La Historia no ha encontrado nada mejor que la forma de los soviets, que es una forma nacida de la experiencia histórica real, y no "inventada" por los bolcheviques o por los trotsquistas.

Otra cosa es la forma de nacimiento, de articulación con las organizaciones de masas existentes, y de la representación en su seno de las organizaciones políticas sindicales. La historia ha revelado ya una variedad, y sus variaciones son múltiples. Incluso entre las dos experiencias de Rusia

hay diferencias considerables. Los primeros soviets, los de 1905, nacieron de comités de huelga. En 1917 se produjo el fenómeno inverso: primero se constituye el comité ejecutivo de los soviets de Petrogrado, antes de que se contituyeran, sobre el resto del territorio, los soviets. La variante española de 1936 es también distinta. En ella se dan primero los comités de base, que son peinados por un cartel de organizaciones.

Lo que me parece más importante para los revolucionarios, y esto origina debates apasionados y apasionantes en el seno de la INTERNACIONAL, y en el seno de la izquierda revolucionaria en su conjunto en la Europa actual, es rechazar TODO ESQUEMATISMO y todo partido tomado a priori. No hay que creer que exista una sola consigna, que haya una sola forma de aparición de esos Consejos obreros en la situación presente. En determinadas circunstancias, por ejemplo, circunstancias defensivas para la clase obrera (como en el caso del ascenso del fascismo), es muy posible, si no probable, que los órganos de poder obrero nazcan de órganos de Frente Unico-Cartel de partidos y sindicatos. Tal era el esquema de Trotsky para Alemania en 1933 y creo que era razonable. Pero hay otras circunstancias para las que esto no es válido. Por ejemplo Francia en el período 1934-1936, Trotsky rechazó esa idea. Acusa a los centristas y a algunos seudotrostquistas de detentar la postura de que era preciso un acuerdo previo entre Blum y Thorez para que pudieran existir comités de acción. Rechaza la hipótesis según la cual hay que subordinar la aparición de órganos de doble poder a la realización de un acuerdo en la cumbre entre aparatos. Es muy posible, incluso probable, dice, que ocurra precisamente a la inversa, que en primer lugar la base construya comités y solo después se pongan de acuerdo los burócratas para aceptarlos. La experiencia de Portugal nos ha vacunado suficientemente contra todo esquematismo a este respecto. La tarea n.º 1 sobre la que Lenin y Trotsky insisten en todos sus escritos sobre las situaciones revolucionarias, es mantener los ojos y los oídos abiertos para comprender que es lo que ocurre en el seno de la clase, cual es la tendencia real de organización de la clase, y no plantar un esquema teórico cualquiera sobre esta tendencia real de los trabajadores a encontrar sus formas de autoorganización.

¿Van a combatir los reformistas inevitablemente y allí donde se dé este nacimiento espontáneo de los consejos de trabajadores? Si fuera sectario respondería: ¡"desgraciadamente"! Como no soy sectario, digo simplemente, "no". El núcleo racional de ese sectarismo sería la mayor facilidad de los revolucionarios para cumplir sus tareas en el caso de que los burócratas actuaran "valientemente" en contracorriente. Figurate: millones de trabajadores identificándose con los Consejos; pequeños aparatos burocráticos que los combaten, ¡sería tan fácil aislar esos aparatos! Desgraciadamente, no ocurre así. Los burócratas son mucho más astutos. Lo que ocurre generalmente, en la fase de auge y expansión de los Consejos de trabajadores, es que los burócratas entran en ellos, se identifican con ellos, se pegan al movimiento

real. No hay más que releer lo que han escrito los Ebert, Noske, Scheidemann en Alemania en noviembre de 1918 para convencerse. Creo que el verdadero problema será la confrontación política con los reformistas en el seno de los Consejos.

En lo que concierne a las relaciones entre Consejos y organizaciones de masas, hará falta también evitar el esquematismo, y mantener los ojos abiertos sobre todas las múltiples variantes que puedan producirse. En este terreno, evidentemente, juegan un gran papel la tradición histórica y la especificidad de la clase obrera occidental, sobre todo el peso del movimiento sindical, que es infinitamente mayor en los países de Europa occidental de lo que pudo serlo en Rusia.

Hay dos escollos que es preciso evitar. El primero es dejarse arrastrar en la confusión y el magma centrista, que intenta hacer un revoltijo de todo ello, del que nadie podrá sacar provecho. Un revoltijo indigesto, que querrá conciliar lo irreconciliable, el mantenimiento de las instituciones parlamentarias con la afirmación de la soberanía de los Consejos, la afirmación de la soberanía y la independencia de los sindicatos, con la pluralidad de los partidos y la aceptación limitada del derecho de tendencia, etc. La línea de demarcación entre revolucionarios y reformistas es clara y neta. Nosotros estamos por la destrucción del aparato del Estado burgués. Decimos que es totalmente imposible hacer una revolución socialista respetando, tolerando o reconciliando el aparato del Estado burgués. Estamos por la transferencia del ejercicio del Poder a los órganos de auto-representación de las masas trabajadoras. Estamos por un Congreso de los Consejos obreros soberano que ejerza el poder. Los centristas querrán deformarla, pero la historia confirma una y otra vez que, cuando la crisis revolucionaria se exacerba, el espacio para estas maniobras se reduce a cero. Evidentemente, habiendo respondido a esta pregunta clave, sigue manteniéndose la función real de los sindicatos en estas circunstancias. ¿Cuáles serán sus competencias reales? ¿Cuál será la articulación entre los sindicatos y los soviets? Es preciso dejar que la vida se desarrolle a este respecto, según las condiciones particulares que se den en cada caso. Si decimos que los carteles de organizaciones son menos democráticos que los órganos elegidos directamente, no vamos a cometer la torpeza sectaria de rechazar los carteles de organizaciones, cuando existen, en nombre de algo que no existe todavía. Recordaré que, a pesar de todas las críticas, justificadas, que dirigía Trotsky al carácter de cártel que tenía el comité central de las milicias en Barcelona en 1936, consideró que la disolución de este comité central fue el crimen principal de los reformistas y los centristas, incluído Andreu Nin, y del punto de inflexión del ascenso revolucionario en España hacia la pendiente... Recordaré también que en ese comité de milicias, había también representantes de un partido burgués, la Esquerra Catalana, y que Trotsky no planteó nunca la cuestión: "expulsemos primero

a los partidos burgueses, antes de reconocer a ese comité central de las milicias como el órgano de Poder de los trabajadores...".

H.W.: Europa del sur se encamina hacia una situación caracterizada por la llegada al poder de partidos obreros, hacia situaciones de tipo prerevolucionario en las que la hegemonía reformista va a durar bastante, pero donde existe ya una vanguardia obrera importante... Es una situación que es a la vez extremadamente estimulante y extremadamente peligrosa, en la medida en la que, por parte de los reformistas, no hay intención de transformar esta situación en revolución victoriosa, mientras que, por parte de la burguesía, existe la voluntad decidida de transformarla en contrarevolución victoriosa. En la medida en que los revolucionarios no pueden, razonablemente, esperar conquistar la mayoría en las masas, incluso aunque estas se dotaran de una organización soviética ¿Cuales son los objetivos reales que perseguimos?.

E.M.: Hay una idea clave en toda tu pregunta, que sin duda has formulado asumiendo el papel de abogado del diablo, y que rechazo. Niego que la vanguardia revolucionaria sea incapaz de conquistar a la mayoría de los trabajadores en el periodo revolucionario que va a abrirse en Europa meridional. Lo esencial de la transformación que se ha producido desde 1968 hasta ahora puede afirmarse que esa es la misión histórica de ese periodo— es que ha permitido un reforzamiento de la extrema izquierda tal, que ésta entrará en este período revolucionario con fuerzas suficientes para poderse plantear de manera realista y audaz la cuestión de la conquista de la mayoría de la clase obrera. Pero, evidentemente, es preciso matizar muchas cosas. En primer lugar, es necesario partir del desarrollo desigual de la conciencia de clase. Esta es una idea que los reformistas y centristas tienen dificultades en comprender. Pese a ello, se ve confirmada en cada experiencia revolucionaria. Se ha citado ya el caso de junio de 1936, el de la Liberación... No es, en absoluto CONTRADICTORIO DECIR QUE LA INMENSA MAYORIA DE LAS MASAS PUEDE VOTAR POR LOS PARTIDOS REFORMISTAS Y COMPORTARSE SIMULTANEAMENTE, EN LA PRACTICA, EN RUPTURA PARCIAL CON LOS REFORMISTAS. No hay en ello ninguna contradicción. La conciencia de clase avanza a saltos en una situación revolucionaria, pero no en todos los terrenos al mismo tiempo. Las masas pueden pensar que en el plano parlamentario, electoral, votar útil es votar P.C.-P.S. Y, al mismo tiempo, esas mismas masas pueden pensar que en las empresas, contra la reacción, en las facultades, actuar de forma útil es actuar con independencia creciente del P.C. y del P.S. Si se analiza minuciosamente la actitud del proletariado portugués, que a pesar de todo es uno de los menos maduros políticamente de Europa, a lo largo del año 1975, se tendrá una nueva confirmación de esta desigualdad en el proceso de crecimiento de la conciencia de clase. Estamos a punto de vivir de una forma espectacular el mismo fenómeno en España. Creo que lo veremos en Francia y en Italia.

Iré, incluso, más lejos: no hay que excluir que la mayoría absoluta de la clase obrera vote por la toma del poder por los consejos de trabajadores en los consejos, y al mismo tiempo se disponga una vez más a votar por los partidos reformistas en las elecciones de tipo parlamentario. Incluso el resultado de elecciones de consulta, de formulaciones de la voluntad política, es diferente según se dé de forma aislada o en asamblea, de forma atomizada o colectiva. Los burócratas sindicales y los patronos lo saben demasiado bien, conocen los diferentes resultados del voto sobre el inicio o final de huelgas, según se vote en asambleas generales o en referéndum, o por correspondencia.

De esta primera idea se desprende una segunda: la idea del desbordamiento de las direcciones reformistas. Es perfectamente posible e incluso probable que asistamos, en mayor medida aún que en junio de 1936, y en la misma, al menos, que en Chile durante el gobierno de Allende, a un DOBLE PROCESO. Por una parte, habrá una confianza relativa, reservada, desconfiada —es una fórmula contradictoria que expresa bien la realidad— con respecto a la mayoría parlamentaria o al gobierno de izquierda. Al mismo tiempo, habrá una tendencia a desbordar los marcos previamente fijados a la acción por el programa reformista de colaboración de clases, y la voluntad de no romper con el régimen burgués. Lo que determina la dinámica de este desbordamiento, no es tanto la lucidez teórica de las masas, como una lógica inevitable de exacerbación de la lucha de clases.

La gran debilidad analítica de los reformistas y los centristas, que ha sido puesta de manifiesto claramente por las experiencias revolucionarias vividas en los países industrializados, incluida la marginal de Chile, reside en la incomprensión de esta lógica. Es inconcebible en el mundo actual, con el peso del proletariado desde el punto de vista social económico y político, con la crisis de todas las relaciones de producción capitalista, con la crisis de todas las relaciones sociales burguesas, es inconcebible que una nueva acentuación cualitativa de la actividad, de la combatividad y de las reivindicaciones de masas, no conduzcan a una sobreexcitación, a una verdadera exacerbación de los conflictos de clases que paralizan casi prácticamente la economía capitalista y el funcionamiento del Estado burgués. Cualquier socialista o comunista que crea que hoy es posible, con un proletariado que representa al menos al 60 o al 70 % de la Nación, decirle: "Están ustedes en el poder, es suya la fábrica, se puede aumentar el nivel de vida, reducir la jornada de trabajo, ampliar las nacionalizaciones y la legislación social progresista" y que crea poder obtener al mismo tiempo un aumento de las inversiones capitalistas, un aumento de la masa o incluso de la tasa de beneficio para hacer posible tal crecimiento capitalista, es un utopista completo y ridículo. Nadie cree eso en el campo burgués, nadie lo cree en el campo obrero. Solamente los conciliadores deshonestos y los ingenuos son capaces de extender tales leyendas. Salvo la ausencia total —totalmente improbable— de

desbordamiento, salvo la pasividad total de las masas, que es, repito, inconcebible en el clima actual de la Europa meridional, la llegada al poder de un gobierno de izquierda va, pues, a ser acompañada inevitablemente de uan exacerbación de la lucha de clases, de una evasión de capitales, de una huelga del capital (es decir de los inversores), de un sabotaje de la producción, de complots permanentes de la reacción y de la extrema derecha contra estos gobiernos con el apoyo del aparato de Estado, de un terrorismo de extrema derecha, etc., como se ha visto en Portugal el año pasado, en España en 1936, en Chile después de 1970, como se verá mañana en Italia, en España y en Francia.

Ahora bien, los trabajadores van a reaccionar. No darán su confianza a la policía burguesa para combatir a los conspiradores, ni al Ministro de Finanzas para combatir la fuga de capitales. EL DESBORDAMIENTO NO RESULTA DE ESTADOS DE ANIMO, DE CONFIANZA O DE DESCONFIANZA, ETC., NI DE LA EXCITACION POR LOS "AGITADORES IZQUIERDISTAS". ES PRODUCTO DEL INEVITABLE CHOQUE ENTRE LAS CLASES SOCIALES FUNDAMENTALES. Añado por otra parte que si el programa de la Unión de Izquierda es perfectamente compatible con el mantenimiento del sistema capitalista, es de todas formas un programa mucho más radical que el programa del Frente Popular. Esto no ocurre por azar. Refleja una modificación de las relaciones de fuerza, una profundización de la crisis de estructura del capitalismo. Para poder ofrecer hoy reformas, por poco amplias que sean, a las masas populares de Europa occidental, es necesario emprender transformaciones más radicales en el funcionamiento de la economía y de la sociedad que las que hubiese podido imaginar en los años 1920 o los años 1930. Y la lógica de esta exacerbación de conflictos de clase es una lógica doble: por una parte, el desbordamiento cada vez mayor de los mecanismos "clásicos" del gobierno social-demócrata reformista. Una vez más, el ejemplo de la primera fase de Chile está ahí para enseñarnos lo que que esto quiere decir. Cuando a esto le añadimos lo que hay ahora, antes incluso del gobierno de izquierda en Italia, antes incluso de la caída total de la dictadura en España como evasión de capitales, puede hacerse una idea de lo que ocurrirá el día en que exista verdaderamente un gobierno de izquierdas. Querer gobernar por métodos tradicionales y rutinarios, querer mantenerse en el cuadro del parlamento burgués, por no decir del Mercado Común, que permite la libre circulación del capital, en semejantes condiciones, es una utopía total.

Creo que nosotros, los revolucionarios somo infinitamente más realistas en esta materia que los centristas y los reformistas, que son los verdaderos utópicos. Estamos convencidos de que en semejantes condiciones el desbordamiento, y el desbordamiento rápido de los aparatos reformistas es inevitable. Cuando digo desbordamiento lo digo, una vez más, en el marco de lo que llamo desigualdad del proceso de desarrollo de la conciencia de

clase. Esto no significa forzosamente una ruptura espectacular, electoral, con esos partidos. Puede tomar formas intermedias como puede ser, por ejemplo, la radicalización de algunas alas de esos partidos, aparición de luchas de tendencias en su seno e incluso rupturas: es casi inevitable en este tipo de circunstancias, dado el peso cualitativamente mayor de la extrema izquierda, que puede influir sobre estos procesos, ya que ha dejado de ser marginal, por insignificante, para pasar a ser una fuerza política reconocida.

La tercera precisión concierne a la duración del proceso. Evidentemente, si se cree que todo esto va a estar terminado en tres meses, la conclusión es evidentemente pesimista. En tres meses, ni la L.C.R. en Francia ni la extrema izquierda en Italia o, digamos la L.C.R.-L.C.-O.I.C. en España, ninguna de estas extrema-izquierdas, es capaz de conquistar la mayoría de la clase obrera. Pero semejante visión me parece resultado de una subestimación irrealista de la profundidad de la crisis del régimen, de la profundidad de la crisis de dirección política de la burguesía, y de la profundidad del ascenso de la combatividad obrera. El único punto de referencia que tenemos para estos últimos años lo constituyeron Chile y Portugal. En Chile, ha durado tres años, con una clase obrera infinitamente más débil que en Europa occidental, y con la posibilidad de una intervención directa del imperialismo norteamericano, posibilidad mucho más reducida en Europa occidental que en Chile. Cabe esperar, pues, una mayor duración en Europa. El ejemplo de Portugal está lejos de terminar, y lleva ya más de tres años... Si se tiene una idea de un proceso que se extiende durante cierto número de años (sin precisar el número) para todo período de este género (puntos de referencia: 1918-1923 en Alemania, 1931-1937 en España), que puede, evidentemente, estar entrecortado por derrotas parciales tácticas, creo que se puede concluir que, para las organizaciones revolucionarias que tienen ya millares de militantes, y decenas de millares de simpatizantes, y que ganarán decenas de millares de miembros y centenares de millares de simpatizantes, es posible preveer la conquista de la mayoría de la clase obrera en los consejos obreros, en los órganos de representación de la masas, si se aplica una política correcta, sobre todo una política correcta de frente único, sobre la que volveré más tarde.

La cuarta precisión, es la respuesta a la objección que tal vez sea la de mayor credibilidad de las que puedan hacerse. Al fin y al cabo, todo lo que has dicho ha podido verse en Chile. Ahí se ha visto un gobierno de izquierda paralizado. Se han visto masas izquierdistas tomando al asalto algunas fortalezas marginales de la burguesía. Se ha visto la "pelotera" que había en el movimiento obrero, como consecuencia de los enfrentamientos entre la mayoría reformista y la minoría revolucionaria. Se ha visto como, de todo ello, ha salido victoriosa la reacción, con un golpe de Estado sangriento, una derrota aplastante para el movimiento obrero... ¿Qué responder a esta objeción?

Yo diría en primer lugar, de manera realista, que no se puede garantizar la

victoria. Jamás la estrategia revolucionaria correcta se ha apoyado sobre la certeza de la victoria de la clase obrera. Lo único que puede decirse es que la línea estratégica que nos proponemos, es la única que PERMITE la victoria, no la garantiza. Para la victoria, son necesarios factores suplementarios, y sobre todo, unas relaciones de fuerza que no pueden calcularse de antemano.

Lo ocurrido en Chile, tanto desde el punto de vista de la relación de fuerzas entre las clases como desde el punto de vista de la relación de fuerzas de los aparatos reformistas y la extrema izquierda, se dio, evidentemente, en una situación objetiva y subjetiva mucho más desfavorable que la situación europea. En estos dos terrenos tenemos aquí una situación mucho más favorable. El grado de autonomía de la Europa occidental es infinitamente más elevado que el de un país como Chile. La capacidad de respuesta y de resonancia internacional del proletariado es también infinitamente superior. Por otra parte, tenemos un "arma secreta" que no escondemos de ninguna forma y es temible: la identidad creciente entre lo que hará, al nivel de programa y de objetivos, una revolución proletaria en Europa occidental, y que es ya el programa de una parte del movimiento obrero en los países más estables de Europa occidental: Inglaterra, Países Bajos, Austria, R.F.A. Organizar un bloqueo económico contra Portugal, Italia, España o Francia para "castigar" a la clase obrera por haber instaurado el control obrero o la autogestión, mientras que los sindicatos de Europa del Norte están a punto de pasar a las mismas posiciones, permite a la diplomacia socialista jugar su "Brest-Litovsk" en ese terreno. Esto tendrá una resonancia segura entre millones de trabajadores moderados de Europa del Norte. Evidentemente, si se tiene la máscara horrible de la dictadura stalinista en las narices, no será tan fácil. Pero si se tiene el rostro sonriente del comunismo, de los consejos obreros soberanos, que serán todavía 10 veces más atractivos que la Primavera de Praga, tengo la impresión de que este género de bloqueo no será facilmente aplicable a los países socialistas en Europa.

El ejército chileno era un ejército de características especiales. Incluso este ejército especial no estaba inmunizado de antemano contra el virus socialista y revolucionario. En cierta medida, lo que precipitó el golpe de Estado fue el miedo de los oficiales de las fuerzas armadas contrarrevolucionarias a la penetración del virus revolucionario, sobre todo en la Marina. Lo mismo ocurrió en España en 1936. Dicho esto, la ineptitud traidora de los dirigentes de la Unidad Popular ante las primeras manifestaciones de insubordinación de soldados y marineros contra los oficiales contrarrevolucionarios conspiradores, como la debilidad política de la extrema izquierda centrista, que tomó una orientación completamente falsa acerca del trabajo en el ejército, han ayudado a los conspiradores. En este terreno, creo que también estaremos en condiciones de evitar estos errores y de obtener mejores resultados. Ya la experiencia del movimiento de soldados de estos últimos años, sobre todo en Portugal, pero también en Francia e Italia, muestra que partimos de una plataforma mejor que los chilenos, y que en los países

altamente industrializados (donde incluso en el ejército se puede afirmar que la mayoría absoluta de los reclutas refleja la estructura social del país) creo poco probable la existencia de un ascenso revolucionario de importancia que no se traduzca en enfrentamientos en el interior del ejército. Tenemos, pues, mejores posibilidades que en el caso de Chile.

EN EL FONDO, DIRE QUE TENEMOS DE TODAS MANERAS POCAS POSIBILIDADES DE ELECCION, Y ELLO POR ALGO MUY CONCRETO. Cuando los revolucionarios se enfrentan a un ascenso paralelo de un movimiento impetuosamente anticapitalista y antiburocrático de las masas por una parte, y un endurecimiento contrarevolucionario de la inmensa mayoría del aparato burgués por la otra, todo lo que desmovilice a la clase obrera, todo lo que frene el asalto de los trabajadores, todo lo que arroje un jarro de agua fría sobre su entusiasmo, sólo sirve a la contrarrevolución. No se ha visto nunca que la lucha de clases evolucione favorablemente para el proletariado merced a las maniobras de desmovilización y división del campo obrero. Cuando se encuentra uno ante una polarización extrema de las fuerzas sociales, la única carta a jugar por la causa obrera, es la carta de la ampliación de su movilización, y de su tendencia a la autoexpansión unitaria. El gran peligro ante el que hay que prevenir, desde ahora a los centristas y a las capas vacilantes, es el peligro que representa todo lo que sea represión, fraccionamiento, división y desmovilización del movimiento de masas, bajo el pretexto de no "asustar a la reacción". Todo lo que es represivo es divisor, y todo lo que es divisor es desmovilizador. Todo lo que es desmovilizador modifica las relaciones de fuerza favorablemente para la burguesía.

A la inversa, todo lo que es movilizador y unificador de la clase obrera y de las masas trabajadoras, modifica las relaciones de fuerza a favor de la clase obrera y en contra de la burguesía. Esta es la línea básica de nuestra actuación y lo que da a nuestro proyecto de conquistar a la mayoría de la clase obrera para los revolucionarios una coherencia real. Esta es una de las bazas políticas que jugamos. EN UNA SITUACION REVOLUCIONARIA, LOS MARXISTAS REVOLUCIONARIOS DEBEN SER LA FUERZA MAS UNITARIA Y MAS ORGANIZADORA, la que ponga constantemente por delante la unidad del dispositivo de clase de la clase obrera. Podrá hacerlo tanto más fácilmente cuanto que los órganos de unidad obrera son precisamente los órganos de autorepresentación de clase: los consejos obreros. DEFENDEMOS LA UNIDAD OBRERA EN LA MEDIDA EN QUE DEFENDEMOS LOS ORGANOS DE PODER OBRERO EN LA SITUACION DE DUALIDAD DE PODER.

Quinta precisión. El arma para la conquista de la mayoría de las masas es, esencialmente, el arma del frente único. La política de frente único en una situación tan compleja y tan delicada como la de un Gobierno de izquierdas que es identificado por las masas con un Gobierno de organizaciones obreras (no hablo ahora de un gobierno de tipo "compromiso histórico", caso "clási-

sico" de gobierno de coalición entre grandes partidos burgueses y reformistas) implica que la actitud de los marxistas revolucionarios respecto de ese gobierno debe estar minuciosamente calculada y sopesada. No debe ser una actitud esquemática, una llamada constante al derrocamiento que se asemejaría demasiado, a los oídos de las masas, a las llamadas de la derecha y de la extrema derecha para el derrocamiento de tal gobierno. Tampoco digo que deba ser una actitud de apoyo. No estamos por ese tipo de gobiernos. No apoyamos esos gobiernos. Estamos evidentemente por la sustitución de ese gobierno "obrero-burgués" por un gobierno "obrero-obrero". Pero el gobierno en cuestión es un gobierno OBRERO-burgués, y como tal será visto por las masas. Y sería sectario y, por tanto, improductivo, tener respecto a ese gobierno una actitud idéntica a la que tendríamos frente a un gobierno, no solamente burgués, sino incluso de Frente Popular.

La única situación que nos llevaría a modificar fundamentalmente nuestra actitud sería el comienzo de una represión por parte de ese gobierno contra el movimiento de masas. Esta es para nosotros la línea de conducta esencial, como lo fue para Lenin en abril de 1917. No hay más que leer los textos de Lenin de marzo a junio de 1917, en los que dice muy claramente: "No estamos todavía por el derrocamiento de este gobierno, en la medida que cuenta con el apoyo de la mayoría de los trabajadores". Cambió de actitud a partir de la represión de las jornadas de julio. Cuando un gobierno de ese género comienza a reprimir a las masas, la actitud de los revolucionarios cambia. PERO EN TANTO NO LO HAGA, HACE FALTA TENER UNA ACTITUD QUE YO LLAMARIA UNA "ACTITUD DE TOLERANCIA" CRITICA, DE OPOSICION PROPAGANDISTA Y PEDAGOGICA, PARA QUE LAS MASAS HAGAN SU PROPIA EXPERIENCIA, PARA QUE ESTO NO QUEDE EN UNA FORMULA ABSTRACTA, DEBEN PLANTEARSE A ESE GOBIERNO UNA SERIE DE REVINDICACIONES, DE MEDIDAS A ADOPTAR QUE CORRESPONDEN A DOS CRITERIOS FUNDAMENTALES. Por una parte, a la necesidad de acentuar la ruptura con la burguesía, y en ese marco se sitúa la exigencia de la salida de aquellos desgraciados ministros burgueses que pertenezcan al gobierno (ello no cambiará gran cosa, ya que el gobierno seguirá siendo un gobierno obrero-burgués aún sin esos ministros).

A esto se añaden las consignas de depuración radical, de eliminación radical de todo el aparato represivo de la burguesía, de la disolución de los cuerpos represivos, de los jueces permanentes, de todo lo que está escrito en la mente de las masas tras las experiencias de España de 1936 y Chile. A esto se añaden todas las reivindicaciones económicas de las masas que expresando la lógica de la dualidad del poder, giran alrededor de la nacionalización bajo control obrero. Todo esto constituye la primera tanda de reivindicaciones dirigida a este gobierno. La segunda tanda, es la respuesta a todas las medidas burguesas de sabotaje y de desarticulación económica que inevitablemente adoptará. Es la política de respuesta del ojo por ojo, de las

ocupaciones de fábricas, las confiscaciones de fábricas y su coordinación, de la elaboración de un plan obrero de reconversión y de nuevo auge de la economía, de la extensión y la generalización del control obrero hacia la autogestión, de la toma en sus manos de toda una serie de aspectos de la vida social por los interesados mismos (transporte en común, mercados populares, guarderías, universidades, explotaciones agrícolas, etc.) Y es en este debate sobre cuestiones de este tipo, en el cuadro de la democracia proletaria, a través de las experiencias que realicen las masas, EN LA DEFENSA MAS INTRANSIGENTE DE LA LIBERTAD DE ACCION Y DE MOVILIZACION DE LAS MASAS, —incluso cuando "entorpezca" los proyectos del gobierno, o vaya a contracorriente con los planes reformistas—, en la ilustración, la consolidación, la centralización de las distintas experiencias de autoorganización, sin excesos sectarios, sin insultos del tipo "social fascista", teniendo en cuenta la sesibilidad particular de los sectores que tengan aún una confianza, aunque decreciente, en los reformistas como se realizará el paso de capas cada vez más numerosas, del reformismo al centrismo de izquierda y el marxismo revolucionario. En ese sentido, hay una unidad y una articulación coherente entre la política de conquista de las masas por el frente único, y la política de afirmación, de extensión y de generalización de la dualidad del poder obrero por la insurrección.

Los efectos objetivos de la política reformista; la impotencia creciente del gobierno de izquierda; su incapacidad para mantener sus promesas, las decepciones crecientes que provocará en el seno de las masas, ¿no crea un terreno fértil para la desmovilización, la desmoralización y un retorno de la reacción contra-revolucionaria, ya sea violenta o incluso legal y electoral? A largo plazo sin ninguna duda. Esto ratifica el hecho de que no tenemos elección. O bien ampliamos el desbordamiento hasta la victoria, o bien el retroceso y la derrota son inevitables. Pero cuando las relaciones de fuerza sociales y políticas sean, aún en pequeña medida, favorables; cuando el movimiento de masas no está "roto" si no que continúa ampliandose; cuando la autoorganización, lejos de disgregarse rápidamente, se consolida y generaliza; cuando los revolucionarios, en lugar de ser débiles y estar aislados —o de aislarse ellos mismos por su sectarismo— tejen mil lazos nuevos con las masas, extienden y generalizan las experiencias reales, cotidianas, del frente único (y no su invocación con miras puramente propagandísticas), entonces, en la carrera de velocidad entre los dos movimientos potenciales de fondo (desbordamiento de los aparatos reformistas o retroceso como consecuencia de los efectos objetivos de la derrota reformista), ganará el primero. No es una victoria garantizada, pero es la única posibilidad de victoria.

Mayo 1976

LA IZQUIERDA REVOLUCIONARIA, DESPUES DEL 15 DE JUNIO

EL nuevo período abierto desde junio sitúa a las fuerzas que se consideran de la llamada "izquierda revolucionaria" ante un nuevo contexto en el que se ven obligadas a replantear la definición de una estrategia capaz de enfrentarse a la defendida por las direcciones del P.S.O.E. y del P.C.E. La importancia de un debate público entre estas fuerzas es enorme: una polémica en torno a las cuestiones centrales que pone de actualidad el desarrollo de las luchas de clase, ayudaría sin duda a una clarificación política en su seno. Por nuestra parte, estamos dispuestos a participar en ese debate y la función de este artículo es la de sentar los puntos esenciales que deberían ser abordados y que la L.C.R., va a tratar de profundizar en el marco de preparación de su primer Congreso en la legalidad.

I. UN BALANCE NECESARIO

En primer lugar, consideramos imprescindible partir de un balance sobre las previsiones que hacíamos respecto a las formas que revestiría la caída del franquismo, y, contrastándolo con éstas, sobre el proceso tal como se ha producido en la realidad. Ese balance —que debería evitar toda tentación objetivista— debería constatar que no ha habido un derrocamiento del franquismo y de su aparato, "en caliente", por la acción directa del movimiento obrero y popular (y que habría podido culminar en una Huelga General Política). Pero también sería erróneo deducir de lo anterior que ha sido por la simple iniciativa de la burguesía, "en frío", como se ha producido

esa transición. En ese sentido, deberíamos concluir que, desde la muerte de Franco, sobre todo, hemos vivido **un proceso de luchas de masas solo generalizadas de forma parcial (¡Euskadi!), y de concesiones también parciales por parte de la burguesía, que ha culminado en las elecciones del 15 de junio,** las cuales —y pese a todas sus limitaciones— han expresado una victoria relativa de los partidos obreros en la mayoría de los centros industriales del país, reflejando así el proceso de politización y radicalización que se ha dado en amplios sectores de trabajadores, deseosos de acabar definitivamente con el franquismo y sin ninguna confianza en los partidos burgueses. **Desde esa fecha, podemos decir que la dictadura franquista, en tanto que forma de dominación política, está siendo sustituida por un tipo particular de "Estado fuerte".**

Estas conclusiones no significan que pensemos que el proceso que se ha desarrollado fuera "inevitable": por el contrario, la posibilidad de transformar la combatividad que se expresaba en numerosas movilizaciones de masas, en un salto del nivel de conciencia de éstas y en la preparación de una prueba de fuerzas contra el poder central (lo que habría asegurado un rápido desmantelamiento del aparato franquista y la conquista de una serie de reivindicaciones económicas y sociales), se planteó claramente a partir de los primeros meses de 1976 y se reflejó en diversos momentos clave que facilitaban una acción ofensiva (Vitoria, Semana Negra, HGs, de Euskadi...). Sin embargo, **la orientación de las direcciones del PCE y del PSOE, dedicadas a abandonar progresivamente las tareas de movilización y a entrar en una dinámica de concesiones al poder a partir de la formación del Gobierno Suárez, obró en sentido contrario a las necesidades que se planteaban, favoreciendo la ampliación del margen de maniobra de Suárez-Juan Carlos y dejando al movimiento obrero y popular sin la fuerza necesaria para imponer una salida política que asegurara su protagonismo en el derrocamiento de la dictadura.** Por esa razón, una autocrítica esencial que deberían hacer partidos como PT, ORT y MC sería la de reconocer el papel nefasto que jugaron organismos como la Junta Democrática, Plataforma de Convergencia Democrática y, luego, Coordinación Democrática, los cuales, lejos de favorecer la puesta en práctica de una política de alianzas bajo dirección obrera, no hicieron más que servir de instrumento de supeditación de las luchas de masas a una vía de concesiones crecientes a la burguesía "democrática" y a los "poderes fácticos". La presencia de PT, ORT y MC en esos organismos sirvió para avalar la política del PSOE y del PCE, los cuales, llegado el momento de negociar directamente con el poder, no tuvieron ningún inconveniente en aceptar la marginación de esos partidos, agradeciéndoles los servicios prestados...

En resumen: el desenlace del período vivido hasta el 15 de junio refleja tanto la enorme fuerza que iba adquiriendo la combatividad y progresiva politización de los trabajadores como la existencia de un margen de maniobra —aunque fuera relativamente estrecho— por parte de la

burguesía. Ese equilibrio inestable de fuerzas pudo ser inclinado a favor de los trabajadores a partir de diversos momentos de confrontación abierta. Pero en esos momentos y en todo el período que analizamos, el papel de los principales partidos obreros impidió avanzar por ese camino y hacer fracasar la "reforma Suárez". Ahí es donde se sitúa la importancia del factor subjetivo, único capaz de superar el desfase entre la combatividad que expresaban las luchas de masas y la necesidad de orientarla hacia la materialización de una salida política alternativa.

Evidentemente, un balance más profundo nos debería conducir a tener en cuenta la evolución de la situación internacional, y en particular los efectos de la Revolución Portuguesa, tanto en su fase inicial —proceso prerrevolucionario— como en su posterior canalización hacia una colaboración de clases cada vez más abierta por parte de la socialdemocracia y, pese a sus particularidades, por el mismo PC. Pero, de cualquier manera, los aspectos más importantes nos parece que han sido señalados, pese a que también habría que incluir un balance autocrítico de nuestra propia orientación.

II. ANTE EL NUEVO PERIODO

Entramos, pues, en una fase que, frente a las ilusiones existentes en determinados sectores de la burguesía y del movimiento obrero, no ha abierto en absoluto un proceso de "estabilización democrática". Basta repasar los meses transcurridos —con el protagonismo de las movilizaciones obreras y populares, la agravación de la crisis económica y la pérdida de autoridad del Gobierno Suárez— y valorar la significación del "pacto de la Moncloa" para insistir en la conclusión que hacíamos del resultado de las elecciones pasadas: éstas inauguraban un período de inestabilidad política y social en el marco de una crisis general del capitalismo español, y en particular de una crisis económica que obedece a causas no sólo coyunturales sino sobre todo estructurales. Y es frente a esa situación y al proceso de polarización social que anuncian las movilizaciones de los últimos meses, cuando el gobierno UCD ha decidido llegar a un "pacto" con los partidos obreros mayoritarios, destinado precisamente a frenar esa inevitable polarización entre las clases, a impedir que la clase trabajadora cree una mejor relación de fuerzas a su favor y en perjuicio de los proyectos burgueses. En las direcciones del PCE y del PSOE, el miedo al desbordamiento de masas frente a su política de "estabilización democrática" les ha llevado a aceptar un "pacto" en torno a los objetivos básicos del programa de UCD, únicamente compensado por unas contrapartidas que no dejan de ocultar la puesta en pie de un plan de austeridad y de un "Estado fuerte" que atentan contra la defensa consecuente de los intereses inmediatos de los trabajadores y de sus libertades.

Sin duda, la responsabilidad de los revolucionarios ante la experiencia que

van a hacer los trabajadores del precio que han de pagar por la política que están desarrollando las direcciones del PSOE y el PCE, es grande. Pero, para valorarla concretamente, es preciso tener en cuenta que un dato fundamental del nuevo período abierto ha sido y es la nueva relación de fuerzas que se establece entre reformistas y revolucionarios dentro del movimiento obrero organizado. Así, si en el marco de la dictadura el hecho de que sólo estuviera organizado el sector más consciente de los trabajadores (entonces muy reducido) permitía, pese a la hegemonía relativa del PCE, una audiencia importante (incluso mayoritaria: Euskadi) de las posiciones de lucha de clases dentro, por ejemplo, de CC.OO.; la situación hoy es distinta. El cambio de las condiciones en que se plantea actualmente la entrada en lucha de nuevos sectores de trabajadores y su incorporación al movimiento obrero organizado, sobre todo a través de los sindicatos, favorece un reforzamiento extraordinario de la influencia de los dos principales partidos obreros: el PSOE, hegemónico en el terreno electoral, y el PCE, hegemónico dentro del movimiento obrero organizado (pese a que también en este último el nuevo período ha influido en su debilitamiento frente a los socialistas).

Si a lo anterior añadimos el peso de las ilusiones reformistas en la actual etapa —sin que se haya dado todavía la experiencia práctica de los límites de la democracia burguesa, del papel del reformismo y de los desbordamientos masivos a la política "pactista"—, es claro que la izquierda revolucionaria ha conocido un debilitamiento relativo del peso y la credibilidad que pudiera tener como alternativa frente al reformismo.

Sin embargo, teniendo en cuenta el carácter de la crisis del capitalismo español y, por lo tanto, el estrecho margen de maniobra (especialmente en el terreno económico) con que cuentan tanto la burguesía como las direcciones del PSOE y del PCE, sería absurdo caer en el derrotismo o la impotencia que recorre a determinados sectores de la izquierda revolucionaria y a aquellos que, aún estando en desacuerdo con la política reformista, la consideran "inevitable" en la etapa actual. Contrariamente a esta opinión, pensamos que **los revolucionarios tienen grandes posibilidades de construir un partido y una estrategia capaces, a medio e incluso a corto plazo, de ganar una amplia audiencia entre numerosos sectores de trabajadores que entran en ruptura con toda una serie de aspectos de la política reformista.** Pero esas posibilidades sólo podrán ser aprovechadas si se sabe combatir correctamente las desviaciones que afectan actualmente a la mayoría de las organizaciones que forman parte de la izquierda revolucionaria. Ni la corriente de moderación programática del PT y, aunque menos acentuada, de ORT; ni el eclecticismo ideológico y táctico de MC; ni las oscilaciones entre el oportunismo y el ultraizquierdismo de OIC (1), ninguna de estas orientaciones contribuye a armar políticamente a los revolucionarios ante la

(1) En este artículo nos referimos a estos partidos, aun siendo conscientes de la existencia de otras fuerzas en las nacionalidades que tienen un peso importante.

nueva situación. Por otro lado, esas posiciones van acompañadas de actitudes sectarias ante una u otra corriente del movimiento obrero: frente al PCE, por parte de PT y ORT; frente al PSOE, en lo que se refiere a MC; frente al PSOE y al PCE, por parte de OIC.

Los errores que cometen estos partidos giran precisamente alrededor de una serie de cuestiones clave de la estrategia y la táctica que han de conducir a la instauración de un poder de los trabajadores: actitud ante la lucha por la democratización del Estado burgués, tema esencial en la actual etapa; relación entre esa lucha y la defensa de un programa y unos instrumentos organizativos que superen tanto la separación entre programa mínimo y programa máximo como, asimismo, la subordinación de la democracia directa a la vía de "democratización gradual" de los aparatos de Estado; definición de una táctica unitaria dirigida no a crear un "nuevo movimiento obrero" (con sus correspondientes organizaciones de masas) alternativo al controlado por los reformistas, sino al contrario, tendente a repercutir todas las iniciativas y propuestas de los revolucionarios en el seno de las organizaciones de masas controladas por el P.S.O.E. y el P.C.E., e incluso en el interior de estos partidos. Y ante estas cuestiones pensamos que las organizaciones antes citadas se han mostrado incapaces hasta ahora de ofrecer una respuesta políticamente acertada.

¿Qué alternativa?

a) El internacionalismo proletario, hoy:

El debate en torno a la definición de una estrategia revolucionaria válida para la época actual ha de partir, en primer lugar, de un punto de vista internacionalista. Si ya el comienzo de la era imperialista marcó un grado de internacionalización creciente de las fuerzas productivas, de la economía y del mercado, y por tanto de la lucha de clases, hoy, en la "tercera edad" del capitalismo, el internacionalismo aparece como una necesidad práctica para todos los que se reclaman del marxismo revolucionario. Y consecuencia de ese internacionalismo proletario ha de ser la de **la necesidad de abordar el análisis de la situación mundial y la estratégia en los distintos sectores que la componen en el marco de una misma organización internacional, aun minoritaria.** Sólo en ese marco los marxistas revolucionarios podrán valorar las especificidades de las situaciones nacionales en las que intervienen, no adaptándose a ellas de manera impresionista; y sólo en ese marco se podrá avanzar en la construcción de Partidos Revolucionarios en los distintos países y Estados "nacionales", rompiendo radicalmente con toda concepción gradualista en la construcción de una nueva Internacional. La L.C.R., hizo ya una opción en este sentido, integrándose en la Cuarta Internacional, única organización internacional que, pese a su todavía débil implantación,

recoge la tradición marxista, con la que rompieron la socialdemocracia y el estalinismo.

Sin visos autoproclamatorios, pensamos que no es por casualidad que organizaciones como PT, ORT y MC hayan entrado en una crisis de referencia ideológica cada vez más grave que les hace muy vulnerables a un análisis impresionista de la situación española e internacional y de la estrategia que deducen de la misma. Carentes de ligazón orgánica con la tradición revolucionaria del movimiento obrero, de un balance histórico de la significación del estalinismo y de la Revolución Española del 36, en particular, decepcionadas cada vez más de la evolución de la situación en China (pese a que la dirección de O.R.T., pretende encubrir ese estado de ánimo con una defensa apologética de los peores métodos burocráticos reinantes en ese país sufren la presión de los factores "nacionales" con una fuerza cada vez mayor, con los consiguientes giros bruscos de orientación cada vez que se produce un cambio en la situación. Lo mismo podríamos decir de una organización como O.I.C. que, después de haber "teorizado" la ruptura de una parte de la vanguardia obrera con el reformismo, se ha resistido hasta hace poco tiempo a sacar la enseñanza más elemental del movimiento obrero internacional: el papel de los sindicatos como organizaciones de defensa permanente de los intereses de los trabajadores.

Y ese internacionalismo que profesamos ha de conducir hoy a reconocer el papel central que juegan los países de **Europa meridional** en el desarrollo de la revolución proletaria a escala mundial. Es en estos países donde se refleja más claramente la crisis de dirección política de la burguesía y el protagonismo de los trabajadores en el rechazo de las "soluciones" políticas y económicas que pretenden, a costa suya, una estabilización —aún provisional— del capitalismo. Es en íntima relación con el análisis y la intervención a escala internacional y especialmente europea como hay que abordar la orientación de los revolucionarios en el Estado español. Ese análisis y esa intervención deben servirnos ya para evitar toda ambiguedad ante organismos como **el Mercado Común y la OTAN:** tanto el primero como el segundo **deben ser rechazados no en nombre de la "independencia nacional"** o de la negativa a apoyar la "política de bloques" (con su corolario más aberrante en la llamada "teoría de los tres mundos" de la dirección china defendida en nuestro país por ORT Y PT), **sino en nombre del internacionalismo proletario, de la posibilidad de impugnar la Europa capitalista en crisis y de emprender una coordinación de las luchas en esos países en el camino hacia los Estados Unidos Socialistas de Europa,** tarea sin duda ligada a una relación cada vez más estrecha con la oposición antiburocrática que se desarrolla en los países del Este.

Y sólo dentro de un análisis a escala internacional y de su confrontación práctica con las tesis eurocomunistas y socialdemócratas, es posible combatir a estas corrientes dominantes en el movimiento obrero europeo, en cuya evolución, aun siendo decisivos los factores nacionales, inciden tanto

sus relaciones con el imperialismo como la actitud ante la URSS y, por otro lado, hacia la revolución colonial.

b) El capitalismo español en crisis

Partiendo de ese punto de vista internacionalista, es necesario profundizar en el análisis de la formación social existente en el Estado español en tanto que eslabón débil de la cadena imperialista. El capitalismo en nuestro país ha conocido una serie de transformaciones importantes en comparación con el que existía bajo la II República: el proletariado se ha reforzado como clase, el campesino ha conocido una reducción numérica importante en la mayoría de las zonas, ha nacido una nueva pequeña burguesía urbana, etc. Por otra lado, el proceso de concentración y centralización del capital ha supuesto la formación de un gran capital financiero, ligado estrechamente al imperialismo, los cuales empujan a una rápida reestructuración de la pequeña y mediana empresa y limitan el grado de autonomía que puedan obtener determinadas fracciones "periféricas" de la burguesía; en fin, y en relación con todo lo anterior, los efectos del desarrollo desigual y combinado se siguen manifestando a través de fuertes desequilibrios entre los distintos sectores de actividad y entre las diferentes nacionalidades y regiones.

Esas transformaciones expresan, más claramente que en el pasado, las contradicciones inherentes a cualquier país capitalista desarrollado, reproduciéndose en todas las esferas de la sociedad. La constatación de que nos encontramos ante **una crisis estructural del capitalismo español** es común en el análisis que hacen las fuerzas de la izquierda revolucionaria, e incluso en determinados sectores del P.S.O.E. y del P.C.E. Sin embargo, las diferencias se manifiestan a la hora de las conclusiones estratégicas que deben extraerse de ese punto de vista aparentemente común.

Esa crisis se da en un contexto de ascenso de la combatividad y radicalización hacia la izquierda de amplios sectores de trabajadores, y con un peso relativamente importante aunque minoritario de una franja de vanguardia que tiene expresión política en la llamada "extrema izquierda" y que tiende a extenderse entre numerosos militantes obreros que se encuentran dentro de las organizaciones mayoritarias.

Frente a esa crisis y a la radicalización obrera y de masas, la burguesía opta mayoritariamente por apoyar una "estrategia de negociación" con los partidos obreros mayoritarios (al mismo tiempo que fracciones minoritarias de la misma, junto con sectores incrustados en el aparato de Estado, desarrollan **una "estrategia de tensión"**), dirigida a atraer al P.S.O.E. y al P.C.E. hacia la colaboración en la estabilización de un "Estado fuerte" y en la imposición a los trabajadores de una política de austeridad, única vía capaz de asegurar a la burguesía y al imperialismo una modificación de la relación de fuerzas a su favor. La política del P.S.O.E., y del P.C.E. entrará en

contradicción abierta con la defensa sistemática de los intereses incluso inmediatos de los trabajadores y no logrará, a cambio de los "sacrificios" impuestos, la estabilización de una democracia parlamentaria, sino que favorecerá la consolidación de un "Estado fuerte" en cuyo marco aparecerá como utópico el mismo proyecto que preconizan: la profundización de la democracia... burguesa. En ese contexto las diferenciaciones en el interior de esas corrientes serán inevitables y la condición para que se produzcan rupturas significativas con la estrategia de sus dirigentes es que exista en el exterior un partido revolucionario implantado en sectores significativos de la clase, aun teniendo un carácter minoritario.

c) La cuestión del Estado, las libertades y la "democracia"

A la hora de definir una estrategia revolucionaria, el problema inicial que se plantea es el del carácter de clase de Estado. ¿Es posible su transformación gradual, desde dentro, tal y como propugnan los "eurocomunistas"? No podemos desarrollar a fondo aquí este tema, pero trataremos de dar las líneas básicas de nuestra argumentación.

Es fácil reconocer que el Estado ha sufrido una serie de transformaciones desde la época de la Revolución Rusa; también es cierto que el peso de toda una serie de instituciones sociales, directa o indirectamente dependientes del aparato de Estado central, es mayor en las sociedades capitalistas desarrolladas que en la Rusia del 17 o en los países coloniales o semicoloniales; en fin, es verdad igualmente que el grado de intervencionismo económico estatal es superior hoy a las épocas pasadas. Todos estos cambios —y muchos más— deben ser tenidos en cuenta para determinar una estrategia y una táctica adecuadas: la importancia de un trabajo en el seno de las distintas instituciones estatales (y que incluye destacar el papel que han de jugar los asalariados —o futuros asalariados— que se encuentran en el seno de cada una de ellas, apoyándose en su propia autoorganización), desde los municipios al ejército pasando por la escuela, la administración en general, etc. (2); la necesidad de responder a la crisis económica y al intervencionismo estatal oponiendo una orientación que permita introducir la temática de nacionalización bajo control obrero de toda una serie de sectores básicos, servicios públicos, empresas en crisis, etc., e impulsando así una dinámica totalmente diferente a las concepciones burguesas ("socialización de las pérdidas" y garantía de las condiciones de producción y reproducción del capital) o reformistas (un Estado que progresivamente se fuera autonomizando frente al gran capital para crear una "economía mixta"); la necesidad de hacer la experiencia de los límites de la democracia burguesa proponiendo medidas que exijan el máximo de democracia posible bajo el

(2) Respecto a esta cuestión y a sus consecuencias programáticas (control obrero y autonomía del movimiento de masas), vid.: "Sur quelques problèmes du controle ouvrier". "Cristique Communiste", n.º 17).

capitalismo y ataquen al tipo de "Estado fuerte" existente en la gran mayoría de países capitalistas desarrollados, no limitándose por tanto a una simple utilización circunstancial de las instituciones "democráticas" (3).

Pero ninguno de estos cambios u orientaciones tácticas puede conducir a pensar que el Estado ha perdido ya su carácter de clase y que, llegado el momento de la prueba de fuerzas, el movimiento obrero no tenga que enfrentarse a lo esencial de ese aparato de Estado (que siempre, en última instancia, impedirá la expropiación "pacífica" de la burguesía) y que por consiguiente no tenga que destruirlo con vistas a crear las bases de un nuevo Estado que desde el principio tienda a desaparecer. El gradualismo reformista conduce a Chile o a Portugal: derrota sangrienta del movimiento obrero, o gestión de la crisis capitalista a expensas de los trabajadores. En cambio, sólo una estrategia revolucionaria que parta de una caracterización de clase del Estado —y de la defensa de la dictadura del proletariado— puede preparar al movimiento a hacer frente a esas dos soluciones —la de Chile y la de Portugal—con que cuenta la burguesía para tratar de impedir el advenimiento del socialismo.

Esta reafirmación del análisis marxista del Estado es compartida, "teóricamente", por la izquierda revolucionaria. Pero, cuando llega el momento del combate abierto contra el reformismo, la gran mayoría de esas fuerzas ha sido incapaz de responder a éste, en particular, a su concepción "neutral" de la democracia y a la búsqueda de una nueva alternativa luminosa Así, vemos que PT y ORT defienden unos proyectos de Constitución que tienden a confundirse con un republicanismo pequeño-burgués, mientras que por otro lado no han roto con una concepción del socialismo con fuertes rasgos burocráticos ("partido único", etc.), resistiéndose a defender una concepción de las libertades ligada no sólo a la desaparición de la propiedad privada sino al impulso de nuevas instituciones de democracia directa que, en la nueva sociedad, sean la base del nuevo poder político. Por otro lado, todavía recordamos la posición de OIC ante el tema de las libertades: su defensa correcta de los Consejos Obreros como base del nuevo poder contrastado con la idea de que las libertades solo debían ser "para el pueblo trabajador"; los cambios en su orientación todavía no han venido acompañados de una revisión pública de esas posiciones ultraizquierdistas, pero mucho nos tememos que esa revisión va ha ser una auténtica "revisión" del marxismo y de la política de independencia de clase (Tarradellas. Preautonomía vasca...)

Para los marxistas revolucionarios, la identificación entre libertades y democracia burguesa, es decir, las instituciones basadas en la democracia indirecta (en el marco del mantenimiento de la propiedad privada y el aparato de represión) en una burda mistificación. Precisamente, la Comuna de París, la Rusia de 1905 y 1917, la Alemania de 1918-19, la Italia de 1919-

(3) Esa es la función que pretenden cubrir las Bases Constitucionales aprobadas por el C.C. de L.C.R., en su sesión de septiembre último, del mismo modo que la Resolución Elecciones Municipales decidida en esa misma reunión.

20, Catalunya en 1936, Chile en el 72-73, Portugal del 11 de marzo del 75 hasta el 25 de noviembre de ese año, entre otras experiencias históricas, sirvieron para mostrar la relación estrecha entre la lucha por las libertades y el impulso de nuevas formas y órganos de democracia en las fábricas y a escala territorial. Esta alternativa no es simplemente un "modelo deseable" para la sociedad de transición (4), es la única que puede permitir el avance hacia la sociedad comunista, creando las condiciones de desaparición progresiva del Estado y de ampliación cada vez mayor de las libertades, combatiendo así todo intento de consolidación de una capa burocrática. MC y OIC coinciden con algunas de estas tesis, pero es necesario que el debate prosiga con el fin de eliminar toda ambigüedad, tanto en lo refenrente a la actitud ante las reivindicaciones relacionadas con la democracia burguesa (que evite oportunismos e izquierdismos) (5), como en cuanto a la dinámica que debemos impulsar en el seno de los órganos de democracia directa (aún con todas sus limitaciones iniciales) que empiezan ya a configurarse en las empresas: actitud ante los delegados y comités de empresa, no reduciéndolos a tareas sindicales, sino introduciendo otra serie de tareas que atenten contra la autoridad de los capitalistas en las empresas (rechazando formas diversas de cogestión) y sometiéndolos a la soberanía de las Asambleas; impulsando otras actividades fuera de la empresa, a escala de ramo y territorial, etc.

Partiendo de la caracterización de clase del Estado, de la diferenciación y oposición entre democracia burguesa y democracia obrera, y de la defensa sistemática de las libertades, y teniendo en cuenta el tipo de crisis actual y el nivel de conciencia de amplios sectores de masas en la etapa en que nos encontramos, se hará necesario abordar una discusión en profundidad sobre **la estrategia y el programa transitorio capaces de combinar toda una serie de reivindicaciones democráticas, económicas y sociales que, desde las más elementales a las directamente anticapitalistas, favorezcan el proceso de radicalización hacia la izquierda que se da en las luchas reales** —en las cuales no hay separación entre unos objetivos y otros sino, por el contrario, una creciente interrelación—, preparando así la aparición de situaciones prerrevolucionarias y revolucionarias. Porque dentro de esa estrategia **la noción de crisis revolucionaria** sigue teniendo toda su calidez: el camino hacia el socialismo no se desarrolla de manera lineal o gradual, sino que llegará una situación "sin vuelta atrás" en la que la extensión alcanzada en la emergencia de órganos de poder obrero que asumen tareas que correponden "normalmente" al Estado burgués, planteará la confrontación abierta entre las clases. En esa situación, la existencia de una dirección revolucionaria

(4) Posición que parece ser la de J.M. Bermudo en el número de "El Cárabo" dedicado a la dictadura del proletariado, cuando dice que lo importante es la proclamación general de este objetivo, siendo secundaria la "forma" que ese régimen adopte.
(5) Sobre este tema, vid.: artículo de H. Weber sobre el libro de militantes del P.C.F. en relación al Estado, y la entrevista con Poulantzas, publicados en "Cristique Communiste", n.º 16.

dentro de esos órganos es decisiva de cara a lograr un desenlace victorioso para los trabajadores. En ese tipo de situaciones, **la cuestión de la violencia** ingualmente un papel de primer plano: para prepararse a resolverla correctamente se hace necesario combinar un trabajo de educación y de organización de la autodefensa de masas en el marco de las propias organizaciones donde aquéllas se encuentran, con una actividad por la extensión de las libertades dentro de las instituciones armadas, con vistas a debilitar el aparato represivo y reducir al máximo su potencial contrarrevolucionario en ocasión de futuros enfrentamientos, sin ilusiones en cuanto a su "neutralidad" como tales instituciones.

d) La alternativa de Gobierno de los trabajadores:

En la nueva situación política, la mayoría de las fuerzas que estuvieron en Coordinación Democrática ha abandonado la exigencia de un "Gobierno Provisional Democrático". En el caso de PT, ORT y MC, esa posición no ha ido acompañada de una autocrítica. Sin embargo, pese a esto, hoy estos partidos reorientan su política y propugnan fórmulas de gobierno que excluyen el apoyo a un "gobierno de concentración democrática": así ORT habla de un "Gobierno de fuerzas obreras y populares", y MC de un "Gobierno de unidad de la izquierda".

Para nosotros, la consigna de Gobierno de los trabajadores tiene una doble función: como consigna de propaganda general y como sonisgna de política actual. La 1.ª trata de educar a los trabajadores en la necesidad de ligar la lucha por un programa de acción transitorio a la puesta en cuestión del poder burgués. La 2.ª trata de concentrar la anterior en aquellas situaciones en las que, dada la relación de fuerzas entre las clases, el Gobierno de los trabajadores aparece como una necesidad política. En este segundo aspecto tiene gran importancia la polémica con ORT y MC, en especial. Es preciso dejar claro en primer lugar la composición de clase de ese Gobierno y evitar ambigüedades sobre la posible presencia de fuerzas burguesas en su interior: en ese sentido, nos parece que las fórmulas de esos partidos no eliminan esas ambigüedades, dejando la puerta abierta a fórmulas "frentepopulistas", como es el caso de ORT, sobre todo. Para nosotros, la concreción de la consigna de G. de T. (que en Galicia puede ser "Gobierno Obrero y Campesino") exige un análisis de la situación en que se plantea, es decir, si se trata de una situación no revolucionaria, prerrevolucionaria o revolucionaria o de variantes intermedias. En esas diferentes situaciones, la relación de fuerzas entre las clases, entre la combatividad de los trabajadores y sus ilusiones en la democracia burguesa, en el papel de los partidos obreros reformistas, etc., no es la misma. A partir de esos criterios generales, y dada la etapa actual, parece correcta la exigencia de **que el P.S.O.E. y el P.C.E.,**

(6) Vid., Declaración BP de la L.C.R. sobre el "Pacto de la Moncloa", en el anexo a "Combate", n.º 82. En ese sentido, es claro también que la fórmula de gobierno P.S.O.E.-P.C.E. constituye la respuesta política central a la crisis actual, a diferencia de otros planteamientos como el de ORT, por ejemplo, que sigue situando en primer plano la "Constitución democrática" como única alternativa "creíble" frente al gobierno U.C.D.

rompan el pacto de la Moncloa y presenten su candidatura a formar gobierno, incluso por la vía electoral (mediante, por ejemplo, la convocatoria urgente de elecciones municipales) (6). Esta alternativa es la que mejor sirve para estimular las aspiraciones unitarias de los trabajadores encauzándolas por la vía de la movilización unitaria y la independencia de clase frente a la política divisionista que, tanto en el terreno parlamentario como sindical, practican las direcciones del P.S.O.E. y del P.C.E., solo interesadas en estabilizar un "compromiso histórico" con la burguesía. Las garantías para evitar una interpretación oportunista de esta formulación se encuentran en las tareas, y las relaciones con el movimiento de masas, que ha de aplicar ese gobierno P.S.O.E.-P.C.E.. Por eso, **nuestra batalla por esta consigna concreta está unida a la propuesta de un programa de acción transitorio —no simplemente democrático— y a la exigencia de que ese gobierno —aunque pueda formarse a través de una victoria electoral— se apoye en la movilización extra-parlamentaria y sea responsable ante las organizaciones obreras y populares y los organismos unitarios de base que puedan surgir.**

La defensa de una alternativa semejante tiene una importancia clave en la coyuntura en que nos encontramos: el "Pacto de la Moncloa" ha nacido ya con débil credibilidad ante trabajadores y una parte de la patronal, el gobierno Suárez va a perder autoridad política ante la propia burguesía, las direcciones del P.S.O.E. y del P.C.E. se preocupan una vez más de ofrecer una solución a esa crisis mediante fórmulas de gobiernos de coalición con UCD o un sector de ésta. Frente a esa situación, una alternativa de gobierno P.S.O.E.-P.C.E., permitirá ofrecer una salida política a las luchas que se van a desarrollar en los próximos meses y evitaría un desgaste de la combatividad obrera ante el bloqueo reformista.

En el caso de formación de un gobierno del P.S.O.E. y del P.C.E., la izquierda revolucionaria tendría dos peligros graves a evitar: el **oportunismo**, adaptándose a las ilusiones de las masas en ese gobierno y emplazándole a un simple programa mínimo sin plantear las tareas programáticas y organizativas que faciliten el desbordamiento de la política reformista: **el sectarismo izquierdista,** considerando que se trata de un gobierno burgués sin más y oponiéndose frontalmente al mismo sin hacer la experiencia de ello junto a las masas que confían en él. El primer error conduciría a un seguidismo respecto a las direcciones del P.S.O.E. y del P.C.E., en nombre de la "unidad" y de "Evitar el aislamiento de las masas" no combatiendo consecuentemente la política que traten de poner en pie esos partidos y las facilidades que darán a los Pinochet de turno. El segundo ignora la dinámica de clases y de desbordamiento de las direcciones de esos partidos que puede significar la formación de ese gobierno, pese a los proyectos del P.S.O.E. y del P.C.E., y a los efectos desmovilizadores que tendría su aplicación, aun parcial.

Pero, más a corto plazo, es importante abordar también la táctica ante los

gobierno de colaboración de clases entre partidos burgueses y partidos obreros. Si no parece probable que a escala del Estado español se forme inmediatamente un gobierno de "concentración democrática", si lo es la formación de un Consell de la Generalitat de "unidad nacional". La actitud ante la presencia minoritaria de partidos obreros en un Consell que carece de poder legal alguno va a ser un "test" en la polémica antes señalada, pese a las particularidades que posee (en relación a la lucha contra la opresión nacional y la "unidad catalana"). Una posición correcta debe tender a crear la desconfianza de masas ante ese Consell poniendo en primer plano el programa y los instrumentos que pueden convertir en tema de agitación de masas, a medida que éstas hagan la experiencia práctica, la exigencia de que los representantes de los partidos obreros dimitan del Consell y planteen la convocatoria inmediata de elecciones al Parlament Catalá, en las que sin duda una coalición "socialista-comunista" obtendría mayoría y podría formar un Consell sin ministros burgueses y con capacidad de autogobierno.

e) Un Frente de Clase bajo dirección obrera

En el camino hacia la revolución socialista, la clase obrera debe forjar a lo largo de sus luchas una unidad de clase capaz de atraer en torno suyo a todos los sectores oprimidos y explotados, de llegar a alianzas estrechas con otros, etc. En esta cuestión no puede haber normas abstractas: se hará preciso profundizar mucho más de lo que se ha hecho hasta ahora por parte de nuestra propia corriente.

Ante todo, es preciso reafirmar, frente a los sociólogos burgueses e incluso reformistas, que el proletariado como clase no solo no se ha diluido dentro de la "nación" sino que ha conocido un reforzamiento significativo con el desarrollo económico posterior a la 2ª Guerra Mundial (auge masivo de empleados del transporte, del comercio, de la banca; integración tendencial de trabajadores intelectuales al trabajo colectivo...). Ello no significa negar las diferencias económicas, sociales, ideológicas que existen en su seno: por eso se hace necesario una política de unificación de la clase obrera a través del programa de la revolución socialista. Ese programa, y el de carácter transitorio que debe impulsarse desde hoy deben partir del combate contra el "Estado fuerte" y contra la austeridad capitalista y han de integrar todas aquellas reivindicaciones que tiendan a la unificación de la clase obrera y a la incorporación de soluciones radicales a toda forma de opresión y represión, ofreciendo la alternativa de una nueva sociedad en la que puedan lograrse todos esos objetivos.

Partiendo de la validez de la tesis marxista en torno a la clase obrera como única clase revolucionaria, se hace indispensable analizar los distintos tipos de movimientos con los cuales debe avanzar hacia la construcción de una

nueva sociedad. Simplificando, podríamos diferenciar: a) aquéllos que expresan la radicalización de grupos socialmente interclasistas unidos por una opresión común (mujer; homosexuales; juventud) que tiene sus raíces en la existencia de la sociedad de clases; b) los relacionados con las condiciones de vida (movimientos ciudadanos ecológistas), con un carácter interclasista mayor o menor según la base social; c) los que, expresando una lucha coantra la opresión común, a distintas clases, tiene un carácter democrático y no automáticamente anticapitalista (cuestión nacional y regional); d) sectores pequeño burgués del campo o la ciudad.

Sin duda, la política del movimiento obrero hacia cada uno de ellos varía. Con los primeros, se trata de componentes y aliados potenciales, al mismo tiempo, de la clase obrera: ésta debe integrar en su programa la lucha contra esas opresiones específicas (que justifican a su vez el reconocimiento de la autonomía organizativa de esos movimientos) y ha de buscar las formas de una coordinación a través de las organizaciones de masas. Los segundos son un marco objetivo en el que se entrecruzan los diferentes procesos de radicalización configurando movimientos intersectoriales en los que la clase obrera, a través de su programa y de su coordinación con los otros sectores, ha de conquistar la hegemonía política. Con los terceros, se trata de combinar el reconocimiento del derecho de autodeterminación y autonomía (cuya formulación concreta puede variar en función del desarrollo de la lucha de clases) con la introducción en el programa obrero de todos los objetivos que favorecen la ligazón entre lucha contra la opresión nacional, o el subdesarrollo regional, y la lucha anticapitalista, y, por último, con el reconocimiento de la igualdad entre los pueblos dentro de nuestra opción federalista y socialista. Con los últimos, las relaciones se plantean en términos de alianzas con sectores de esas capas que, a través de la lucha y del reconocimiento de toda una serie de reivindicaciones que no entren en contradicción con la defensa de los intereses de los trabajadores, se acerquen a la clase obrera rompiendo lazos que les unen al gran capital y a los partidos burgueses. Estos últimos sectores tienen un peso numérico importante en la sociedad española y no cabe duda que los revolucionarios deben saber determinar propuestas programáticas de acción que favorezcan la profundización de las diferenciaciones que aparecen en su seno (esto es importante tanto en lo referente al campesinado como a la nueva pequeña burguesía, pero también de cara a gran número de pequeños empresarios, base potencial de masas de un "populismo" de derechas). De cualquier manera, la alianza que pueda lograrse de estos últimos sectores dependerá en última instancia de la capacidad de la clase obrera para aparecer, por su acción y su programa, como clase capaz de acabar con la resistencia de todos aquéllos interesados, a la hora de la prueba de fuerzas, en el mantenimiento de la propiedad privada.

La clase obrera debe, por tanto, obrar con todas sus fuerzas por la creación

de un Frente de Clase que, por su programa y por los instrumentos organizativos de que se dota, asegure la preparación en las mejores condiciones posibles del enfrentamiento con el Estado burgués. Esta orientación se opone tanto a una concepción obrerista (típica de los ultraizquierdistas consejistas) como a la que pretende que la revolución socialista será simple producto de una "suma de revueltas", olvidando los peligros corporativistas y las desviaciones pequeñoburguesas que amenazan a los movimientos "periféricos", faltos de unos lazos estrechos con el movimiento obrero (7).

Y para avanzar en la puesta en pie de una estrategia revolucionaria, es preciso renovar con **la táctica de Frente Unico Obrero,** tal como empezó a ser definida por la IC en su III Congreso. Esa orientación, en la actualidad, ha de partir de un análisis de la complejidad del proceso de radicalización que recorre al movimiento de masas: su desplazamiento hacia la izquierda como tendencia general; el peso mayoritario del P.S.O.E. y el P.C.E. en ese movimiento; el débil control que éstos ejercen sobre el mismo, las diferenciaciones que surgen en su seno y las posibilidades de desbordamientos parciales a la política reformista, abriendo así perspectivas de desarrollo de **corrientes de lucha de clases** dentro de las distintas organizaciones de masas, etc. Todo esto obligaría a un debate largo sobre las formas diversas de aplicación de una táctica de FUO que evite tanto el unitarismo como el propagandismo sectario y favorezca la materialización de avances hacia la construcción del Frente de Clase, desde la unidad sindical hasta la forma superior que habrá de adquirir ese frente: los consejos obreros y populares.

Otro tema central de preocupación más inmediata es el relacionado con el papel que la izquierda revolucionaria debe jugar como tal en el nuevo periodo. En primer lugar, hablar de izquierda revolucionaria en general puede ser operativo a la hora de la definición de todos aquéllos que están en contra de la política reformista y expresan un rechazo subjetivo de la vía parlamentaria al socialismo, pero no permite ninguna caracteriración en positivo, dada la heterogeneidad de corrientes que la componen. Por eso sería demagógico proponer la cración de unos "bloques políticos estables" que estallarían ante el primer tema central serio que se abordara con la intención de pasar más allá de posiciones tácticas. Entre la demagogia unitarista y el sectarismo, es posible encontrar una vía intermedia: la de la práctica de **una política flexible de alianzas que variará en función de las batallas que plantee el desarrollo de la lucha de clases.** Es lo que intentamos hacer por nuestra parte en ocasión del debate constitucional, de la actividad antifascista, de la lucha contra el plan de austeridad aprobado en la Moncloa, de la preparación de las elecciones sindicales y de la perspectiva de las municipales, y ligando **los posibles acuerdos dentro de la izquierda**

(7) Vid.: "Hegémonie, autogestion et distature du prolétariat", de D. Bensaid y A. Arthous, en "Critique Communiste", n.º 16.

revolucionaria a nuestra preocupación por dirigirnos a los sectores del P.S.O.E. y del P.C.E. Junto a esas propuestas de unidad de acción, la nueva situación de legalidad permite que se abra más fácilmente un debate estratégico entre las fuerzas de esa izquierda revolucionaria, con vistas a clarificar y confrontar abiertamente las posiciones respectivas, tarea que sin duda ayudará a ir superando la pobreza teórica que todavía caracteriza al movimiento obrero del Estado español.

Será a través de la unidad de acción y de ese debate tan necesario como podrá abordarse **la posibilidad de un acercamiento político o no entre determinadas fuerzas de la izquierda revolucionaria,** en función de la naturaleza de las divergencias que aparezcan y de su evolución a lo largo del próximo período. En la etapa actual, pensamos que, salvo con la L.C., ese acercamiento no se da con ningún otro partido por nuestra parte. Por ello, pensamos que la construcción de un partido revolucionario pasa por el reforzamiento de la L.C.R., la fusión con la L.C., sobre la base del programa de la Cuarta Internacional, tareas que incluyen el impulso de **posibles procesos de fusión en el futuro, con otras organizaciones sobre la base del acuerdo en torno a las bases programáticas de la revolución socialista y a la práctica de un centralismo democrático,** alejado de los métodos burocráticos que hoy todavía se dan en la mayoría de las fuerzas de la izquierda revolucionaria. La garantía de un centralismo democrático, que asegure la unidad de acción y la libertad de tendencias, y reconozca las implicaciones de la realidad plurinacional del Estado español en el terreno organizativo (sin conducir por ello a concepciones federalistas), ayudará a que las divergencias que puedan subsistir y las que aparezcan en el futuro sean zanjadas evitando nuevas rupturas organizativas y sometiéndonos a la verificación práctica de posiciones a través de la intervención común. Para avanzar por ese camino, nuestro debate de Congreso será dado a conocer a través de nuestra prensa a todo el movimiento obrero, renovando así con una vieja tradición del movimiento comunista.

Jaime Pastor

24 de octubre de 1977

CRISIS ECONOMICA Y AUSTERIDAD

DESPUES de cuatro años de iniciada la crisis económica, **el llamado "Mundo Occidental" sigue manteniendo a cerca de 17 millones de personas en paro,** sigue registrando una inflación elevada, continúa sin resolver los déficits de las balanzas de pagos de muchos de esos países y corre el riesgo de agravar aún más su situación en 1978. **Para el capitalismo la situación es todavía más grave:** su crecimiento ha sido uno de los más bajos desde que se inició la crisis, el paro se acerca al millón y medio de personas; la inflación se ha acelerado hasta suponer en 1977 una cifra cercana al 30 % y el déficit de la balanza de pagos lejos de reducirse ha aumentado.

El análisis de la crisis económica muestra que ésta **afecta a la propia estructura de la economía capitalista,** que cada vez revela más claramente su incapacidad para asegurar el pleno empleo de los trabajadores y satisfacer las crecientes necesidades de las masas. Por eso no hay ninguna solución a la

crisis económica que no pase por un aumento considerable del paro y una pérdida importante del nivel de vida de los trabajadores. Esto es lo que pretenden los planes de austeridad de la burguesía.

¿CRISIS ENERGETICA?

Es un lugar común señalar **la elevación de los precios del petroleo que se produjo a finales de 1973 como la causa fundamental que hizo que la economía internacional, y con ella la española, se sumiera en la situación en que se encuentra actualmente.**

El aumento utilizado es, en síntesis, que la crisis del petroleo provocó una gran transferencia de recursos de los países industriales a los jeques árabes lo que, además de originar importantes déficits en las balanzas de pagos de todos ellos, elevó considerablemente las tasas de inflación y sumió a la economía de la mayor parte de los países en la crisis económica más grave desde 1929.

Sin embargo este argumento es falso. En primer lugar, el sistema capitalista ha absorbido con relativo éxito, aunque muy desigualmente, los déficits de las balanzas de pagos que provocó la crisis energética: de un déficits global de 33.000 millones de dólares, en 1974 para el conjunto de países que integran la OCDE, se pasó a otro de sólo 6.500 en 1975. Es cierto que en 1976, el déficit volvió a crecer, pero en dicho año ya no hubo elevaciones significativas en el precio del petróleo, por lo que hay que buscar otras causas.

En segundo lugar, la transferencia de recursos de los países imperialistas a los productores de petróleo que se produjo, se vió en gran parte compensada por la mayor demanda de estos, que se tradujo en una reducción de su excedente en la balanza de pagos de 62.000 millones de dólares en 1973 a 34.000 en 1974. La crisis del petróleo debería haber creado, por lo tanto, una demanda suplementaria y no ser la causa de la depresión económica, máxime si consideramos que el superavit de los países productores de petróleo nunca llegó a superar el 2% del producto nacional bruto de los países industriales, es decir, una cantidad insignificante.

Por último, con toda seguridad, la elevación de los precios del petróleo no representó un aumento de más del 2% en la inflación que ya estaba viviendo la economía imperialista, por lo que tampoco se la puede culpar.

EL CAMBIO DE TENDENCIA EN LA ECONOMIA IMPERIALISTA

Sin embargo la crisis se ha producido. El producto nacional bruto de los países que componen la OCDE (Europa Occidental, Estados Unidos,

Canadá, Japón y Australia), que había crecido en la década de 1963 a 1973 a una media anual del 5%, se redujo a —1% en 1975, el paro supone un 5% de la población activa (17 millones de personas) cuando en el pasado sólo supuso el 2.8% como media, la inflación se ha duplicado, etc.

Esta situación solo puede explicarse si consideramos que se ha producido un cambio de tendencia en la economía imperialista. La larga fase de auge posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuya última causa hay que buscar en las sucesivas derrotas del proletariado durante y después de la misma, permitió a la mayor parte de los países capitalistas aumentar la tasa de explotación e impulsar el proceso de acumulación de capital a través de la incorporación de los elementos constitutivos de la llamada Tercera Revolución Tecnológica (materias primas sintéticas, desarrollo de nuevos sectores productivos, introducción de nuevas tecnologías ligadas a la industria de armamentos, etc.).

Como consecuencia de esta fase expansiva los trabajadores elevaron su nivel de consumo, tanto por las nuevas mercancías que el capitalismo puso a su disposición, como por los aumentos de los salarios reales que los incrementos en la productividad propiciaron, con lo que **el capitalismo vivió una etapa de relativa estabilidad social.**

Pero las contradicciones del sistema actuaron simultáneamente: el proletariado europeo se recompuso y el ejército de reserva disminuyó, por lo que la fuerza de los trabajadores creció considerablemente (recuérdese el mayo francés o la aparición de consejos de fábrica en Italia, por ejemplo, hacia el final de la década de los sesenta); la política anticrisis de los gobiernos burgueses y socialdemócratas aceleró la inflación, provocando graves distorsiones en el comercio internacional y haciendo entrar en crisis permanente al sistema monetario internacional (se comenzaron a producir continuas revaluaciones de unas monedas y devaluaciones de otras) y al terminar afectando decisivamente al dolar con la supresión de su convertibilidad en oro en 1971 por Nixon; en fin, al generalizarse la Tercera Revolución Tecnológica al conjunto de los países, aunque de manera desigual, se agudizó la competencia entre ellos y se generó una situación de sobreproducción generalizada en la economía capitalista mundial.

Estos factores citados estaban presentes en el sistema capitalista antes de que se elevaran brutalmente los precios del petróleo. El intenso auge de los primeros años de la década actual, simultáneo en la mayoría de los países, provocó **importantes elevaciones en los precios de las materias primas** (el índice de cotizaciones de materias primas se duplicó entre diciembre de 1971 y diciembre de 1973) y **colocó a la capacidad productiva de la mayoría de los países imperialistas por encima de las posibilidades de absorción por el mercado** (todos los indicadores de utilización del capital en Estados Unidos,

por ejemplo, muestran que ésta ya estaba cayendo en 1973, antes, por lo tanto, de que estallara la crisis energética).

Durante 1976 la economía imperialista ha vivido una cierta recuperación de la producción material, impulsada por Estados Unidos, Alemania y Japón, fundamentalmente, que se ha traducido en un crecimiento del Producto Nacional Bruto similar al del pasado. El cambio de tendencia que hemos señalado no significa que la economía imperialista se haya sumido para siempre en una recesión permanente, sino que **en el futuro las recuperaciones que se produzcan serán más débiles y menos duraderas, y las depresiones más largas y más profundas.** Esto se confirma plenamente con la mencionada recuperación de 1976: ha sido contradictoria, pues se han mantenido los altos porcentajes de capital sin utilizar con lo que la inversión no se ha recuperado, no ha reducido la inflación sino muy moderadamente y se ha desarrollado a la vez que se mantenían los altos volúmenes de paro. Todo ello ha hecho que la recuperación haya sido efímera y que hoy ya pueda hablarse de perspectivas de un nuevo agravamiento de la situación económica internacional que no ha de representar sino aún más paro, principal contradición de la economía capitalista que la crisis ha puesto de manifiesto: su incapacidad para garantizar el pleno empleo de los trabajadores y satisfacer sus crecientes necesidades.

UN CAMBIO DE TENDENCIA MAS ACUSADO EN UN CAPITALISMO MENOS PRODUCTIVO

Para el capitalismo español los fenómenos descritos se desarrollaron de forma similar, pero sus características peculiares hicieron que el cambio de tendencia fuera mucho más acusado y que la crisis económica revistiera, por lo tanto, una mayor gravedad.

En efecto, **la ventaja que le daba a la burguesía española la mayor derrota del proletariado y su prolongación a través de cuarenta años de dictadura, no la supo aprovechar convenientemente.** La autarquía que mantuvo hasta 1959, provocada en parte por la derrota del fascismo a raíz de la Segunda Guerra Mundial, al encerrarle en sus propias fronteras, impidió que se transmitiera a tiempo los efectos beneficiosos de la Tercera Revolución Tecnológica. Las movilizaciones obreras de la segunda mitad de los cincuenta y la bancarrota a la que se dirigía la economía, le aconsejaron en 1959 la apertura al exterior, pero siempre necesitando ayuda y no como un competidor importante.

Este desfase creó un capitalismo poco competitivo y con una baja productividad. En efecto, en primer lugar **siguieron persistiendo sectores que, determinados por el pasado autárquico, disminuían la productividad del sistema** y mermaban su competividad. Es el caso de la agricultura (que entre otras cosas nunca fue capaz de nivelar la balanza de pagos agraria en un

país "eminentemente agrícola"), otros sectores industriales, como, el textil o el carbón, en permanente crisis, y, en fin, el caso de la mayoría de los sectores industriales que, al haber dispuesto de un mercado interior garantizado por la dictadura, se montaron sobre la base de pequeñas cadenas de producción que les colocaba en mala posición en la competencia interimperialista. En segundo lugar, **las peculiaridades del desarrollo de la década de los sesenta también contribuyeron a mermar su productividad total.** Como consecuencia de su incorporación tardía a la cadena imperialista, el capital extranjero se introdujo en aquellas ramas productivas que suponían una mayor tecnología y composición orgánica del capital, relegando, en general, a la burguesía española a las más atrasadas; la dependencia tecnológica respecto del imperialismo se agudizó considerablemente; la balanza de mercancías, como consecuencia de la dependencia del aprovisionamiento de materias primas y de la escasa competividad de las exportaciones (cuyo valor siempre fue la mitad del de las importaciones), se mantuvo crecientemente deficitaria, y; en fin, el desarrollo basado en el sector productor de bienes de consumo duradero, provocó una contínua dependencia de los bienes de capital extranjeros (el 35% de la inversión, excluida la construcción, ha de ser importada) y supuso una elevación del nivel de subsistencia que, en ocasiones, se contrapuso con el aumento de la tasa de explotación global.

Todo esto está en la base de **la crisis de sobreproducción** que se desencadenó en 1973 y **es uno de los factores que dificultan la salida de la misma.** El auge de los años 1972 y 1973, simultáneo en toda la economía imperialista, con un crecimiento del Producto Nacional Bruto superior en ambos años al 8%, intensificó estas contradiciones internas del capitalismo español y colocó a la capacidad productiva muy por encima de lo que su propia demanda interior o su capacidad competitiva hubieran justificado (la inversión, en térmimos reales, creció en 1972 y 1973 el 15.6% y el 14,4% mientras que en la década de 1964 a 1974 el crecimiento fue del 8,7%). Esto hizo que, mucho antes de que la crisis internacional se hubiera puesto de manifiesto y de que la demanda interior del capitalismo español se viera afectada, la utilización del capital comenzara a disminuir, signo inequívoco de que la crisis de sobreproducción había hecho acto de presencia (la utilización del capital comienza a caer en los primeros meses de 1973 desde el 90% que alcanzó en los mismos, hasta el 86% un año después, fecha en que todavía la demanda no se había visto afectada).

A partir de aquí, y hasta el momento presenta, la crisis se ha ido ampliando: el crecimiento del Producto Nacional Bruto no ha sobrepasado desde 1975 el 2%, cuando en la década anterior la media se situó en el 7%, y la inversión desde ese año ha registrado siempre tasas de crecimiento negativas, mientras que la capacidad sin utilizar del capital sigue siendo muy alta.

LAS REPERCUSIONES DE LA CRISIS IMPERIALISTA

Si las especiales características del capitalismo español hicieron que el cambio de tendencia fuera más acusado, las repercusiones que tuvo la crisis económica internacional vinieron a agravar aún más la situación.

En primer lugar, como consecuencia de la reducción en el volumen del comercio mundial que la crisis económica llevó aparejada, **las exportaciones del capitalismo español se redujeron sensiblemente,** y esta disminución de sus ventas vino a agravar la situación que se había desencadenado por razones estrictamente internas. En efecto, mientras que en los años de auge las exportaciones crecieron en términos reales (el 10'4 por cien en 1972 y el 10,9 por cien en 1973), en 1974 pasaron a registrar cifras negativas (-1,6%), y en 1975 aún lo hicieron más (-2,7%), lo cual contribuyó a **agravar la crisis de sobreproducción.** La recuperación mencionada de la economía imperialista durante 1976 indujo cierto crecimiento de las exportaciones que en términos reales lo hicieron al 7,7%, pero fue totalmente insuficiente para recuperar a la economía (el PNB creció por debajo del 2%) y absorber el paro existente, que incluso siguió creciendo.

En segundo lugar, la crisis internacional **provocó un cambio drástico en la estructura de la balanza de pagos**, que pasó a ser fuertemente deficitaria: en 1974 el déficit comercial llegó a representar el 8,6% del Producto Nacional Bruto, el más alto del mundo, y el déficit por cuenta corriente (es decir, el que es necesario financiar con préstamos internacionales o pérdidas de divisas), pasó de un superávit de 555 millones de dólares en 1973 a un déficit de 3.235 en 1974, que ya en 1976 se había elevado a 4.254.

En tercer lugar, la elevación del precio del petróleo y del de las demás materias primas, en una economía tan dependiente del exterior como la española, **vino a agravar aún más la inflación,** y así el coste de la vida pasó del 8,3% de aumento en 1973 al 14,5% en 1974, y si no lo hizo más fue por la política premeditada del gobierno burgués, que intentó evitar que se transmitiera íntegramente a los trabajadores, dado el auge de la lucha de clases que en aquellos momentos hubiera significado.

CUADRO 2

Evolución de la emigración

	1971 a 1973	1974 a 1976
Emigrantes	341.000	96.000
Retornos	230.000	280.000
Emigración neta	111.000	—184.000

(Fuente: Instituto Español de Emigración y Banco de Bilbao.)

Por último, como consecuencia de la crisis económica, se produjo un **retorno masivo de emigrantes,** (ver cuadro 2), que tuvo un importante efecto sobre la evolución del paro: el 30% del aumento del paro en 1974 puede ser explicado por este fenómeno.

La emigración, como tradicional válvula de escape que había permitido a la burguesía española mantener el pleno empleo durante los años de desarrollo, se había cerrado definitivamente. En el futuro, los 17 millones de parados que hemos mencionado no pueden producir sino nuevas vueltas de emigrantes españoles y, por tanto, nuevo agravamiento del paro.

En los momentos actuales, cuando se habla del **"agotamiento del modelo de desarrollo de los sesenta"** se está pensando en que, al igual que en 1959, la salida de la crisis económica puede ser similar: aquel año, con la apertura al exterior de la economía española, ahora, alterando el modelo de crecimiento. Sin embargo, es preciso señalar que ambas situaciones no son en absoluto similares. En 1959, el capitalismo español pudo salir adelante porque las consecuencias de la Tercera Revolución Tecnológica eran todavía vigentes y la economía imperialista vivia una fase de auge. Ahora, la característica dominante es la crisis interimperialista y, al contrario que entonces, el capitalismo español no puede contar con la ayuda del imperialismo para salir de la crisis, en un momento en el que la competencia interimperialista está agudizada.

LA INCIDENCIA DE LA LUCHA DE CLASES

En un contexto internacional nada favorable, **el capitalismo español hubiera necesitado un aumento de la tasa de explotación para salir de la crisis,** pero la propia sobreexplotación que había mantenido sobre su propio proletariado había terminado favoreciendo la radicalización de éste, y el intento desarrollo de la década de los sesenta y los primeros años de la actual, habían reducido el ejército de reserva de parados, provocando ambas cosas que *la fuerza de los trabajadores creciera considerablemente.* El efecto, como consecuencia de una política de relaciones laborales basada en la represión, el capitalismo español favoreció constantemente la inmediata politicación del movimiento obrero, que se veía constantemente confrontado al aparato del Estado, por lo que se produjo una tendencia al desbordamilos cauces impuestos por la legalidad franquista, haciendo su aparición formas de autoorganización de la clase trabajadora, que no tenían parangón en ningún otro país europeo. La excesiva rentabilización del conjunto del sistema hizo que surgieran factores adicionales de radicalización de la lucha de clases ante la imposibilidad de la burguesía en esos momentos de crisis económica de mejorar la sanidad, extender la educación, financiar un seguro de paro suficiente, etc. Por último, como consecuencia del fuerte auge de los años 1972 y 1973, el ejército de reserva de parados se redujo prácticamente a cero, la burguesía acudió a incorporar a la población activa a capas hasta el

momento consideradas como "marginales" y la emigración tradicional a los países europeos se desalentó considerablemente. En efecto, a finales de 1973 las cifras de paro son las más bajas de la historia reciente del capitalismo español (153.000 personas). Mientras que la población activa masculina aumenta en 21.000 personas en 1973, la femenina lo hace en 379.000, los activos "marginales" (estudiantes, etc.), se incorporan a la población activa (se reducen en ese año en 90.000, que pasan a ser trabajadores plenos), etc.

Todos estos factores determinaron que durante todo el período de crisis económica, la participación en la renta nacional de los salarios aumentara hasta el 65% en 1976. **La fuerte inflación desde 1970 se ha traducido, en general, y salvando las desigualdades por empresas zonas y períodos, en alzas salariales que resarcían a los trabajadores del poder adquisitivo perdido por los mismos** (los salarios crecieron, según la contabilidad nacional, por encima del 20% desde 1972, mientras que el coste de la vida no alcanzó tasas similares hasta 1976). Sin embargo, ni la caída de la tasa de ganancia debe ser imputada a los salarios, ya que, en todo caso, solo habría que reconocerles el éxito de su lucha por defenderse del aumento del coste de la vida, del que no son responsbles. En efecto, **si la economía hubiera crecido desde 1976 al 6%, y en el pasado lo hizo a tasas superiores, la participación de los beneficios en la renta nacional se habría mantenido (ver cuadro 3)** la utilización del capital no sería tan baja, el paro no se acercaría peligrosamente a la cota del millón y medio de trabajadores y la balanza de pagos no presentaría el déficit que tiene ahora. Si esto no **ha ocurrido la culpa no es de los trabajadores, sino del sistema capitalista.**

CUADRO 3

La distribución de la renta durante la crisis (porcentajes)

	1.970	1973	1976	1976, si el crecimiento desde 1973 hubiera sido del 6%
Remuneración de los asalariados	57.2	59.8	64.6	58.7
Excedente de Explotación	42.8	40.2	35.4	41.3
Renta Nacional	100.0	100.0	100.0	100.0

(Fuente: Contabilidad Nacional del I.N.E. y elaboración propia.)

Sin embargo, nuevamente las especiales características del modo de producción capitalista español estaban dificultando la solución de la crisis

para la burguesía. Al haber sido un capitalismo superexplotador, desarrolló factores objetivos que impulsaron la lucha de clases, y cuando llegó la crisis económica, la burguesía no pudo recuperar los beneficios a costa de los trabajadores y le faltó la "paz social" necesaria para restaurar su confianza e invertir.

EL AUMÉNTO DEL PARO

Al igual que ha ocurrido en el resto de la economía imperialista, la crisis económica ha llevado aparejada un aumento considerable del paro hasta extremos no conocidos en la historia reciente del capitalismo español.

Pero en la evolución del paro pueden distinguirse dos períodos netamente diferenciados: una primera etapa, que discurre hasta 1976, caracterizada por las dificultades de la burguesía para disminuir las plantillas, y una segunda estapa, desde aquella fecha, en la que este fenómeno se invierte.

Según la Encuesta de Población Activa del INE, **hasta el primer trimestre de 1976, los asalariados que tienen empleo, no solamente no disminuyen respecto a la situación anterior a la crisis económica, sino que incluso aumentan en 207.000.**

CUADRO 4

Variaciones de la población activa (miles de personas)

	IV trimestre 1973	I trimestre 1976	aumento
Asalariados ocupados	8.649	8.856	207
Resto de población activa	4.290	3.756	—544
Parados y temporeros	496	749	253
Total población activa	13.437	13.351	— 86

(Fuente: Instituto Nacional de Estadística.)

Este fenómeno, que parece paradógico dada la crisis económica y sus inevitables efectos sobre el empleo, tiene una explicación. **Como cnsecuencia de la legislación franquista,** la contratación de los trabajadores por los capitalistas fue muy rígida, de forma que los ajustes a la actividad económica se afectuaban a ravés de las horas extraordinarias y, solamente después de que la situación se hubiera consolidado, a través de ajustes de plantillas. Todo este período coincide con los intentos del gobierno de imponer el despido libre y la congelación salarial sin éxito. No es extraño,

por lo tanto, que no fuera a costa de los trabajadores empleados de los que se nutrió el paro, y que, antes al contrario, se produjera algún aumento en la medida en la que, al menos en parte del período, el crecimiento de la acumulación continuó siendo positivo. Pero esto, que es verdad para el conjunto del capitalismo, también significa que para muchos de ellos no pudieron recuperar su tasa de ganancia a costa de reducir las plantillas, lo que ha determinado para los que se encontraron en esta situación, que los efectos de la crisis fueran después más graves.

Sin embargo, según las cifras oficiales, a principios de 1976 había 649.000 parados. Aunque las cifras de paro reales serían, con toda seguridad, mayores, es preciso explicar cuáles son **las causas del aumento del paro** respecto a la situación anterior a la crisis, puesto que, como hemos visto no se debe a reducciones de plantillas.

La respuesta parece ser la siguiente: 1) **la vuelta de emigrantes supone en el período de 1973 a 1975 la cifra de 140.000 personas:** 2) **la incorporación de población por razones de edad** parece ser una segunda causa, dado que en el período la población mayor de 14 años aumenta 631.000 personas, mientras que la población activa, que no ha debido recoger el fenómeno, disminuye en 86.000: 3) Gran parte de los 544.000 de "resto de población activa" corresponden a **pequeños comerciantes y agricultores y sus familias,** que la crisis empujó al paro y que, presumiblemente, en las estadísticas aparecen en buena parte dentro del epígrafe de "población no activa".

Desde los primeros meses de 1976 el paro comenzó a crecer a costa de los trabajadores ocupados que se veían afectados por los expedientes de regulación de empleo y de crisis de empresas que, desde entonces se han multiplicado por doquier. Pero esto nos lleva a evaluar cual es la importancia cuantitativa del paro, ya que, como hemos visto, las cifras oficiales se alejan considerablemente de la realidad.

Al finalizar 1976 **las cifras de paro oficiales más altas** (las correspondientes a la encuesta de población activa del INE) daban una cifra de 730.000 personas. Supuesto un crecimiento vegetativo de la población española del 1,1% anual (unas 380.000 personas(el crecimiento de la población activa debería ser de unas 150.000 personas al año. Sin embargo, desde 1973 hasta 1976 la población activa ha disminuido en 33.000 personas. Si a la cifra de activos le sumáramos la población potencialmente activa no integrada como tal en las estadísticas en el trienio 1974-75-76, la población activa de 1976 sería de 13.900 miles de personas, en vez de las 13.273 que dierón las estadísticas. Quiere decirse que existían en España en 1976, **además de los 730.000 parados detectados por la Encuesta de Población activa, otras 627.000 personas potencialmente activas que aceptarían un empleo si lo pudieran conseguir y que, en su gran mayoría, son jóvenes que incorporados al mercado de trabajo por razones de edad, no han encontrado ocupación. A principios de 1977 existía, pues, un importante ejército de**

parados que puede evaluarse sin duda alguna en millón cuatrocientos mil personas, algo más del 10% de la población activa.

La lucha de los trabajadores ha impedido, hasta el momento, que la burguesía recuperase los beneficios a su costa, pero no ha podido evitar que, al igual que en el resto de los países imperialistas, la crisis económica se tradujera en la creación de un importante ejército de reserva de parados que el sistema capitalista es incapaz de absorver. Hoy están acogidos al insuficiente y raquítico seguro de paro cerca de 277.000 trabajadores, es decir, menos del 20% del total de parados. Esta es la verdadera importancia de la crisis económica para los trabajadores: **más de un millón de personas sin trabajo y sin subsidio de paro.**

LA AUSTERIDAD DE LA BURGUESIA

Como hemos visto, la crisis económica del capitalismo español no puede difinirse como una simple recesión, aunque más profunda que en otras ocasiones, sino que afecta a la propia estructura del modo de producción capitalista. La crisis imperialista ha puesto de manifiesto las contradicciones que se fueron agravando durante las dos décadas de intensa expansión, y ha sumido a la mayoría de los países imperialistas en una larga fase de estancamiento que, cuatro años después de iniciada, todavía corre el riesgo de agravarse más. Cualquier salida de la crisis por parte de la burguesía española va a estar condicionada por este hecho: **a diferencia de 1959 ya no se puede contar con una expansión internacional que arrastre a la economía española.** Por eso, sus soluciones han de centrarse prioritariamente en el frente interno.

Durante los tres años transcurridos de crisis económica, la burguesía no ha sido capaz de imponerle al proletariado una política que sirviese para remontar la crisis en términos capitalistas. En efecto, desde noviembre de 1974 se han sucesido siete paquetes de medidas económicas que, uno tras otro, los trabajadores se han encargado de hacer fracasar. Hoy, al igual que en el resto de los países imperialistas **la burguesía pretende imponer un plan de austeridad que le solucione todos sus problemas.** Complices básicos de los siguientes.

Aunque la burguesía no pueda contar con una recuperación de la economía imperialista, sí que necesita su colaboración para salir de la crisis. Los grandes déficits que ha sufrido la balanza de pagos desde 1974 (13.500 millones de dólares acumulados hasta junio de 1977, es decir, un déficit acumulado más de tres veces superior al volúmen de reservas) han hecho que su volúmen de deudas se haya elevado considerablemente, colocandole en una situación de insolvencia si no se ataja a tiempo la situación (según el propio gobierno el déficit previsto para 1977 antes de la recolección, hubiera resultado simplemente infinanciable). El imperialismo acudirá en su ayuda

concediéndole los créditos necesarios para que pueda salir de la situación (es el papel que juega, por ejemplo, el Fondo Monetario Internacional), pero a cambio **exigirá que ponga en práctica una política que, a medio plazo, le permita disminuir sustancialmente los déficits.** Esta política, de la más pura ortodoxia capitalista (lucha contra la inflación a través de políticas depresoras de la actividad económica, distribución de la renta a favor de los beneficios y en contra de los salarios, a través de la "política de rentas", corrección del déficit de la balanza de pagos mediante acciones tendentes a aumentar el paro, etc.), ya siendo impuesta por el FMI a la mayoría de los países que, como el Estado Español, se encuentran en una situación similar, y constituye una condición indispensable para la obtención de constituye una condición indispensable para la obtención de préstamos internacionales. La reciente devaluación de la peseta, con sus negativas repercusiones sobre el consumo de los trabajadores a través del coste de la vida que implicó, y las que, sin duda, se sucederán en el futuro, así como el conjunto del plan de austeridad de Suárez, etc., hay que enmarcarlos necesariamente este hecho.

La restauración de los beneficios deteriorados por la crisis económica es, sin duda, su necesidad más apremiante. Sin embargo, la defensa de su tasa de beneficio puede enmascararla técnicamente como la solución de una situación que afecta a toda la "economía nacional". En efecto, la tasa de beneficio se eleva con una redistribución de la renta a favor del capital, es decir, haciendo que los salarios crezcan menos que el coste de la vida. Esto, arguye la burguesía, contribuirá a resolver el problema de la inflación, puesto que su razón fundamental es la elevación de los costes salariales, redundaría en favor del desequilibrio de la balanza de pagos, al reducir el consumo y mejorar la productividad del sistema, y el paro se vería reducido, dado que el aumento de los beneficios induciría a los capitalistas a invertir. Como se ve, los "intereses nacionales" coinciden con los de la burguesía, luego los trabajadores deben prestar su colaboración, tanto más cuanto de la superación de la crisis depende la "consolidación de la democracia".

No es menos, importante para la burguesía **conseguir la paz social suficiente** para restaurar la confianza en que su dominación de clase continuará en el futuro. Por el momento no ha triunfado en su proyecto de construir un "estado fuerte", pero no abandona el campo. En efecto, maniobra con la división sindical, que las burocracias reformistas están favoreciendo, busca la colaboración de éstas, que en general se prestan gustosas ya que lo importante es "consolidar la democracia", y piensa en la derrota que supondrá para el proletariado un alto volúmen de paro. Este es, sin embargo uno de sus puntos débiles, ya que el proletariado está todavía lejos de la desmoralización, y la conpetencia sindical, con un nivel de afiliación creciente, pero todavía bajo, no favorece la adopción de posturas de contención del movimiento obrero que se enfrenten abiertamente con él.

Por último, su necesidad de **reconvertirse para aumentar su productividad**

y **el nivel de competitividad** se está traduciendo en una política de reducción de créditos (pretende un crecimiento del crédito de la banca del 21%, que con una inflación del 30% supone una reducción brutal de los mismos) que además de contribuir a luchar contra la inflación, provoque la desaparición de las empresas menos productivas (con los consiguientes expedientes de crisis, quiebras, etc., y el correspondiente aumento del paro), en una serie de medidas de "saneamiento del sistema económico" (reducción de los gastos del Estado y de las cuotas de los empresarios a la seguridad social, reformas del sistema financiero, etc.) y en un intento de dotarse de un sistema fiscal suficiente que le permita financiar a corto plazo las transformaciones necesarias y avanzar en el seguro de paro, imprescindible para que sus planes funcionen, y, a largo plazo, algunas de las reivindicaciones de los trabajadores que son también necesarias para el perfecto funcionamiento de la máquina capitalista y para la disminución de los factores objetivos que hoy impulsan la lucha de clases. Pero todo esto choca con la situación de la lucha de clases, que le dará poco tiempo para realizarlo, y con la propia estructura capitalista que se resiste a la necesaria reconversión (el caso de la reforma fiscal es un ejemplo).

Para los trabajadores la austeridad de la burguesía no puede significar sino la pérdida de poder adquisitivo en los salarios, aumentos del paro y un cambio de la correlación de fuerzas entre las clases a favor de la burguesía, si la "paz social" se consigue. Por eso, la austeridad pura y simple no puede ser aceptada por los trabajadores. Por eso los partidos obreros reformistas, de lo que se trata es de obtener, a cambio, concesiones de la burguesía que hagan avanzar al proletariado en el camino del socialismo.

LA "AUSTERIDAD DE IZQUIERDA" O LA AUSTERIDAD A CAMBIO DE CONCESIONES

Para los partidos obreros reformistas, la marcha hacia el socialismo exige la consolidación de la democracia, lo que a su vez requiere salir previamente de la crisis económica. El argumento, en síntesis, es el siguiente: Los trabajadores están interesados en superar la crisis económica porque su agudización comportaría un deterioro adicional de sus condiciones de vida, y crearía una situación inestable con peligros de "involución política", ya que el aparato estatal burgués es más fuerte de lo que se cree, y en un enfrentamiento, el proletariado saldría derrotado. Existe, pues, una **convergencia de intereses entre trabajadores y capitalistas,** ya que ambos están interesados en salir de la crisis económica. Pero **los trabajadors deben poner precio a su colaboración** en la solución de la crisis. Este precio son las "conquistas irreversibles del proletariado", que permiten conquistar y construir plataformas de lucha por el socialismo y profundizar la democracia; por último, estas conquistas irreversibles que "colocarán al proletariado en el camino hacia el socialismo" las constituyen en el control

por parte de los trabajadores de la gestión de los capitalistas, el estatuto de derechos del trabajador, nacionalizaciones, en algunos casos, etc., es decir, transformaciones que se orientan a alterar las relaciones sociales de producción capitalistas.

Veamos el argumento por partes. Si el proletariado consiente en la política de austeridad, **el poder adquisitivo de los salarios disminuirá y el paro aumentará.** Se argumenta respecto a lo primero que después de dos años la situación habrá mejorado y el proletariado podrá resarcirse de sus sacrificios y que, mientras, se puede aprovechar la ocasión para distribuir mejor los salarios y corregir la injusta situación actual.

Sin embargo, **los trabajadores no deben aceptar ninguna medida que suponga una pérdida de poder adquisitivo de los salarios.** No tienen la culpa de la inflación, y no deben pagar por ella. No está justificada una redistribución de la venta a favor de los beneficios cuando el 65% de los trabajadores se encontraban al final de 1976 por debajo de las treinta mil pesetas brutas de sueldo al mes, y el 18% tenía ingresos inferiores a las 15.000. No puede aducirse que lo importante es redistribuir mejor los salarios, cuando éstos se pueden redistribuir mejor conservando su participación en la renta nacional que disminuyéndola. No puede administrarse un momento de inflación acelerada, cuando al poco tiempo de efectuada la revisión de salarios, los trabajadores ya han perdido parte de su poder adquisitivo; en el verano, por ejemplo, las elevaciones del coste de la vida mensuales superiores al 3% han hecho que los trabajadores perdieran un 10% de poder adquisitivo en un trimestre).

Respecto al paro, las consecuencias no pueden ser peores. Hemos visto que a finales de 1976 el volumen de paro podía cifrarse en un millón cuatrocientas mil personas. Puede estimarse en 350.000 de aumento total de la población activa en el bienro 1977. Manteniendo el volumen de ocupación, esto supondría una cifra de paro de 1.750.000 parados a finales de 1978. Pero con una tasa de crecimiento del PIB entorno al 2% para 1977 y al 1% para 1978, había que añadir estos 300.000 parados echados de su puesta de trabajo. Esto coloca las perpectivas de paro en **más de dos millones de parados a finales de 1978!**

La Burguesía dice que los trabajadores esperen, que su situación mejorará en dos años. Pero en esos dos años el poder adquisitivo de los salarios disminuirá en aras de la burguesía, el paro aumentará, y el proletariado se habrá desmoralizado al haber ido al desempleo varios cientos de miles de los que ahora tienen un puesto de trabajo. Los partidos obreros reformistas dicen que es preciso salir de la crisis para consolidar la democracia, pero habría que preguntarles si tal salida de la crisis no consolidaría una "democracia", la burguesía, explotadora, represiva es incapaz de satisfacer las más mínimas necesidades de los trabajadores. Aducen que en un enfrentamiento con la burguesía el proletariado saldría

millones de parados, el proletariado, estaría desmoralizados, los trabajadores y otras capas populares habrían perdido la confianza en la clase perdiendo en los momentos actuales y habría que preguntarles ¿Cuándo serán más fuertes los trabajadores; ahora, sin desmoralizar, luchando por el mantenimiento de su puesto de trabajo, exigiendo la nacionalización de las empresas en crisis, o dentro de un movimiento obrero, muy probablemente, dividido, desmoralizado y automizado?

La austeridad, aún popular y gestionada por los partidos obreros en el contexto de un Estado Burgués, será siempre, a través de la disminución de los salarios reales y el aplazamieno para tiempos mejores de las reivindicaciones pendientes, y una aceptacin de la derrota del proletariado a través del paro. Y si a corto plazo los trabajadores no obtendrían sino un empeoramiento de su nivel de la vida, **a largo plazo se habrían alejado del camino del socialismo.** En efecto, las "conquistas irreversibles"no andaría en y la solidaridad se habría roto. Y la burguesía habría restaurado plenamente la correlación de fuerzas a su favor, ya no necesitaría ningún pacto con el proletariado y, por lo tanto, le impondría sus soluciones, las que les favorecen, las que aumentan la explotación del proletariado y, dada la crisis económica rabajan su nivel de vida.

Podría ser que se hubiera consolidado la "democracia. Pero habría sido la democracia entre comillas, la de la burguesía, la explotadora, la que supone la dictadura de la burguesía como clase sobre el proletariado. Y quedarían, probablemente, algunos diputados obreros en el parlamento, pero el proletariado ya podría esperar poco de ellos.

EL CAMINO DE LOS TRABAJADORES

Desde luego el camino de los trabajadores no pasa por la austeridad, sino por las conquistas. Y los trabajadores no deben admitir las primeras a cambio de las segundas, no deben admitir la austeridad de izquierda, puesto que esto significa su derrota segura, **no deben admitir que a cambio de sus conquistas se degrade su nivel de vida, a causa de la pérdida de poder adquisitivo, y aumente el paro.**

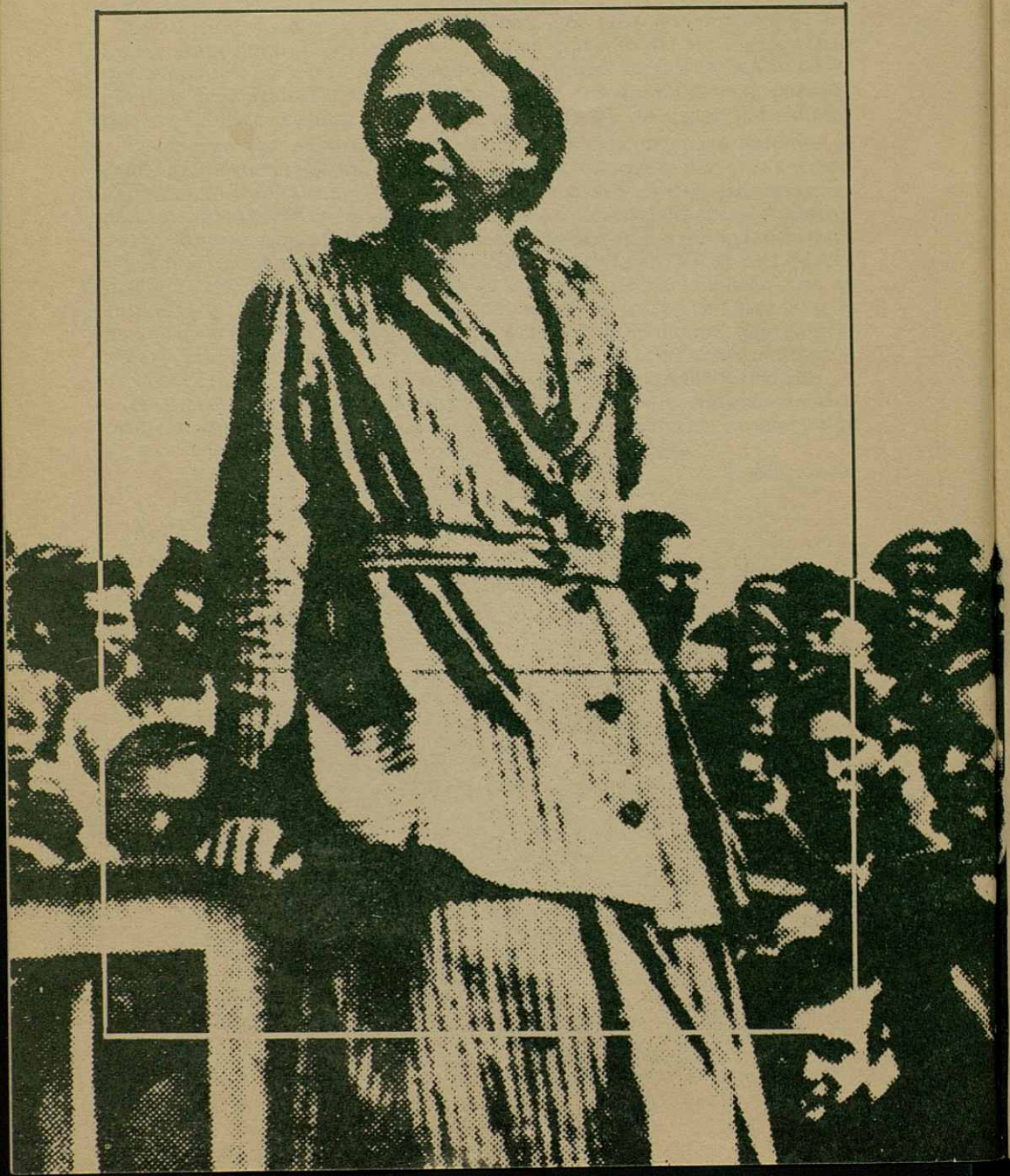
La alternativa a la congelación salarial es la lucha por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. La lucha por elevar el ridículo salario mínimo actual de 15.000 pesetas al mes a 25.000 o incluso 30.000, por acabar con la actual situación de importantes contigentes de trabajadores cuyos ingresos están por debajo de dicho salario mínimo (en 1976 un 5% de los trabajadores ganaban menos de 10.000 pesetas al mes), por acabar con la discriminación salarial entre trabajadores del campo e industriales, y, en fin, por defenderse lo más rápidamente posible de la inflación, mediante la puesta en vigor de la **escala móvil de salarios:** que los salarios sean revisados automáticamente en cuanto el coste de la vida se haya elevado un 3%.

Se aducirá, y no solo por la burguesía, que tales pretensiones de los trabajadores llevarían inmediatamente a un aumento del paro, provocado por la crisis de empresas que se producirían ante los fuertes aumentos en las nóminas de salarios. Pero, ¿el problema es éste o los dos millones de parados que a no dudar existirán en poco tiempo si el plan de austeridad triunfa?

Porque **en los momentos actuales el problema del paro enfrenta al proletariado con el sistema capitalista.** La solución para él es avanzar en esta dinámica anticapitalista, en la dinámica que marcan los trabajadores de las muchas empresas en crisis que existen actualmente, en el avance en el control de las empresas capitalistas, en la organización de comités de vigilancia para evitar que las maniobras de los capitalistas lleven al paro a los trabajadores mediante quiebras fraudulentas, en la exigencia de nacionalizaciones de empresas en crisis y que ellas sean entregadas a los trabajadores, en la nacionalización de la banca y los sectores clave de la economía, bajo control obrero, pilares clave para hacer retroceder a los capitalistas se su dominación de clase. No hay ninguna otra solución para el proletariado como clase.

Hoy, el ataque frontal de la burguesía a través del paro está colocando al proletariado en una encrucijada. Salir de ella victoriosamente dependerá de él, y de la batalla que en su seno den los revolucionarios.

J. Albarracín



EL MOVIMIENTO DE LIBERACION DE LA MUJER Y LOS PARTIDOS REVOLUCIONARIOS

Por Andrés Sorel

El crecimiento del movimiento de liberación de la mujer ha planteado muchos problemas tanto a sus miembros como a los de los partidos revolucionarios. Uno de los temas que ha aparecido más en los escritos sobre política sexual es el de la relación entre política y "vida personal" y, a partir de él, los principios en que debe basarse la organización del partido revolucionario y sus esferas de actividad. En este artículo se tratan esos temas, a partir de la crítica del libro de Eli Zaretsky "Capitalismo, familia y vida personal" (que aparecerá próximamente en la colección "Tribuna Feminista").

LA meta del movimiento marxista es la liberación de la humanidad. Esto implica no solo la destrucción de la explotación económica, sino de la dominación política, de las relaciones familiares de opresión, y de muchas otras cosas. El que niegue esto, e intente reducir el marxismo a una mera lucha económica, no es un marxista, sino un reduccionista.

Pero, definir así los fines del marxismo no basta para diferenciarlo de muchos otros grupos que intentan cambiar la sociedad. La liberación de la humanidad a través de la destrucción y superación de todas las relaciones sociales de opresión y explotación no es sólo la meta de los marxistas, también es la de los anarquistas, los humanistas pequeño-burgueses, los comunistas utópicos, etc. Y no es una mera casualidad que todas estas tendencias estén presentes en el movimiento de liberación de la mujer, especialmente entre las feministas que se autodenominan "feministas socialistas". Pero lo que diferencia al

marxismo de las otras filosofías no es el fin último, sino el hecho de que es la única teoría y práctica que subraya la necesidad de medios científicos para alcanzar esa meta. Esos medios son la toma del poder político y su utilización posterior para la destrucción y la transformación de las relaciones sociales heredadas del capitalismo. Solo sobre estas bases podrá conseguirse la eliminación de las relaciones de opresión y explotación.

La prioridad de la política

A partir de esta idea elemental, podemos ver ya el error fundamental que invalida desde el principio escritos como el de Eli Zaretsky, que critican el marxismo porque creen que su único foco teórico y práctico es la economía. En realidad, el elemento dominante del marxismo bajo el capitalismo no es la economía, sino la política. En palabras del Manifiesto Comunista, "el primer paso para la revolución proletaria es que los trabajadores lleguen a ser la clase dominante". La razón esencial para que sea así es elemental; la transformación de la economía no es la precondición para la toma del poder por la clase obrera, sino al contrario, la toma del poder es necesaria para transformar la economía.

En pocas palabras, Zaretsky y todos los que critican el marxismo "tradicional" por reduccionismo economista olvidan que la lucha de clases tiene lugar, en último término, en el nivel político de la sociedad, y no en el económico ni el cultural. Todas las relaciones sociales, incluídas las familiares y las que producen la opresión de la mujer, son mantenidas por el estado capitalista, y sólo pueden superarse mediante la destrucción de ese estado.

Hay varias razones para la confusión de Zaretsky. En primer lugar, que la práctica de muchas organizaciones que se reclaman del marxismo da la impresión de que éste se ocupa sobre todo del "cambio económico". En segundo lugar, hay una contradicción aparente entre el papel rector que se atribuye al proletariado y el retraso de éste, incluso de su vanguardia, en lo que se refiere a la opresión sexual y la necesidad de cambiar las relaciones sociales. En tercer lugar, está la idea de que existen dos clases de marxismo —el análisis económico de la sociedad y el humanismo de los "Manuscritos"— y que es éste último el que deben rescatar y restaurar aquellos que se preocupan por el cambio de las relaciones sociales. Todas estas cuestiones indican claramente la necesidad de volver a las tesis básicas del marxismo, para evitar posteriores distorsiones.

Política y sociedad

Una vez que hemos visto que la política es el elemento esencial del marxismo, vamos a ver qué entendemos por política y qué significa, si significa algo, "política de lo personal". Política, en el sentido que

le daba Marx no es, como supone Zaretsky, "todo aquello de lo que vale la pena hablar". Por el contrario, tiene un significado muy preciso. Marx decía que "un tema es político cuando existe en relación a uno de los poderes del estado" (Crítica de la filosofía del Estado de Hegel) y Lenin que "política es participar en los asuntos del Estado, dirigirlo, determinar la forma, las tareas y los contenidos de la actividad estatal" (Sobre el papel del Estado).

Naturalmente, eso no implica que una cuestión no específicamente política no sea importante. Ningún marxista ha pensado nunca que una lucha específicamente económica por cuestiones salariales no tenga importancia. Al contrario, se les acusa de darle demasiada. De que la política sea el elemento dominante no se sigue inmediatamente, que en todo caso y en todo momento, lo político sea más importante que lo económico y social. Pero, como verdad histórica general y a largo plazo, la política es la instancia dominante desde el punto de vista de la práctica marxista, porque la lucha económica entre las clases solo puede resolverse en el terreno político, mediante la destrucción del estado burgués.

El período inmediatamente posterior al establecimiento de la dictadura del proletariado conocerá enormes luchas contra todas las formas de opresión basadas en la raza, el sexo o la nacionalidad. En períodos de profunda crisis social, muchas cuestiones sociales saltan al terreno de la política (por ejemplo, la restricción legal del aborto y el divorcio, la represión del Estado y contra los homosexuales, la socialización de las tareas domésticas). Un caso muy claro; la existencia, en la dictadura del proletariado (como ocurre en los deformados y degenerados estados obreros de hoy) de leyes que prohiban el amor homosexual, es un tema político. Que más o menos gente elija una relación homosexual bajo la dictadura del proletariado es un tema social o personal.

El período de transición

El predomicio de la política es precisamente una de las características del período de transición del capitalismo al socialismo a través de la dictadura del proletariado. La destrucción del Estado implica la desaparición de la política. La supremacía de la política no es una cuestión moral, sino la característica específica de un período del desarrollo histórico. La revolución victoriosa, al eliminar la necesidad de la represión, irá reduciendo la necesidad del poder del Estado, que desaparecerá cada vez más deprisa, y la política desempeñará un papel cada vez menor.

El marxismo, igual que el movimiento de liberación de la mujer y muchas de sus teóricas, rechaza que la orientación sexual, el estilo de vida, las relaciones personales, sean sólo cuestiones individuales. Pero la contraposición básica no se da entre lo individual (personal) y lo político, sino entre lo

individual y lo social. Sólo las cuestiones que implican directamente el poder del Estado traspasan el marco de lo social y se convierten en políticas. El marxismo, como teoría de las relaciones sociales, necesita analizar todas las cuestiones; pero eso no las convierte inmediatamente en específicamente políticas.

Muchos teóricos de la política sexual afirman que lo social es equiparable —o predominante— a lo político en la lucha de clases. Para Zaretsky, el programa socialista tiene dos aspectos igual de importantes; por un lado, "la autotransformación de las relaciones sociales"; por el otro, "la lucha contra el estado y la clase capitalista". Según esto, "las feministas que dejan en suspenso la elaboración de un programa que puedan llevar a la práctica por sí mismos los hombres y mujeres, y se dedican a hacer peticiones directas al Estado", caen inevitablemente en el reformismo. Sin embargo, ignora el hecho de que, precisamente presionando al estado (en asuntos en que el Estado guarda la llave) podemos elevar estos temas al nivel político. El aborto es un excelente ejemplo de un tema, aparentemente "privado", que ha llegado a tener importancia social — como problema que concierne a toda la comunidad— y política, al reclamar las mujeres que el Estado levante las leyes restrictivas sobre él o lo financie. En este caso, la lucha contra el Estado encuentra su base en la necesidad de las mujeres de controlar su propio cuerpo.

Parte del problema surge porque Zaretsky confunde los fines y los medios del marxismo. Es verdad que el marxismo mantiene que los fines deben determinar los medios. Pero no que sean idénticos. Por el contrario, el marxismo puede utilizar medios que —desde el punto de vista personal, y no desde la prespectiva histórico —social— están en aparente contradicción" con el fin que se espera alcanzar. Por ejemplo, no creemos que la destrucción actual del poder del Estado sea el único medio para conseguir su desaparición. Los marxistas se oponen al asesinato, pero comprenden la necesidad de prepararse para oponer la violencia del proletariado a la violencia de la clase capitalista. No se pueden derivar mecánicamente los medios a emplear de los fines y metas del marxismo, porque de una verdad abstracta no es posible derivar una verdad concreta.

El partido

De este punto de partida antimarxista —las "dos caras" del programa—, Zaretsky deduce la necesidad de una concepción antileninista del partido.

Todos sabemos que el marxismo-leninismo establece la necesidad y el papel dirigente del partido, aunque mucha gente atribuye solo a Lenin el énfasis en la necesidad del partido, y se autodenomina "marxista antileninista". Esta antipatía no debe sorprendernos, si tenemos en cuenta el aterrador ejemplo de los partidos estalinistas de Europa oriental, con

sus intentos de someter la vida sexual de la gente a la lógica del plan económico. Pero esta posición nace de un desconocimiento total de lo que es un partido marxista y la forma en que los estalinistas rompen con esta tradición y esta práctica.

Poca gente es totalmente espontaneista, es decir, cree que el proceso revolucionario pueda desarrollarse sin ningún tipo de dirección ni organización. La oposición más frecuente no es a esta necesidad, sino a la forma organizativa del partido. Sin embargo, esta oposición no se dirige en realidad contra la organización del partido, sino contra la supremacía de la política. Una vez que se acepta la necesidad de la organización para llevar a cabo la lucha, la oposición al partido puede surgir solo de dos posiciones: de que la lucha política es innecesaria, o al menos secundaria —y entonces basta con organizacones económicas (sindicatos) o sociales (de liberación de la mujer, de homosexuales)— o de que los sindicatos o los movimientos sociales deben ser quienes lleven adelante la lucha política.

Estos dos argumentos se caen por su propio peso. Por supuesto, los anarquistas rechazan la prioridad de la política y, en consecuencia, el partido. Sin embargo, la realidad de la sociedad capitalista se aparta bastante de sus concepciones. Los anarquistas pueden ignorar la política, pero por desgracia, ella se apodera del lugar central de toda lucha social. Ni los sindicatos, ni el MLM (1) pueden dirigir la lucha política contra la clase dominante, porque incluyen en su seno a quienes están por la dictadura del proletariado y a quienes se oponen a ella, a quienes están por la violencia proletaria contra la violencia capitalista y a los no-violentos, a los que están por la reforma y a los que estánpor la revolución. Y toda organización que pretenda dirigir la lucha política general debe tener un programa claro y definido. Sólo quienes nieguen el caracter central de lo político, o incluso su realidad, pueden afirmar que esas otras organizaciones pueden sustituir al partido.

Límites y organización del partido

La militancia, el reclutamiento y la organización del partido se basan en criterios políticos. Mientras todas las demás luchas atraviesen y afecten lo político, el partido es un instrumento poderoso e incluso insustituible. En la lucha sjndical contra los ataques de la burguesía, en las luchas por la legalización del aborto, en la autodefensa de la clase obrera contra los ataques fascistas, el partido revolucionario se organiza para actuar, y su educación y orientación debe hacer de sus militantes los luchadores mejores y más decididos. Nunca intentará ganar el liderazgo mediante la manipulación o la dominación (esa es una práctica estalinista) pero cree que puede ganarse el apoyo para sus posiciones, precisamente porque en esta época es la lucha política la que decide todas las demás.

Fuera de su programa político, y del área en la que el partido está

(1) MLM: Movimiento de Liberación de la Mujer.

específicamente destinado a tomar postura, la situación es totalmente diferente. Un partido puede incluir, como uno de los puntos de su programa, la oposición a todas las leyes que discriminan a los homosexuales. Pero no puede tomar una decisión que "dirija" a sus miembros individuales hacia tal o cual orientación de su sexualidad. El debate sobre relaciones sexuales y sociales es muy importante. Necesita organizaciones, luchas, periódicos, discusiones. Pero el partido no tomará postura. y, en las áreas en las que el partido no toma posiciones, la discusión debe ser exterior a él, incluir a personas de fuera del partido y desarrollarse en organizaciones no partidarias.

El partido y el movimiento de liberación de la mujer

Un partido marxista lejos de intentar "asumir", como se ha dicho a veces el MLM, debe afirmar la necesidad de la independencia y autonomía organizativa del movimiento. La fuerza del MLM se basa en que incluye a todas las mujeres dispuestas a luchar por su liberación: marxistas, humanistas o libertarias, sindicadas o no sindicacadas, etc. Si el MLM intenta organizarse para dirigir la lucha política general deberá tomar posiciones sobre el socialismo, la dictadura del proletariado, los soviets, etc., lo que supondría su escisión en mil pedazos y la división de sus fuerzas. Sería igualmente desastroso que el partido intentara organizar por sí mismo la lucha de masas de las mujeres. O incluye en sus filas a personas en completo desacuerdo con su programa, dispuestas a traicionar su proyecto en cualquier momento o (lo reconozca o no) crea un frente de mujeres de acuerdo con su programa político, separadas de hecho del MLM. Al igual que no debe favorecer la creación de "sindicatos rojos", el partido no debe intentar controlar orgánicamente o "asumir" el MLM. Si sus militantes ganan puestos de dirección o influencia en el movimiento debe ser por sus propios méritos y porque la política que siguen, que es naturalmente la del partido, se ha ganado el acuerdo y el respeto de las mujeres. Pero esto sólo se puede conseguir sobre la base de la total independencia organizativa del MLM, respetando lo que decida sobre su estructura, sobre si quiere tener dirección o no, y en caso afirmativo, cómo elegirla, la total independencia de sus publicaciones, etc. Un partido y sus militantes pueden intentar convencer o urgir al MLM para que tome una decisión determinada, pero nunca debe estar en posición de imponerla.

La dictadura del proletariado

Aunque comprendan que el marxismo apoya la autonomía del MLM respecto al partido en la sociedad capitalista, muchas feministas consideran que el marxismo-leninismo mantiene que el advenimiento de la dictadura del proletariado eliminara la necesidad de un MLM independiente del

estado obrero. Han llegado a esta conclusión analizando la situación de Europa oriental y China, donde la burocracia niega la necesidad del movimiento. Pero esta concepción se debe a una comprensión inadecuada de las diferencias entre marxismo y estalinismo.

La opresión de las mujeres, según la teoría marxista, se basa en fuerzas y relaciones materiales, y no en la psicología de la gente. No puede ser superada sino mediante fuerzas materiales igual de poderosas. la liberación de la mujer exige no sólo un cambio ideológico, sino la eliminación del trabajo doméstico privado, de la familia y de otras muchas cosas. Sólo el Estado dispone de los recursos necesarios para emprender semejante trabajo de reconstrucción social. Por esa razón, los marxistas tenemos muy claro que la liberación de la mujer pasa por la toma del poder político por la clase obrera, y que cualquier otra vía es utópica.

Pero aunque el establecimiento de la dictadura del proletariado es un paso indispensable para la superación de la opresión social, no la va a eliminar automáticamente. La sociedad que surja de la revolución proletaria no es una utopía. En la lucha contra la burguesía, las diferentes capas de la clase trabajadora tienen un enemigo común y la lucha debe presionar a todos los explotados y oprimidos a crear un instrumento político común para conseguir la victoria. Pero en el curso de la lucha, y especialmente una vez que se haya evitado el peligro de la restauración del capitalismo, veremos una diferenciación entre las fuerzas anticapitalistas. Aunque no existe una división de clase entre la sección masculina de la clase obrera y la mayoría sobreexplotada de las mujeres, y los hombres no exploten a las mujeres en el sentido marxista del término, está absolutamente claro que la dictadura del proletariado no supondrá la liberación automática de las mujeres ni de ningún otro grupo oprimido. No solo por el enorme retraso existente en el terreno de la opresión de la mujer, sino por que hay conflictos objetivos que se manifestarán entonces. El Estado Obrero tendrá que enfrentarse a decisiones del tipo.de dedicar la mayor parte de los recursos a mejorar el nivel de vida de sus ciudadanos o a ayudar a los países ex-coloniales, o prestar mayor atención a la eliminación del trabajo doméstico privado o a mejorar las condiciones de trabajo. Solo después de décadas, el pleno desarrollo de las fuerzas productivas eliminará ese tipo de dilemas. Hasta ese momento, los hombres estarán en posición privilegiada respecto a las mujeres.

Desde esta perspectiva histórica, es evidente que las mujeres, o cualquier otra capa oprimida, no tiene "garantizada su liberación por el partido revolucionario", por los machos blancos de clase obrera, por el omnisciente pensamiento del Presidente Mao, ni por nada semejante. Las mujeres tendrán que conseguir su liberación luchando contra el subdesarrollo de la producción y los residuos de la sociedad de

clases que se reflegen en la dictadura del proletariado —incluido el retraso ideológico de la clase trabajadora. En pocas palabras, lejos de ser un pacífico paraiso burocrático, el período de la dictadura del proletariado va a ser un período de intensas luchas sociales, en el que las masas oprimidas lucharán por su liberación total.

En este sentido, resulta evidente que ni siquiera la multiplicidad de partidos obreros basada en la democracia de los consejos —lo que no tiene nada que ver con la situación actual de la Europa oriental— será suficiente para superar las opresiones sociales. Ya Lenin señaló, en Rusia, la necesidad de que los trabajadores conservaran sus sindicatos, para protegerse de los errores de su propio Estado. Por miles de razones más, las mujeres deberán tener su propia organización autónoma, que las proteja del Estado Obrero y lleve adelante la inmensa lucha necesaria para su liberación.

La supresión estalinista, en Europa del Este, del movimiento autónomo de mujeres, de los sindicatos independientes o de los movimientos de homosexuales no tiene nada que ver con el marxismo. La dictadura del proletariado no solo no implica el fin del MLM, sino que es el comienzo de su mayor desarrollo.

Lo personal y lo político

Solo la perspectiva de este desarrollo histórico nos permite ver, por fin la relación real entre lo personal y lo político. Después de Dios, el Estado (y, por tanto, lo político) es la suprema forma de alienación en la sociedad de clases. Esta alienación, sin embargo, solo puede superarse mediante la participación en la vida política y la destrucción del estado capitalista. Cualquier otra forma sería utópica.

Pero, a pesar de los medios por los que intenta conseguirlo, el fin del marxismo no es la glorificación de la política, sino su desaparición. La sociedad del futuro no se desarrollará a través de la intensificación del uso de instrumentos políticos, sino a partir de su disminución. Destruirá la alienación al incluir todos los aspectos de la vida social y natural en la acción y el desarrollo humanos. El marxismo afirma la primacía de la política y la necesidad de la dirección del partido, pero solo como medios para crear las bases que hagan posible su desaparición. El problema no es, como supone Zretsky, "la politización de lo personal", sino la desaparición de lo político. Toda su argumentación está patas arriba.

Por último, nos referiremos a los que creen que el partido debe o puede ser un modelo de la sociedad socialista del futuro, que debe tener una línea sobre cada tema de importancia. Los que afirman eso acaban en una organización estalinista o fuera de cualquier partido, incapaces de aceptar ninguno porque no es la organización omnicomprensiva que creen que debe ser. Esta incomprensión de la naturaleza y el papel del partido

explica por qué muchos miembros de los movimientos de mujeres y homosexuales rechazan el leninismo. Solo comprendiendo la primacía de la política, definiendo las áreas que debe abarcar la actividad del partido, y hasta dónde llega su capacidad de tomar decisiones, podremos establecer realmente el punto en el que se encuentran lo "personal" y lo "político".

J. Ross

SOBRE LA CULTURA POPULAR O LA REVOLUCION FRENTE AL CONTINUISMO

LA cultura es la conciencia en perpetua evolución que el hombre toma de sí mismo y del mundo en el cual vive, trabaja y lucha. Escribe esta definición Jean Paul Sartre. Más el hombre no es un ser abstracto, que piense únicamente por sí mismo: vive en comunidad recibe constantemente ideas-símbolos del medio en que se desarrolla e incluso según su posición social profundiza más o menos en los conocimientos que le precedieron, se cuestiona o no su propia existencia, desarrolla un trabajo con predominio de lo material o de lo espiritual.

Es pués, el hombre y su cincunstancia. Y según esta misma circunstancia, está mamando una determinada cultura.

"Cada clase dominante —escribe Trotsky— **crea su propia cultura y por consiguiente su propio arte".**

Más complejo aún en nuestro tiempo. La cultura heredada se ve bombardeada por formas imperialistas segregadas por quienes manipulan y

controlan la industria del ocio. Si la iglesia era un elemento de la vida cotidiana de los pueblos en el pasado siglo, donde se rendía culto de adoración y fe al menos una vez en semana y se hacían relaciones humanas —sobre todo por parte de la mujer—, hoy, las nuevas catedrales son "El Corte Inglés", "Galerías Preciados", las boutiques de lujo, desde donde se rige no solamente una moda, sino que se condiciona la sociedad de consumo. Consumir más supone producir más, enajenar más, concentrar la dirección de la sociedad cada vez en menos manos. Grandes industrias internacionales, grandes distribuidoras y red de almacenes, grandes compañías de publicidad, grandes cadenas de radio y televisión. Al tiempo, a la vieja forma oral de cultura, conversada más que leida, campesina, de aldea en perenne comunicación, ha sucedido la desnucleización del individuo del medio, su inserción en un gigante de cemento hostil, oprimente, en el que se siente perdido, donde sólo la colmena en que habita le sirve de refugio, y una absoluta inserción del mismo en una cultura visual que le llega programada desde Madrid, Londres o Los Angeles, y en la que no necesita hablar, pensar o comunicar ideas propias: al mismo tiempo, y en idéntico aislamiento, una familia de suburbio madrileño, de una aldea gallega, de Cádiz o un pueblo leridano, está consumiendo unos vaqueros, coca-cola, un Renault, el jabón que más blanco lava, o viviendo la cíclina historia de unos policías que terminan matando a unos delincuentes a los que eternamente persiguen por las calles de Nueva York.

"La crisis actual de la cultura es ante todo una crisis de la dirección revolucionaria... Una burocracia ignorante se ha convertido en la antítesis de la revolución".

—Demasiadas citas de Trotsky. Trotsky no vive hoy.

—Es un problema de indagación en torno a estos temas. Trotsky o Ché Guevara, lo hicieron, en la indagación y en la propia práctica. El oportunismo político, la lucha por dar prioridad al movimiento frente al fin bernsteiniana, se ha impuesto hoy en los partidos comunistas europeos. Esto hace que el tema de la revolución cultural no aparezca para nada en sus programas. De ahí a la sacralización de los textos, la conversión del militante en creyente y del partido en iglesia, con oficiantes y sumos sacerdotes y todo; no hay más que un paso. Y lo que es más grave: se lucha por participar en el poder político a costa de no cuestionar las estruturas del capitalismo, y sobre todo renunciar a destruir la moral burguesa, crear un hombre nuevo que vaya, desde ya, buscando la transformación del mundo.

Palabras. ¿Cómo se puede transformar la práctica cotidiana?

Comenzando por transformar la propia práctica de los partidos, que debieran ser vanguardia de la sociedad. El imperialismo busca la unidimensionalidad del hombre, también su alienación absoluta. El problema radica cuando no existe una conciencia crítica en la oposición, y ésta, aceptando esas reglas de juego, aliena a su vez a sus propios militantes. Ya no se trata ni tan siquiera de la traición del presente, sino de la

enajenación del futuro. Un ejemplo: el partido comunista español organiza por primera vez en su historia una fiesta en la legalidad. Aparte de otros estímulos "zamparse unas migas, beber sidra", etc. o, escuchar a su secretario general y a unos bien pagados cantantes, lo que equivale a hacer del asistente eterno espectador, le estimula con la rifa de un coche Seat 127. Todo un símbolo: en vez de destruir un concepto —ojo, no el coche por el coche, sino el coche como vehículo de la propiedad privada y de la destrucción ciudadana— se le promociona. ¿Qué revolucionarios se forman? Nos recuerda al partido comunista francés, que tras 20 años de negar la posibilidad revolucionaria, de "luchar" contra ella, de adormecer a sus militantes en una mera política economicista, cuando se produce el mayo 68 —y el obrero francés estaba "alienado" por su propio partido para no ceer ni luchar por la revolución, aunque fueran muchos los que rebasaran esas consignas— fracasado el movimiento, titula en L'Humanité: "Ya hay gasolina para el próximo weck-end. Todo en orden".

El arte es un elemento de la cultura espiritual de la sociedad. Pero el arte es,igualmente, un objeto de lujo al servicio de una minoría consumidora. Sirve para conocer facetas del pasado de la historia, para ilustrar el propio presente: más depende de las relaciones económicas, sociales, de las concepciones políticas, de la moralidad vigente, del gusto condicionado por unos heredados valores... De ahí que como Walter Benjamín escribiera:

"No hay documento cultural que no sea al tiempo documento de barbarie".

Y al tiempo, dentro de él, se marcan dos campos bien delimitados.

"Un campesino y un terrateniente tienen una idea distinta de la belleza". Chernichevski.

¿Acaso la idea que de la belleza tiene ese campesino, sería el sustento de una cultura popular? ¿La de un obrero de la fábrica? ¿Acaso esa idea no está, hoy en día, también mediatizada, no le es impuesta por los mismos que manipulan la industria del ocio, quienes a su vez reservan para el "bello arte" un lugar en su particular museo? ¿Acaso hay arte, literatura que se cree fuera de determinadas condiciones de lugar y tiempo, que una vez creado no se convierta, inmediatamente, en mercancía?.

Vamos a entrar en estas complejas cuestiones. Sin dogmatismo. Preguntando. Apróximándonos a una respuesta, que sólo puede ser colectiva.

Renunciamos de entrada a hacer una definición de la cultura popular. Nos situamos en un tiempo concreto, en un lugar determinado: 1977, España. Abrimos los ojos para penetrar en la ciudad y el hombre: aquí el Museo, la Real Academia, la Universidad, el Ateneo, la librería especializada, el restaurant de lujo, el traje estirado, la joya, el adulterio consentido y compartido, los abortos en clínicas de lujo, las operaciones fraudulentas de notables empresarios que terminan con cuentas corrientes en la Banca Suiza: allí, el bar repleto de tapas, vino, papeles de rifas minúsculas y

semiclandestinas, el periódico deportivo, la eterna conversación girando sobre la quiniela o el partido del domingo, la sex-revista, el Estefanía, la Tellado, toda fotonovela, un pantalón, una camisa estandar, abortos caseros, aún condones, insatisfacción sexual familiar, pequeños robos pagados con cárceles represivas.

Encontramos ya dos culturas.

a) La así considerada, con mayúscula: conocimientos, obras artísticas realizadas a lo largo de la historia consumida por minorías de ciudadanos. De la Iliada al Partenón, de Vicente Aleixandre a Henry Moore. **"Complejo de creencias, tradiciones, distintivos, que constituyen el telón de fondo de una sociedad"**, escribe Webster, y otra cita aún, ahora de Marcuse: **"Complejo de objetivos (valores) morales, intelectuales y estéticos que una sociedad considera que constituye el designio de la organización, la división y la dirección de un trabajo".**

Hoy, es la cultura mercancía, la cultura de la que viven, que alimentan, a los considerados intelectuales, una cultura de élite, un pastel para iniciados.

Un ejemplo; escribía Juan Benet:

"La gloria de un escritor descansará, a mi modo de ver, sobre una triple facultad de su obra. A saber: 1) Que sea un motivo de gozo para la clase culta. 2) Que sea un acicate y fuente de inspiración para el escritor por venir. 3) Que se observe como inagotable fuente de estudio para él.

b) La infravalorizada, que llega sin embargo a todo el pueblo. De los chistes o viejas barracas —los teatros chinos de Manolita Chen— a la fotonovela o la nacionalcanción. Hoy es la respirada por los medios de comunicación de masas la que forma el cotidiano vivir, de la que apenas se ocupan los libros. TV, máximo policía, y dentro de cada casa, al servicio del imperialismo cultural. Vuelta de espaldas, naturalmente, a la auténtica cultura, problemática del trabajo y del ocio, de la colectividad.

Una manera, en ambas, de beber, hablar, hacer el amor, pasear, vivir.

Claro es que nuestras actuales élites rectoras de la cultura, que se visten togas en las Universidades, que hablan en la Fundación March, que organizan conversaciones literarias para iniciados, que dialogan en las columnas de "opinión" del "País", no se preocupan de éste problema. Ellos, aún con otro lenguaje, continúan siguiendo al gran antecesor, a nuestro "eminente" Ortega.

Que expresaba: **"El objeto artístico sólo es artístico en la medida en que no es real. Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos, el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares. Todo el malestar de Europa vendrá a desembocar y curarse de esa nueva y salvadora escisión. La masa cocea y no entiende. Intentemos nosotros hacer lo inverso. Extraigamos del arte joven su principio esencial y entonces veremos en que profundo sentido es impopular. La realidad acecha constantemente al artista para impedir su evasión. ¡Cuánta astucia supone la fuga genial! Ha de ser un Ulises al revés,**

que se liberte de su Penélope cotidiana y entre escollos navegue el brujerío de Circe!".

Frente a este concepto, y recurrimos a las citas para montar algunas definiciones que muestren claramente dos formas de entender el hecho cultural, contrarrestando a la clasista reaccionaria con la revolucionario utópica, veamos como Marx en su Crítica del Programa de Gotha, expresa lo que puede llegar a ser un cambio auténtico de vida y por ende una base de cultura popular:

Sólo cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y con ello la oposición entre trabajo manual e intelectual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida sino la primera necesidad vital; cuando con el desarrollo de los individuos en todos los aspectos crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en su bandera: "¡De cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades".

Un Peligro, una desvirtuación.

Peligro: la autovía, el cloroformo del poder, el conformismo. Muchos intelectuales se prestan al mismo. Se les etiqueta como reaccionarios —lo son—, y ellos, pragmáticos desprecian la crítica, "la revolución no es cosa suya", ellos son "técnicos del quehacer cultural", lo serán con cualquier sistema político. Algo así como lo que dicen los policías "buenos" en algunos interrogatorios. Están también los que Alfonso Sastre llama los "comisarios secretos", críticos fraseológicos, euroamericanizados, seudoizquierdistas, escritores, agentes, editores, manipuladores dogmático-modistas, como si la independencia crítica fuera posible en una sociedad represiva.

Otros intelectuales se revuelven ideológicamente —ya que no en su práctica cotidiana— contra la ideología burguesa y ofician en partidos políticos. Instrumentalizados, claro está, por el centralismo burocrático, que les premia con cargos honoríficos siempre que no ejerzan una labor crítica, y les exhibe como bienes de clase en sus filas.

Unos terceros intentan ejercer una fusión crítico-revulsiva contra su sociedad: vomitan "formalmente" el capitalismo burgués. Es la vanguardia. Es la impotencia, imposibilidad de la vanguardia. El grito termina siendo enfundado en brillantes. Todo se asimila. Todo acaba en un museo. Aristocrático, eso sí, y con un más precio. Joyce, Picasso, Schonberg.

¿Entonces?

El arte y la literatura se están muriendo, agonizan en la soledad de su claustro burgués, frío y comprometido con la explotación del hombre por el hombre, de los pueblos por el imperialismo. Sólo el viento de la revolución puede liberarles de estas cadenas, resucitarles a la vida, fundirles en el sentir,

amar, trabajar del pueblo, conseguir que ocupen el carácter lúdico que han de tener y pierdan el valor de mercancía que ahora poseen.

Demasiadas palabras.

Por ejemplo:

a) Lucha contra los dogmas y los ismos.

b) Participar en la revolución ideológica y cultural.

c) Contribuir a la organización de una nueva cultura, que si posibilitada solo a una fase revolucionaria y popular, desde ahora se puede ir gestando, sobre todo en las conciencias de las vanguardias.

d) Un antiimperialismo militante.

Más si pasamos en esquema sobre los peligros del capitalismo, también en esquema subrayemos los peligros, para el intelectual hacedor de cultura, para la cultura realizada por una nueva minoría de magos que tuvieron en sus orígenes quizá grasa en las manos aunque no haya variado mucho el serrín de su cabeza, del socialismo.

Donde el intelectual, convertido en funcionario, es tratado igualmente como ser privilegiado.

Donde continúa en la práctica la división entre trabajo material y trabajo espiritual; y al igual que el partido en el poder es una superestructura burocrática, los intelectuales se convierten en una élite dictatorial y heredera de las sagradas tradiciones del pasado que imponen formas arcaicas, por decreto.

Donde el intelectual oficial suele ser un aburguesado, adocenado, de moral retrógrada, que se consagra a un arte adulador para el poder, o escapista en general. No existe apenas el marxista. Crecen los reaccionarios que idealizan la vieja sociedad esclavista o paternal, de casta. Y los semiclandestinos. Se les despacha, a los disidentes, con un epiteto: "fieles servidores del enemigo, aventureros internacionales sionistas, lacayos al servicio de...". Ellos, los comisarios culturales, los que tan perfectamente se entienden con los creadores, con las autoridades fascistas, y sueñan con la sociedad de consumo. Y adoran al Balaam de su ideología. Funcionarios de la revolución, dictaminan, cómo se ha de escribir, pintar, hacer cine, y lo que es más grave, quiénes deben hacerlo. Propiciando el liderismo maniqueo amparado en una camarilla de burócratas seguidistas. La concepción y aceptación de la cultura mercancía y la mitomanía de los secretarios políticos de poder absoluto, o de los manuales leninistas, estalinistas, maoistas, que todo lo simplifican y resuelven. Eso sí, envuelto siempre en la "palabra sagrada" de los muertos, los santos varones del marxismo-leninismo-pensamiento...

Temo que las aureolas oculten
la auténtica, sabia, humana,
la enorme frente de Lenin.
Temo que las procesiones,
el mausoleo,
y los homenajes,
reemplacen la sencillez de Lenin.

Tiemblo por él
como por mis propias pupilas
para que no profanen su belleza
con estampas de confitería.

Maiacovski.

En la gran China, "**Qué cien flores se abran, qué compitan cien escuelas ideológicas**" declaraba Lu Ting-Ti, responsable de propaganda del Comité Central en 1956.

Y la flor, aislada, acabó siendo el pensamiento Mao-Tse-Tung. Cuando la revolución cultural luchó en algunas zonas, y en sus inicios contra la corrupción, la tortura, el arribismo, el nepotismo, la esclerosis de otro partido deformado, el pensamiento recurrió al viejo servidor, el Ejército, y aplastó el ansia de libertad del pueblo. Es otra historia, pero otra no menos trágica historia. El estalinismo no es una persona: es una concepción autoritaria de entender —en la organización verticalista de un partido y en la ausencia de crítica, de participación del pueblo— la organización de la nueva sociedad.

Y en el Occidente, fanáticos seguidores de la nueva iglesia marxiana-maoista, creen que la cultura popular consiste en fotografías, mecanicistamente, y en rasgos simples, en cualquier faceta del arte, obreros buenos y burgueses malos. Asemejados, eso sí, a los rostros de quienes parecen preferir masas mudas, ciegas, alienadas, limitadas a repetir consignas, a pueblos críticos, capaces de organizar, por sí mismos, la economía, la cultura, la política, en una eliminación progresiva de jefes y súbditos, de seres pensantes y brazos ejecutantes, etc. Niegan así, los estalinistas, la posibilidad de que el arte, a través de un tratamiento estético, ayude al hombre a conocer, penetrar la realidad. Le dejan reducido a una mala, coloreada fotografía. Lejos de ir a la esencia de los fenómenos, se quedan en su mera exterioricidad. Olvidan que si el socialismo produce una inmediata revolución económica, destruye las viejas leyes explotadoras que regulan la producción y el trabajo, crea condiciones para romper la discriminación cultural, se desarrolla sin embargo en constantes contradicciones ideológicas, en las que la lucha de lo nuevo contra lo viejo, continúa, se agudiza. Y desgraciadamente, en la vieja mente humana, mamadora de miles de años de civilización judeo-cristiana, esta es la que por decreto, dictatorialmente, pasa a instaurar un nuevo orden cultural, que bajo nuevas formas, no enmascara sino el viejo, terrible, clasista, reaccionario mundo burgués. No en sus inicios y de una manera fatalista: y ahí está la maravillosa revolución rusa del 17, cuestionando desde el concepto de teatro al de la familia, desde la representación artística a la propiedad privada de los sentimientos, sino tan pronto la máquina burocrática del partido se hace con el poder, e igual que extingue la vida sindical en las fábricas, destruye el pensamiento y la creación colectiva que buscaba revolucionar, de forma

auténtica y constante, la moral, la ideología, la propia vida. Los partidos comunistas no en el poder, y sobre todo los maoistas, unen a ese error simplista, el de, mecanicistamente, aplicar a sus propias realidades nacionales las características trasplantadas de China, Albania o URSS, pisoteando la propia virtualidad, esencia, pensamiento, tradición, valores morales, folklóricos, espirituales, de sus propios pueblos, a los que en el fondo, en aras de un escolasticismo marxiano pernicioso, desprecian, suplantan, olvidan. En nombre del pueblo convierten a sus pueblos en simples convidados de piedra de su rigidez organizativa y de su dogmatismo fetichista.

"El arte pertenece al pueblo. Debe clavar sus raices más produndas en las amplias masas trabajadoras. Debe ser comprendido y amado por estas masas, elevar los sentimientos, los pensamientos y la voluntad de estas masas, y elevarlas a un nivel superior. Debe crear y desarrollar artistas en ellas. Los retrógrados ideólogos burgueses acusan de esquemáticos a los marxistas. Ellos que reducen la finalidad del arte al esquema de un público privilegiado, capitalista, en el que el arte agoniza y muere".

Es una cita de Lenin. Una justa cita de Lenin. Que da en el corazón del problema. No llevar por minorías una ideología burguesa al pueblo. Crear condiciones para que el arte muera como mercancía, y nazca en la extensión cuantitativa que permita a cualquier ciudadano convertirse en creador.

Porque llegamos a dos problemas claves de la cultura: el de los **Hacedores activos** y el de los **receptores pasivos.**

a) Los hacedores activos.

Hoy, ya, se está o con los opresores o con los oprimidos.

Hoy, siempre, solo existe un tema, un único tema: la libertad.

Posibilidad política: la de comprometerse con las auténticas leyes de la creación: transformar el mundo en poesía. "La poesía no puede ser un arma de combate". Pero tampoco debe haber combate que no vaya cargado de poesía.

Lucha por la utopía.

"Una moral realmente humana, superior a los antagonismos de clases y a sus supervivencias, no será posible más que en una sociedad que habrá no solo sobrepasado sino incluso olvidado en la práctica de la vida la oposición de las ideas". Anti-Duhring.

La imaginación como arma transformadora de la vida. En la permanente revolución cultural, también hay necesidad de una primera fase desalienante, que vaya abriendo camino a la idea de "terminar" con el intelectual individual y la cultura clasista.

Quienes no comprenden esto, niegan esta necesidad de incorporar al intelectual —actual aristócrata de la cultura— a la lucha, aún organizando en una primera fase el proceso, no protagonizándolo, y hablan de que solo los proletarios, los obreros, tienen que conducir el mismo, están montando una gigantesca trampa, representando una sarcástica farsa: hablan en

nombre de los trabajadores para que éstos nunca hablen, organizan con palabras demagógicas la superestructura del estalinismo, una dirección proletaria verticalista, alienante, creadora de un nuevo ritual, fetiches, dogmas, definiciones escolásticas (arte proletario, cultura obrera etc.), en el que ellos —Y no merece la pena insistir en la procedencia pequeño-burguésa, universitaria de la mayor parte de los mismos— se aprestan a jugar de eternos sacerdotes.

b) Los receptores pasivos.

Hoy, que duda cabe, el pueblo juega un papel de pasividad ante la creación cultural.

Existe un distanciamiento absoluto creador-espectador.

Se depende —sin cuestionar siquiera esta dependencia— de quienes manipulan y ordenan el tiempo del ocio y llenos de ideología consumista el mismo.

Juán sale de la fábrica, donde ha muerto mentalmente 8 horas: su mirada va de las vallas de la ciudad a los anuncios del metro, pasa por la propaganda de la revista y periódicos, y se derrumba al fin en un sillón ante la Tv de su casa un mismo ciclo le ha llevado a "poseer una maravillosa casa de campo, probar un nuevo coche, beber la última combinación alcohólica, enlazar por el talle a una joven rubia de senos abiertos y labios cupados, etc.

La razón teconológica acaba siendo la razón poética.

A veces, al pueblo, llega el intelectual "consagrado", que actúa sobre él de forma paternalista o alienadora.

Para que el pueblo se interese por los bienes de cultura, llegue a ser el mismo cultural, a imponerse como nueva y hacedora cultura, tiene sin duda que conquistar su libertad política, y detentar el poder de organizar, controlar, dirigir la sociedad soberanamente. No puede ser "instrumentalizado" por ningún poder político minoritario. Ha de ser la "explotación" por los jefes, líderes, dirigentes.

"La revolución es siempre desde abajo, y la hace el pueblo, sentencia Machado.

Y si no, añadimos, no será revolución.

No se trata pués insistimos, de que le lleve **una vez** a la Universidad, al Museo a la Opera, al libro: sino fundir éstos a la vida cotidiana; Universidad, Museo, música, libro, al campo, a la fábrica, al propio trabajo, como una parte, prolongación del mismo.

"Han de sucederse varias generaciones antes de que el arte pueda pasar de nuestra actual pobreza cultural y económica a la fusión con la vida cotidiana".

Estamos aún más lejos de ello, que cuando Trotsky escribiera en 1921 estas palabras. ¿Por qué? Por el retroceso, traición, deformación, de los propios partidos comunistas, estalinizados o socialdemocratizados.

Hitler escribió en Mein Kampf:

"La voz del pueblo jamás ha sido otra cosa que aquello que se ha vertido desde arriba sobre la opinión pública".

¿De verdad, de verdad, que solo al fascismo puede aplicarse esta trágica consigna?.

¿Resumiendo?.

Algunas cuestiones que podemos plantear a debate posterior.

Problema político. Unicidad de revolución política y revolución cultural. Sin la una la otra es imposible. Sin esta, aquella se convierte en mero cambio para que nada cambie, en un apuntalamiento, bajo otras formas, y encima con el compromiso histórico de la izquierda, del orden burgués, en una socialdemocratización de la ideología y la práctica marxista, cosa muy afin al llamado eurocomunismo.

Problema actual. a) Luchar por crear conciencia revolucionaria. Impregnar de utopismo e ilusión revolucionaria la lucha. Convencer de la necesidad de, desde ya, ir: destruyendo los mitos, tabúes, prejuicios heredados. El derecho al placer privativo no de leyes restrictivas, sino de los deseos de cada individuo en el respeto social.

La participación es indispensable. No para asentir, aplaudir, en los mitines.

Sino para discutir, cuestionar en cada todo momento, una política, unos principios, un plan de acción. No son los jefes quienes deben pensar y decidir; es todo el pueblo quién debe llegar a hacerlo.

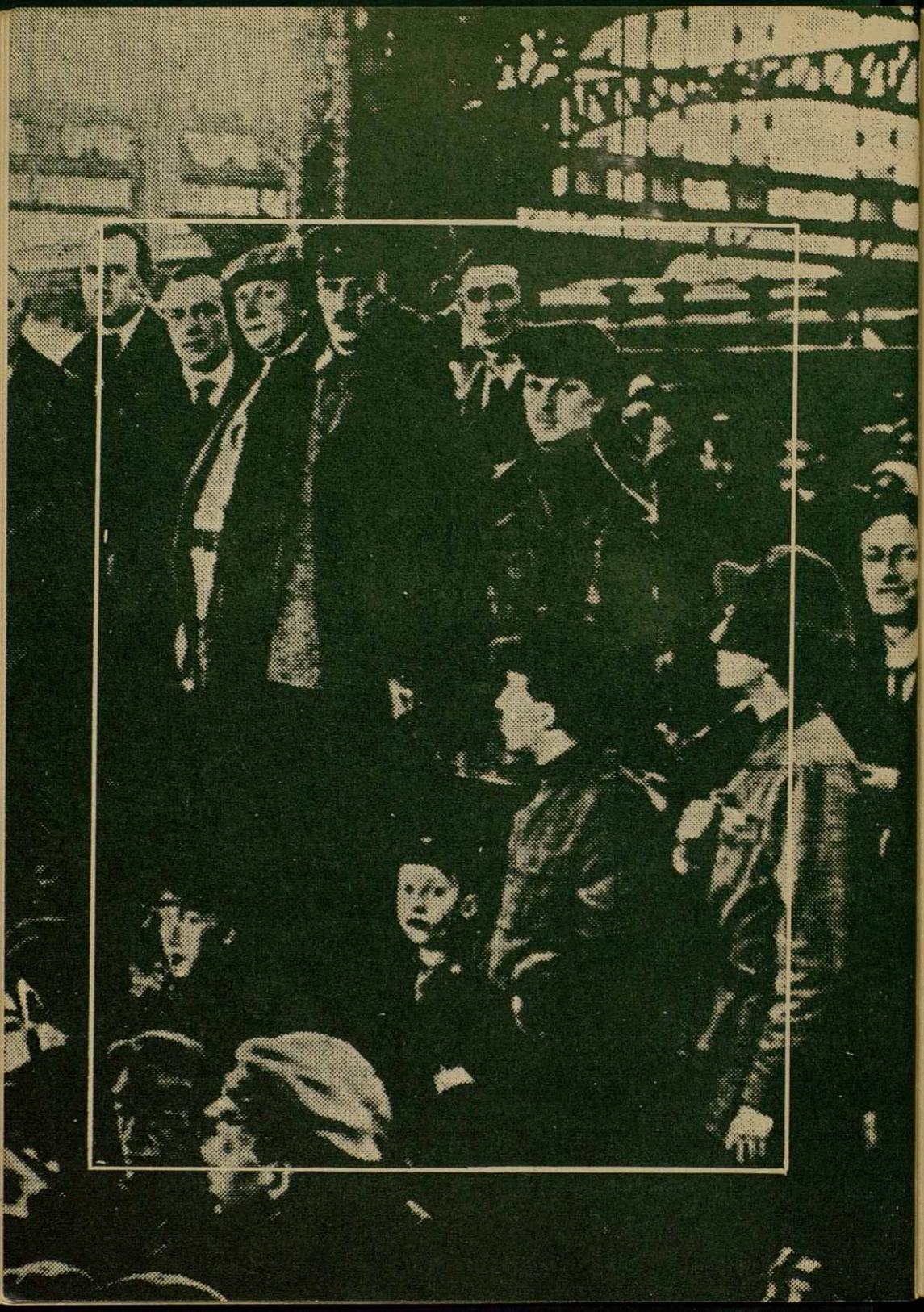
b) Eliminar la discriminación, la política secreta, el clasismo cultural, el machismo vigente en los propios partidos políticos. Asesinar desde ya al mago intelectual, al artista individualizado, haciendo ver que este es producto de una sociedad clasista, aquí o en el llamado socialismo. Que en un auténtico socialismo, todo individuo, previo acceso gratuito a todos los estudios y conocimientos, podrá expresar, de la forma que desee, su interpretación de la realidad y de los sueños, recrear el mundo y exponerlo a quién desee comunicarse con su obra, que nunca puede tener un precio, que pertenece a la cultura del ocio colectivo. Una colectividad que se alimenta y enriquece constante y perennemente. No se escribe, pinta, por estímulos materiales, sino únicamente morales. Periódicos abiertos. Teatros en las barriadas y aldeas. Cines colectivos, con equipos móviles y laboratorios abiertos. La calle será el museo.

c) El reino del placer, de la libertad, presionando sobre el de la necesidad. Para ello machacar el concepto anticlasista de que **"una nueva cultura puede ser creada por individuos aislados que salgan de la clase oprimida"**. Estos se convertirían en nuevos opresores culturales.

Ha de ser todo el pueblo, quien día a día, y durante infinitos días, tantos como dure la vida humana, la realice. La cultura se transforma en algo tan necesario para la colectividad como respirar. Se manifestará en mil formas distintas. Ninguna será mercancía. Todas estarán abiertas. Se comunicarán entre sí. Habrá encontrado al fin la definición, la única definición posible, de popular. En ese mundo surgirán por necesidad artistas, porque cada hombre se transformará en artista de sí mismo, orgulloso de no ser solo una pieza del trabajo enajenante, sino de recuperar, en el tiempo libre, su iniciativa, su libertad, su propio protagonismo histórico. Dejará de ser un mero espectador en la vida, para convertirse en actor de la vida.

d) Esto, insistimos, comienza por la propia revolución en la revolución. Es preciso que en los mismos partidos llamados marxistas se opere este cambio de "mentalidad". Se pase en ellos de ser mero oficiante, a la de participante de un acto transformador, colectivo. Si los propios partidos que se consideran vanguardia del pueblo, del proceso revolucionario, están ya enfermos del cáncer del conformismo, de los peores vicios de la sociedad heredada, imbuidos de ideología y de práctica burguesa, ¿por qué mundo vamos a luchar, que mundo crearán, caso de que algún día triunfen? ¿Acaso no será una prolongación del anterior bajo otras formas?

Revolución frente a continuismo: éste es el dilema.



ENTREVISTA CON NICOLAS SARTORIUS

COMUNISMO pretende ofrecer en cada uno de sus números entrevistas, discusiones y debates sobre los problemas que afectan al movimiento obrero. Entre ellos ocupa un lugar destacado la cuestión sindical.

La estapa iniciada en Europa con el "mayo del 68" dió lugar al surgimiento del "sindicalismo de nuevo tipo" que, apareció inicialmente en Italia, y tiene su expresión en España, a través de Comisiones Obreras.

Nicolás Sartorius ha sido uno de los primeros camaradas que ha teorizado sobre el nuevo sindicalismo en España. Es con él con quién iniciamos esta serie de entrevistas.

MANUEL P. IZQUIERDO.— Ya han pasado varios años de tus primeros escritos sobre el "sindicalismo de nuevo tipo". ¿Nos puedes contar cómo han evolucionados tus ideas al respecto?

NICOLAS SARTORIUS.— Mis ideas han evolucionado, sin duda pero, sería muy largo explicar todo esto. En resumen, diría que sigo creyendo imprescindible practicar un sindicalismo de nuevo tipo si queremos llegar a una sociedad sin clases; lo que ocurre es que el camino que conduce a el es más complejo de lo que en principio puede parecer y depende no sólo de cuestiones que afectan a la lucha de clases desde lo internacional hasta lo económico, pasando por lo político, ideológico, etc.; en una palabra de la relación de fuerzas entre las clases y los nuevos espacios que va logrando la clase, en todos los órdenes.

M.P.I.: El problema que causó mayores discusiones en Italia fue el de la relación entre los consejos obreros nacidos en el "otoño caliente" del 68-69 y los viejos sindicatos. Desde tu punto de vista, ¿es necesario hacer una

diferencia sobre las tareas y funciones que deben realizar los consejos en tiempos "normales" y las que pueden ejercer cuando se producen crisis sociales como en mayo del 68 en Francia, en el período aludido en Italia o durante la revolución portuguesa?

N.S.: El problema no es si hay que establecer o no la diferencia. El hecho real es que los comités o consejos no son los mismos en "tiempos normales" que en los de gran tensión de lucha. Esos organismos, en los momentos de "reflujo", pasan por situaciones difíciles, no se desarrollan y tienden a jugar un papel subalterno. Por el contrario, cuando el movimiento está en marcha, a la ofensiva, se afianzan, se extienden, juegan un papel protagonista. Por eso, no hay que contraponer sindicatos de clase-consejo o comité. Aquel es imprescindible para aunar y orientar a éste, para evitar que desaparezca o decaiga mortalmente en los momentos de reflujo. Lo que si se contrapone, en los hechos, son los consejos o comités a los sindicatos reformistas; de ahí que estos huyan como del diablo de todo lo que suene a consejo o dar poder a los comités, a las asambleas, etc. Esa es la piedra de toque del carácter de clase de un sindicato y no el verbalismo oportunista. En nuestro país hay ejemplos claros de lo que digo.

M.P.I.: Volviendo al origen de los consejos, si no tienen su aparición en situaciones de crisis aguda del capitalismo y si por el contrario, son la expresión de las nuevas formas de organización que la clase obrera debe desarrollar en esta etapa del capitalismo, en que el proceso productivo ha adquirido una gran complejidad, ¿cómo explicas que los consejos no hayan aparecido en Alemania, Estados Unidos y Japón donde el capitalismo ha alcanzado su máximo desarrollo? y fundamentalmente ¿cómo explicas la desaparación de estos organismos en Portugal y su burocratización en Italia, donde según Bruno Trentin, el secretario de la Federación de Trabajadores del Metal (F.L.M.) hay consejos que llevan años sin reunirse?

N.S.: Los consejos tienden a aparecer en situaciones de crisis, pero no es la única condición. En Alemania, U.S.A., y Japón no surgen entre otras cosas, porque la clase obrera juega un papel subalterno, porque está dominada por el reformismo. La aparición, pués, de los consejos depende de muchos factores objetivos y subjetivos. No creo que en Portugal hayan desaparecido, sino transformado y tampoco que en Italia se hayan burocratizado. Quizá pasan por dificultades debido a la situación del cuadro político general y de la salida de la crisis económica.

M.P.I.: Desde su inicio, el "sindicalismo de nuevo tipo" ha reconocido su vocación política. En este sentido tus afirmaciones del libro "El resurgir del movimiento obrero" nos parecen completamente vigentes. Los sindicatos deben asumir programas, que terminando con la diferencia entre "programas máximos o mínimos, levanten una combinación de reivindicaciones que se "inscriben en las perspectivas de los cambios de estructuras y en su conjunto son inasumibles por el sistema de producción capitalista. Es decir, se trata de mejorar las condiciones de vida de los

trabajadores al mismo tiempo que se avanza hacia la emancipación completa. De esta forma, las reivindicaciones adquieren un carácter permanente, sin "treguas pactadas" ni acuerdos vinculantes a plazo fijo. La clase obrera plantea sus demandas al margen de las posibilidades de la economía precisamente porque sabe que su satisfacción plena sólo se dará cuando cambien las bases de dicha economía.")págs. 57 y 58) ¿cómo se inscribe, en este marco, el "Pacto de la Moncloa"? ¿qué papel jugarán a partir de ahora las demandas por aumentos de salarios y las exigencias de medidas de control obrero?; ¿cómo te parece qué deberán combinarse unas y otras?

N.S.: Los acuerdos de la Moncloa, como Pacto político al que se ve obligado el gobierno negativa de los sindicatos al pacto social, contiene puntos importantes que suponen un avance democrático de los trabajadores, dentro y fuera de las empresas; así el Código de los Derechos de los Trabajadores, o el control de la Seguridad Social, de la empresa pública, etc. También la lucha que lleva CC.OO., para que los organismos unitarios de empresa —comités, consejos— tengan el máximo de poderes: negociación huelga, seguridad e higiene, categorías profesionales, organización interna del trabajo, ritmos, etc. Pero los pactos contenidos en la Moncloa pueden quedarse en papel mojado, dada la oposición de la patronal —C.E.O.E.— y la resistencia pasiva y a veces activa del gobierno o una parte de él. Por lo tanto de "treguas" nada, pués será necesaria la movilización para que se cumplan, para que se desarrollen, para evitar que una aplicación unilateral del Gobierno, perjudique a los trabajadores (Aviación Civil, Obras públicas, S.E.N.P.A., etc.).

Una cuestión a tener en cuenta y que se habla muy poco de ella: en el sistema capitalista, las reivindicaciones salariales de los trabajadores alcanzan un "techo objetivo" si no se avanza al mismo tiempo en la democratización de todo el sistema, en alcanzar cada vez mayores espacios de poder dentro y fuera de las empresas para los trabajadores. Los acuerdos aumentan esta participación en este sentido —de llevarse a la práctica— acrecientan la capacidad reivindicativa de los trabajadores, sobre todo a medio plazo.

M.P.I.: Otro problema abordado por el nuevo sindicalismo es el de la unidad sindical. Si vimos que las posibilidades de lograr un sindicato único eran muy grandes en España, al calor de la "huelga de enero" del 76, y si el proceso unitario avanzó mucho en Italia durante los años del "otoño caliente", cuando luchas de este tipo no existen, ¿la unidad no se ve dificultada (en Italia, desde el año 1971 la unidad parecía un hecho consumado, pero hasta ahora no se ha logrado) y cuando se consigue como en el caso del Metal italiano, no se llega a ella renunciando precisamente a su carácter político, que es uno de los elementos definitorios del nuevo sindicalismo? ¿cómo ves esta cuestión en España?

N.S.: La unidad sindical depende de la relación de fuerzas a nivel global y dentro del campo sindical. Si en España no la tenemos y si, de momento, no ha sido posible el Congreso Sindical Constituyente se debe a la forma como ha terminado la Dictadura.

La unidad en nuestro país pasa prácticamente por estas tres coordenadas:

a) Mantener y desarrollar las asambleas como forma de participación. Hay que preveer un fuerte ataque de la patronal, de los sindicatos reformistas y del Gobierno contra las asambleas.

b) Potenciar al máximo los organismos unitarios de empresa, consejos o comités , dándoles el mayor poder posible. Aquí la U.G.T., está en contra.

c) Unidad de acción entre las centrales sindicales ante la lucha por problemas concretos.

No creo que haya que eliminar al carácter socio-político para lograr la unidad. Precisamente es la lucha de los trabajadores lo que hace avanzar la unidad y ésta, a medida que se desarrolla es cada vez más sociopolítica sin dejar de ser reivindicativa.

M.P.I.: Se invoca muy a menudo el problema de la involución posible de la vida política española. Si tenemos en cuenta que aquí partimos de una situación bien distinta a la de Italia a la salida de la segunda guerra mundial, ¿cómo deben abordar el movimiento obrero y las centrales sindicales el papel de las fuerzas de orden público y las fuerzas armadas?

N.S.: Es un tema muy largo y complejo. Diría con carácter general, que el movimiento sindical debe contribuir a que todo el aparato del Estado, incluidas esas fuerzas, se democraticen y se transformen en un elemento de seguridad al servicio del país.

Madrid, 18 de noviembre de 1977

COMBATE

el periódico semanal
de la

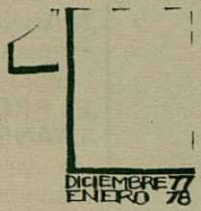
LIGA COMUNISTA REVOLUCIONARIA

(Cuarta Internacional)

En él encontrarás, semana tras semana, las posiciones de los marxistas revolucionarios en torno a los acontecimientos más importantes, políticos, sindicales y sociales, en todas las nacionalidades y regiones del Estado español; información y comentarios sobre luchas obreras, movilizaciones en los barrios, de las mujeres, de la juventud, de los marginados... Asimismo, artículos sobre la actualidad cultural e internacional.

COMUNISMO

REVISTA DE CRITICA MARXISTA REVISTA DE



Boletín de Suscripción

Deseo suscribirme a COMUNISMO (revista bimestral).

Suscripciones:

6 números	600
Extranjero	900

Forma de pago:

Cheque nominal

Giro postal, a nombre de

Apellidos .....

Nombre .....

Domicilio .....

Provincia ..... Distrito Postal .... Tel. .....

EDITORIAL

Fontamara

Obras de León Trotsky

LA DEFENSA DEL MARXISMO
Primera edición castellana íntegra

EL PROGRAMA DE TRANSICION
Incluye "A noventa años del Manifiesto Comunista y "Discusiones sobre el Programa de Transición", versión íntegra.

LA REVOLUCION TRAICIONADA
La Obra fundamental sobre el carácter de la U.R.S.S.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE
La totalidad de sus escritos sobre el tema salvo "La Historia de la Revolución Rusa"

LA OPOSICION DE IZQUIERDA EN LA U.R.S.S.
Orígenes y desarrollo de la oposición de izquierda. Incluye otros autores

LA REVOLUCION PERMANENTE
Edición con notas, biografías e índice de conceptos que facilita la lectura

Para información y catálogos:
Editorial Fontamara
Entenza 116
Barcelona 15

En los próximos números

El pensamiento político del Che (Michel Lowy)
Justicia de clase. Marxismo y delincuencia (María Jesús Miranda)
¿A dónde van O.I.C. y M.C.? (Ramón Zallo)
Las elecciones municipales (Miguel Romero)
Las capas técnicas (Cahier de la Taupe)
La estrategia imperialista en América Latina (Revista "Coyoacán")

GRAFIPER - D. L. M. 3511 - 1978